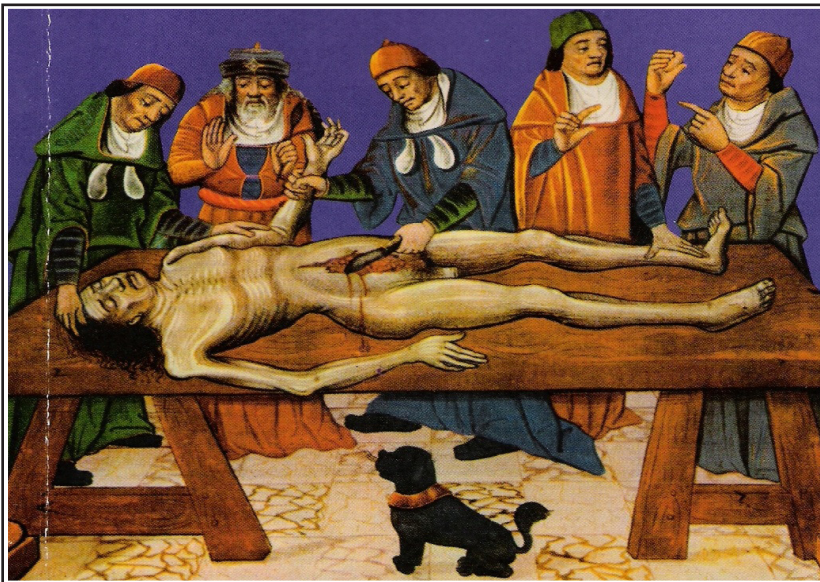


Federico Pégola

Miseria y peste en la Edad Media
¿Estamos frente a una nueva época medieval?



Miseria y peste en la Edad Media
¿Estamos frente a una nueva época medieval?

Federico Pégola



El Guion

Título de la obra

Miseria y peste en la Edad Media. ¿Estamos frente a una nueva época medieval?

Autor

Federico Pégola

Diseño y diagramación

Eric Geoffroy

ericgeof@gmail.com

Primera edición: marzo 2006

Segunda edición: marzo 2020

Edición y corrección de estilo: Laura Pégola

Pégola, Federico

Miseria y peste en la Edad Media: ¿estamos frente a una nueva época medieval? - 1a ed. - Acassuso: El Guion Ediciones, 2006.
232 p.; 135x195 cm.

ISBN 987-20238-5-9

1. Historia-Edad Media. 1. Título CDD 930

Fecha de catalogación: 06/03/2006

© 2020

El Guion Ediciones

www.elguionediciones.com.ar

elguionediciones@gmail.com

No se permite la reproducción total o parcial, de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

*A peste, a fame, a bello, libera nos
DOMINE*



ÍNDICE

Prólogo.....	9
I. Introducción.....	13
II. La época.....	17
III. Las enfermedades.....	29
IV. Cuarentena y reglamentos.....	55
V. Prevención y tratamiento.....	69
VI. Guy de Chauliac.....	79
VII. Los santos sanadores.....	87
VIII. La peste se difunde.....	97
IX. La Hermandad de los Flagelantes.....	103
X. La persecución de los judíos.....	111
XI. La miseria.....	127
XII. La higiene.....	135
XIII. La historia no se repite.....	153
Bibliografía.....	169

PRÓLOGO

Podemos acercarnos a la historia médica de una época determinada desde diferentes puntos de vista, sea el de los logros prácticos, o bien el de las ideas predominantes. La medicina es, a su vez, un oficio y una ciencia. Como oficio es transmitido oralmente y con el ejemplo, mediante la instrucción práctica, de padre a hijo y de maestro a discípulo. Como una ciencia, la medicina es un aspecto de la cultura general de un período. Refleja la actitud del hombre hacia la naturaleza, y hacia los fenómenos de la vida y la muerte. Se expresa y transcribe en forma literaria, y los libros médicos representan un aspecto de la literatura de un período, compartiendo su estilo general. Podemos estar más interesados en las condiciones de salud y en los riesgos de enfermedad, o bien en los aspectos socioeconómicos que las determinan, o en los principios y la práctica de los tratamientos instituidos, o por fin en las ideas que guiaban el accionar de los médicos.

La Edad Media, que comprende el período entre el colapso del Imperio Romano en el siglo V y la caída de Constantinopla en manos de los turcos en 1453, ha sido considerada como una época de decadencia y oscurantismo, y los historiadores angloparlantes suelen designar a su etapa temprana como “Edades Oscuras” (*Dark Ages*). Como contraparte, debe señalarse que durante su transcurso se fundaron las principales universidades europeas, como Bolonia, París, Oxford y Salamanca, se construyeron grandes catedrales y se escribieron memorables poemas épicos.

La medicina medieval representa una repetición de siglo en siglo de las ideas y teorías de los médicos griegos, modificadas en algunos puntos por la práctica de los árabes. Hubo mucha reiteración y poca adición. Las escuelas médicas se inclinaron respetuosamente ante Hipócrates y Galeno, tomando casi todo de ellos menos su espíritu. No hubo avances del conocimiento sobre la estructura y funciones del cuerpo humano. En los primeros tiempos de la Edad Media, los restos de la ciencia clásica sobrevivieron en los monasterios, donde los antiguos manuscritos fueron copiados y estudiados. El más notable personaje intelectual de este período fue Aristóteles, quien con los aportes de Galeno y de los comentaristas árabes Avicena y Averroes, se transformó para la Iglesia, junto a la Biblia, fuente de todo conocimiento.

Entramos a la Edad Media con un sentimiento de temor y aun de terror ante la desolación devastadora que arrasó lo que antes era un producto floreciente de la mente y del corazón del hombre. Después de

la gloria de Grecia y de la grandeza de Roma, el mundo civilizado se colapsó y la luz del entendimiento casi se extinguió por completo. Los logros de Atenas y Alejandría fueron desquiciados por las invasiones bárbaras que resquebrajaron los cimientos del Imperio Romano, y menos valorados debido al cambio radical operado por el Cristianismo, que llevó la consolidación a miles e iluminó las vidas de los más nobles entre los hombres. Todo conocimiento que no fuera destinado a la salvación fue desechado y el cultivo de la ciencia fue dejado de lado, no con un espíritu hostil, sino como innecesario. El tercer factor contribuyente fueron las pestilencias que desolaron el mundo romano. En efecto, si bien la decadencia política del Imperio Romano se ha atribuido a las grandes guerras, a la corrupción de las costumbres, a las disputas políticas y a la miseria de vastos grupos poblacionales, otros factores igualmente importantes deben ser considerados. Para el historiador de la medicina, las grandes o variadas afecciones epidémicas que asolaron Italia fueron productoras de una terrible mortalidad. Entre ellas deben mencionarse el paludismo, el tifus exantemático y, sobre todo, la peste bubónica, que se desencadenó en Italia a partir del año 513. Por sobre el gran mausoleo del Emperador Adriano (76-138 d.C.) puede verse la figura de un ángel dorado empuñando una espada, por el cual el nombre de Castel San Angelo tomó su origen. El 22 de abril de 590 partió una procesión desde la iglesia de San Cosme y San Damián, que ya eran los Santos Patrones de la medicina romana, encabezados por San Gregorio el Grande (540?-604), cantando letanías para interceder contra la peste. La leyenda relata que San Gregorio vio sobre la tumba de Adriano un ángel empuñando una espada, la que envainó al extinguirse la plaga. Esta epidemia, también conocida como la peste de Justiniano (483-565), volvió a asolar a Europa en varias oportunidades, alcanzando grandes proporciones en el siglo XIV, como lo atestigua el escritor italiano Giovanni Boccaccio (1313-1375) en su obra *El Decameron*, publicado por primera vez en 1353.

En este libro titulado *Miseria y peste en la Edad Media ¿Estamos frente a una nueva época medieval?*, el profesor Federico Pégola presenta un completo y pormenorizado relato de los eventos que precedieron y culminaron con la aparición de la peste bubónica en Europa hacia los años 1347 y 1348, así como una interesante y fundada hipótesis sobre la evolución del mundo actual hacia una nueva época medieval.

El texto comienza con una exégesis histórica de la Edad Media, incluyendo aspectos de la vida cotidiana, las convenciones sociales y económicas, la religión, la medicina, cirugía y farmacología y los distintos personajes que ejercían el arte de curar, tanto laicos como religiosos: médicos, cirujanos y barberos. También describe los ámbitos donde tenían lugar los diferentes tipos de asistencia médica, como monasterios y primitivos hospitales.

Una consideración especial merece la descripción real y metafórica de

los cuatro grandes azotes de la humanidad: la peste, la guerra, el hambre y la muerte, representados por los cuatro jinetes del Apocalipsis, que precedían la aparición de la bestia apocalíptica, montados –respectivamente– en un caballo blanco, uno rojo, uno negro y uno pálido.

El autor toma como antecedente la obra del historiador griego Tucídides (460-395 a.C.), titulada *Historia de la Guerra del Peloponeso*, en la que narra una terrible epidemia que asoló Atenas en el año 430 a.C. y provocó grandes estragos. Tucídides no solamente fue testigo presencial del azote sino que padeció la enfermedad, de la que hizo un vívido relato. Si bien no se ha llegado a establecer la naturaleza de esta epidemia o peste tucídica, se ha teorizado que pudo haber sido viruela, peste bubónica o tifus exantemático. Roma también fue afectada por la peste en la antigüedad hacia el año 293 a.C. Ante tal devastación se solicitó ayuda a los cultores de Asclepio en Epidauro, quienes dispuestos a ayudar a los romanos enviaron, en una nave, una deidad en forma de serpiente, la que se detuvo frente a la isla tiberina, donde se aposentó y puso fin a la epidemia. Ovidio (43 a.C.-17 d.C.), entre otros, relató el arribo de la serpiente y el inicio del culto de Asclepio en Roma, bajo el nombre latinizado de Esculapio, el que se constituyó en el paradigma del dios curador de los romanos. La peste de Antonio, también llamada de Galeno (130-200 d.C.), comenzó en los límites orientales del Imperio hacia el siglo II y se extendió hacia el oeste transportada por las legiones romanas que habían sido enviadas a Siria para sofocar una revuelta. Si bien no se ha establecido si se trató de tifus exantemático o peste bubónica, produjo gran mortalidad entre las tropas romanas y determinó que Galeno abandonara Roma.

El autor hace un detallado estudio epidemiológico de la enfermedad causada por la *Yersinia pestis*, distinguiendo la peste bubónica producida por la picadura de insectos vectores infectados, principalmente pulgas de roedores, de la peste neumónica primaria, debido a la difusión de la infección de hombre a hombre. En efecto, los enfermos afectados por la peste de localización pulmonar, tanto al hablar como al toser o expectorar pulverizan la atmósfera de las habitaciones; la inhalación de estas pequeñas gotas por parte del sujeto sano hace el resto. La caracteriza como una epizootia de los roedores, especialmente de las ratas, verdadero reservorio de los microorganismos. A partir de estos roedores el hombre se infecta por medio de sus pulgas que, al picarlo, le inoculan los bacilos que incorporaron de las ratas infectadas. Distingue la peste murina, mantenida por las ratas como reservorio, y la peste selvática que depende de los animales que no son domésticos. Entre aquellas describe la rata doméstica, la rata noruega y el ratón doméstico. Entre los animales vinculados con la peste selvática o rural, menciona la liebre, el hámster, el hurón y la marmota siberiana.

El profesor Pégola explica que la denominación de *Peste Negra* aplicada a la peste bubónica recién surgió en Suecia en 1555 y en

Dinamarca en 1605. En Inglaterra el nombre comienza a ser utilizado poco después de 1665, para distinguir la Gran Plaga londinense de la epidemia del siglo XIV. Al parecer, este nombre proviene de una errónea traducción al escandinavo o al inglés de las voces latinas *pestis atra*. Además de la atractiva prosa de Boccaccio, la primera descripción completa de la epidemia la realizó el monje franciscano Miguel Di Piazza, quien relata que a principios de octubre de 1347, doce galeras venecianas refugiadas en el puerto de Mesina habían traído la peste. Los síntomas precisos de la enfermedad fueron señalados por el eminente médico de la corte papal de Aviñón, Guy de Chauliac (fin del siglo XIII-1368), a quien el autor dedica un capítulo biográfico. En su obra quirúrgica, Chauliac recomienda como tratamiento sangrías y purgantes, así como la aplicación sobre los bubones de emplastos de higos y pistachos para facilitar su maduración. También señaló que la forma pulmonar era la más grave. Siendo evidente el carácter contagioso de la enfermedad, se estableció un período de cuarenta días (cuarentena) para aislar al enfermo y evitar la propagación de la epidemia, lo que aconteció el 17 de enero de 1374.

La epidemia de peste bubónica del siglo XIV tuvo una altísima mortalidad, en parte vinculada con la incidencia de las formas pulmonares. Calculando la población de Europa, África del Norte y el cercano Oriente en 100 millones de habitantes hacia 1346, en el curso de seis años la cuarta parte murió como consecuencia de la Peste Negra.

El autor dedica un capítulo a los santos sanadores de la peste, San Roque y San Sebastián, a la Hermandad de los Flagelantes, a la persecución de los judíos, a la miseria y otras consecuencias socioeconómicas de la Muerte Negra, y el estado de la higiene pública y privada en la época medieval. En el capítulo final, titulado “La historia no se repite”, el profesor Pèrgola establece un interesante símil entre la Edad Media y la época actual, basándose en un análisis comparativo de eventos tales como las enfermedades devastadoras, la acumulación de los desechos, el hacinamiento, la pobreza, la Era de la Imagen, la contaminación, la inseguridad, el reencantamiento del mundo y los “chivos expiatorios”.

Siempre que se discute el pasado, los hombres estamos en realidad discutiendo intereses y expectativas actuales. Hoy no encontramos alternativas plenamente satisfactorias a nuestros problemas. En este sentido, el libro del profesor Federico Pèrgola es, al mismo tiempo, un erudito y concienzudo análisis histórico de los aspectos médicos, socioeconómicos y culturales de la Edad Media, y un ajustado instrumento que nos ayuda a reflexionar sobre las cuestiones las acuciantes de nuestra vida contemporánea.

Dr. Alfredo Buzzi
Profesor Emérito de Medicina de la UBA

I. Introducción

La época medieval, una larga etapa llena de matices cambiantes dentro de una apacible quietud, con sus enigmas y sus esotéricas claves, donde todo induce a profundizar en sus enfermedades y sus extraños conceptos sobre la higiene. La miseria, como se verá por nuestro análisis, no fue ni mucho más ni mucho menos que en otras épocas de la historia. La Edad Media ha sido desde tiempo atrás una cantera inagotable para los estudiosos y los historiadores. Sus misterios y su religiosidad exagerada, al principio denostada y, por qué no, execrada, fue –en forma paulatina– convirtiéndose en generadora de ideas, descubrimientos e inquietudes varias sobre las que se basaría la tremenda evolución humana en las edades Moderna y Contemporánea.

White (1) relata en forma irónica que en la década del 20 –sus años de formación universitaria– aprendió dos apogemas incontrovertibles: primero, que no había ciencia medieval, y segundo, que la Iglesia persiguió a Roger Bacon por pretender dedicarse a su cultivo. Estos prejuicios fueron dejados de lado en los Estados Unidos en virtud de los trabajos de Charles H. Haskins y sus discípulos, y por los realizados por el mismo Lynn White y su escuela. Solamente desde las profundas tinieblas de la ignorancia se pudieron aceptar las simplezas apuntadas. Basta señalar, en ese mismo país, los fecundísimos estudios de los Institutos de Madison, Washington, Stanford y Kansas, y los de Toronto y Montreal en Canadá, que fueron aportando, día tras día, nueva luz sobre investigaciones ópticas, botánicas, mecánicas, hidráulicas, etc., realizadas en “los tiempos oscuros de la superstición”, como se ha denominado despectivamente a la época medieval.

Como lo destaca White en sus trabajos, fueron tres los campos de la innovación técnica medieval: el estribo y su importancia en la lucha a caballo, el arado pesado y la revolución agrícola, y el diseño de máquinas para un mejor aprovechamiento de las fuentes de energía. Numerosas relaciones directas o marginales tuvieron estos descubrimientos con la salud, la miseria y la higiene de la población medieval.

Sin embargo, la chispa inicial del movimiento que rehabilitaría a la Edad Media y que culmina con la creación de la Universidad, la enciende un pagano semicristiano, Marciano Capella, que en el año 430 escribe un libro –en África del Norte– titulado *Tratado de las siete artes liberales*.

Esta obra, leída y copiada por los monjes del alto Medievo, constituyó la base fundamental de la vida intelectual hasta el siglo XII. Se la conoce también como *Las bodas de la Filología y Mercurio*. En ella se relata cómo a instancias de Apolo, Mercurio aún soltero, contrae nupcias con una joven culta llamada Filología. La asamblea de dioses apoya la propuesta de Apolo, diviniza a la novia y prepara el casamiento. Al mismo concurre todo el mundo y también son invitadas las Artes y las Ciencias. Entran en primer lugar la Gramática, la Retórica y la Dialéctica, y luego lo hacen la Música, la Aritmética, la Geometría y la Astronomía. Por razones ocultas no son invitadas las artes octava y novena: la Medicina y la Arquitectura. Es curioso que esboza la rehabilitación de algo que está por comenzar y que aún no ha terminado como para tener un resultado final. Sin embargo, esa concepción en la que mezcla las “ciencias duras” con las “disciplinas blandas” estaban dando la pauta del posterior desarrollo de los conocimientos.

En los siglos siguientes, la Medicina es considerada como una doncella tonta que se olvidó de concurrir a la fiesta, aunque durante el Renacimiento Carolingio hubo varios intentos de restaurar su prestigio. Dungaló exigió incorporarla al plan de estudios como la octava Arte. Considerada durante los primeros cinco siglos del Medievo como una segunda filosofía, la medicina logró penetrar en el universo cultural. Eso no fue óbice para que, durante esta época, reinaran la medicina mágica, la superstición y el Demonio.

Todo esto parece auspicioso para destacar pero la Edad Media tiene un lado oscuro. En ella Eurasia sufrió el flagelo más terrible –fuera de las guerras– que le pudiera haber caído: la peste bubónica. La división entre pobres y ricos fue cruel, mientras que la miseria y la suciedad reinaron.

Con tanta riqueza conceptual, tantos hechos desafortunados y fundacionales (Peste Negra, hambrunas, creación de las universidades, caridad en la atención de los enfermos) esta época es un veneno para el análisis y la comparación. Comparación con los momentos actuales de la humanidad, también con circunstancias favorables (aumento de la expectativa de la vida humana, avance sostenido de las ciencias) y desastres de todo tipo (pobreza extrema, contaminación ambiental, explosión demográfica). Ambas etapas de la historia tienen un denominador común: la discriminación racial y social. Este estudio, haciendo hincapié en los aspectos sanitarios, será el broche final de este ensayo.

II. La époque

La cristianización del mundo romano comenzará con Cayo Flavio Valerio, Constantino I el Grande (285-337), quien en el año 313 promulgó, luego de implacables persecuciones, el edicto de Milán sobre tolerancia religiosa. Aceptado el credo religioso, Teodosio completaría la conversión del paganismo al cristianismo y por esa época podríamos situar el inicio de la Edad Media, que tendría la prolongada vigencia de diez siglos.

Desde el esclavo hasta el Estado, pasando por el ciudadano y la sociedad toda, serían conquistados por la nueva fe que había llegado de Oriente –mundo germinal de otra de las grandes religiones–, de la mano de los seguidores de Cristo. En plena Edad Media, la humanidad vería surgir del mismo lugar de la Tierra una nueva fe: el Islam, a partir de Mahoma. El politeísmo, ante esa acogida masiva y el temor a un Dios único –remoto sueño de Amenofis IV y Nefertiti–, sería derrotado. Empero la etapa de represión que ejercerían los oprimidos de antaño sobre los remisos a adoptar la nueva religión mostraba que todavía no había penetrado en todos los corazones. Es más, en los pueblos apartados de las modestas urbes de la época persistió la adoración a varios dioses. Como los latinos denominaban *pagus* a estas comarcas, los cristianos asignaron el nombre de paganos a todos aquellos que no se convertían.

Pagano fue la denominación histórica de todo idólatra o politeísta, dedicado en especial a los antiguos griegos o romanos, extendiéndose luego a los mahometanos y a otros sectores, aun monoteístas. En fin, todo infiel no bautizado resultaba un pagano.

En el año 395 muere Teodosio y serán sus hijos Honorio y Arcadio quienes verán –en el año 410– a Roma sitiada y saqueada por los visigodos. *¡Barbari ad portas!* fue el grito estremecedor que anticiparía que, en pocos años más, todo Occidente quedaría en manos de los bárbaros. El Imperio Romano ya no tenía fuerzas para defenderse y, relacionando su conversión con su derrota, el cristianismo fue inculcado de su decadencia. San Agustín escribirá *La ciudad de Dios* y Pablo Osorio su *Historia universal*, ambas obras que tratan de refutar tal aserto.

Otra lucha entablaría el cristianismo en el seno de la sociedad grecorromana –una civilización de filósofos– para librarse del racionalismo. El cristianismo era una religión y no una secta filosófica, a pesar de ello, algunos de sus apóstoles fueron considerados jefes de disciplinas filosóficas. La nueva fe siempre se deslindó –a través de la voz de sus más altas jerarquías– de esto

que consideraban una imputación grave. Sin embargo, los cristianos utilizaron el pensamiento griego para desarrollar una hipótesis antropológica del pecado y de la penitencia. La psicología de Platón y la patología de Galeno les venían como anillo al dedo. Esto es dable observarlo en Tertuliano, Basilio de Cesárea, Lactancio, Clemente de Alejandría, Gregorio de Nisa, Cipriano de Cartago, entre otros. En la purificación de los enfermos, previo al ingreso en el templo de Asclepios, se pueden hallar elementos sugerentes de la liturgia.

La medicina medieval –en sus inicios– atrapaba fundamentos hipocráticos y galénicos y los mezclaba con prédicas cristianas. El médico recibía, como el que más, las influencias religiosas, además de un sentido práctico que le llegaba de las escuelas médicas de la antigüedad clásica, como las de Cos y Cnido, a través de Hipócrates, Celso y Galeno. Mientras representaba un espíritu piadoso y extramundano, apelaba a recursos profanos y primitivos. Privilegiado el hombre y así también –lógicamente– el enfermo por intermedio del cristianismo, la actitud general del médico de acceder a posiciones encumbradas, lograr fama y dinero, desechar el tratamiento de pobres y desahuciados que arrastraba de la medicina romana, no cambió mayormente. Entre los siglos IX y XV, estaba en boga en los grupos médicos una aseveración que decía: “Nunca, a sabiendas, tengas trato con alguien que esté a punto de morir o padezca un mal incurable”. Henri de Mondeville escribiría: “el médico debe, en lo posible, rechazar todos los casos peligrosos, y en ningún momento aceptar los de extrema gravedad”. El renombre y la fama del médico (lo hemos visto en todos los tiempos) puede mancillarse con la muerte del enfermo. Era preferible que el final llegara al cuidado del colega.

La muerte, ante la presencia del cristianismo que predominó en Occidente en toda esta Edad, que predicaba una futura vida buena o mala según la fe y las acciones terrenales, cambiaba en su esencia, en su contenido existencial. Aunque el médico tenía muy poco para ofrecerle a su paciente, si se negaba a atenderlo su actitud no era tan pecaminosa ante el valor del alma y de su salvación, en detrimento de su cuerpo corruptible. En las postrimerías de la Edad Media y con el motivo lógico de las pestes que asolaron el continente europeo el tema mortuorio se convirtió en una verdadera obsesión colectiva, y dio lugar a toda clase de manifestaciones artísticas de tipo vernáculo y escatológico. Lo atestiguan así la literatura, el grabado, la pintura, la escultura, etc.

En la concepción semita, entre los primeros hebreos y babilonios, la enfermedad era considerada como una condena ante el pecado cometido, o bien por capricho de los dioses y venganza de uno de ellos ante la acción del hombre. Los griegos, por su parte, la consideraban algo inherente a la naturaleza humana. Cristo predica el misterio de este hecho, misterio para la razón humana, enigma que se revelará en el más allá, con la infinita

misericordia divina.

El hombre ya no debía temer a Dios (mucho menos a los dioses) sino establecer un lazo amoroso con él o con la Divina Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El cuerpo corruptible (más aún, putrescible) perdía valor ante la inmortalidad del alma en el Reino de Dios. El amor a Dios era el bálsamo. Sendrail (2) dice: “este amor ya no era el eros helénico, todo deseo y concupiscencia. Era desde ahora el *ágape*, la efusión generosa del ser en estado de plenitud hacia el ser en estado de necesidad y privación. Se tornaba gracia y caridad”.

José Luis Romero (3) divide la Edad Media en tres épocas: a) la temprana Edad Media, que se extiende desde las invasiones bárbaras hasta la disolución del Imperio Carolingio; b) la Alta Edad Media, que transcurre desde el fin del Imperio Carolingio hasta la crisis medieval del siglo XIII, que concluye en el siglo XIV con c) la Baja Edad Media, que culmina a fines del siglo XV.

En consecuencia, tanto las ciencias en general como la medicina en particular pueden –con una característica hipotética como la anterior– sufrir una similar estratificación. Una escuela de medicina de la Alta Edad Media nace con la fundación de Montecassino (año 529) y termina con el apogeo de la de Salerno. Otra, de la Baja Edad Media, concluye al finalizar el siglo XV.

Laín Entralgo (4) califica como cuasi-técnica a la medicina de la Europa cristiana que se estudia y practica entre los siglos VI y XI, ya que no la considera pretécnica por sus atisbos de ciencia técnica ni tampoco racional puesto que la afectan los pensamientos mágicos y pseudorreligiosos y la mentalidad ordálica. Mientras que en la Alta Edad Media influyen sobre ella tres culturas: a) la clásica de Roma y Bizancio, b) la cristiana y c) la denominada civilización de los pueblos bárbaros. Para estos últimos, pueblos nómades que invadieron Europa, la enfermedad era un castigo divino: Odín, el señor de los dioses, es el amo de la vida y la muerte; dios del sol, la salud y la enfermedad. En su medicina pretécnica el acto terapéutico estaba destinado a aplacar el enojo de su dios. Todo lo cual nos estaría indicando que en la época medieval fue muy difícil separar la amalgama de las creencias sobre las causas de las enfermedades, naturales o como castigo divino. Por su carácter trashumante estos pueblos no tenían una clase sacerdotal encargada del arte curativo. No obstante, la división del trabajo había proyectado que el curador fuera un hechicero aislado, más propiamente un chamán. Como resulta obvio, porque es común a todas las etnias pretécnicas, entre los métodos de curación estaban la magia, las hierbas medicinales y una primitiva cirugía. Conocían muchos vegetales que con diversas propiedades farmacológicas usaban como purgantes, eméticos o narcóticos. El chamán y también la curandera, que se alejaban solo ligeramente de la medicina doméstica o casera, apelaban a estos métodos. No dejaron de ser hábiles cirujanos: primero con instrumentos de

piedra, luego metálicos.

La magia, que aviesamente supo sortear el paso del tiempo y llegó lozana hasta nuestros días, no se limitaba al empleo de “hablar en lenguas” o emitir gritos aterradores sino que incluía rituales varios: bailes, exorcismos, ofrendas, sacrificios, orgías.

Eran tiempos de intemperancia. En el reino ostrogodo de Teodorico el Grande tuvo lugar un primer intento de rehabilitar el nivel cultural romano. Fue una chispa en una larga noche. Durante los 39 años que reinó, Italia fue tierra de paz y progreso. Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio (480-525), llamado “el último romano y el primer escolástico”, buen filósofo, fue su consejero. En 510 llegó a cónsul y en 522 lo hicieron sus dos hijos. Acusado de mago y conspirador fue ajusticiado por orden del rey. La intemperancia a la que aludíamos no se detenía ni ante los más allegados. Empero su obra escrita quedaría: comentó trabajos de Aristóteles y Cicerón y, como entretenimiento durante su prisión, dio a luz un sugestivo título: *Consolación por la filosofía*. Introdujo el pensamiento helénico en la Edad Media al que les otorgó una visión particular conforme a sus propias ideas.

La obra de Boecio no tuvo la relevancia de la de San Agustín pero supo cuajar el fin de la cultura antigua con la naciente ilustración medieval. En muchos de sus aspectos constituye el pensamiento antiguo influido por el neoplatonismo alejandrino. Su ambición fue la de enriquecer la cultura latina con lo más granado del helenismo, circunstancia por la que siempre Roma sintió debilidad. Quiso exponer las cuatro ciencias fundamentales y traducir y comentar las obras de Platón y Aristóteles, pero pudo cumplir con una pequeña parte de su cometido.

En el siglo VI ocurrió el acontecimiento más importante de la medicina altomedieval: la organización y consolidación de la vida monástica, de gran importancia para la salvaguarda de los conocimientos, la fundación de la universidad, hecho gravitacional. El monasterio fue el centro de la cultura medieval a la que impregnó con sus aspectos religiosos.

Toda Europa se vio conmovida por importantes descubrimientos. Médicos y científicos sobresalen en España: Chasdai, Hanum de Córdoba, Albucasis, Avenzoar, Averroes y Maimónides. Pablo, obispo de Mérida, llevó a cabo una operación cesárea y Mazona fundó un hospital en el año 850. Debemos destacar que estos no tenían las características de los posteriores que se dedicaron exclusivamente al tratamiento de las enfermedades, y eran lugares de albergues para menesterosos y enfermos minusválidos. No obstante, como luego veremos, sus condiciones no eran despreciables.

Como se desprende de los escritos de Gregorio de Tours, la medicina en la Francia merovingia fue muy pobre. En su *Historia Francorum* cuenta las prácticas mágicas y las curas milagrosas. En la corte merovingia actuaron

Marileifo –médico del rey Childeberto– y Reovalis, arquíatra que efectuó castraciones según el método bizantino.

Carlomagno impulsó la renovación de las alicaídas ciencias medievales. Primer monarca de la cristiandad, inició un movimiento cultural y científico que se conoce como Renacimiento Carolingio. Con Pedro de Pisa y Paulino, en Italia; Agobardo y Teodulfo, en España; Clemente, Escoto, Dungalo y el geógrafo Ducuilo, en Irlanda, y Alcuino, arzobispo de York, a la cabeza, se formó la escuela palatina de Aquisgrán. En ella, Juan Escoto Eriugena, más tarde director de la Escuela Real de París, consolidó su cosmología; Dungalo reclamó para la medicina el octavo puesto –agregándola lógicamente– dentro de las siete artes liberales; Pablo Diácono trabajó en gramática e historia, y Lupo de Ferrières sintetizó los escritos antiguos. Con esta escuela, Aquisgrán se convirtió en el centro cultural más importante de la Alta Edad Media.

Alcuino, director de la Escuela de York, viajó a Roma en el año 781, ideó un sistema de letras pequeñas cuyo uso llegó hasta nuestros días y fue un importante gestor de este renacimiento cultural. Los bárbaros entraban por el único sendero viable de la evolución humana: la cultura. Se reavivó el aprecio por el conocimiento que también alcanzó a la medicina. Las plantas medicinales, resumen terapéutico de la época, fueron muy apreciadas. El mismo Carlomagno poseía un jardín con estas especies.

La Escuela de Aquisgrán fue generadora de otras casas de estudios que se fundaron en las principales iglesias y monasterios. Mauro dirigió una en Fulda y Alcuino otra en Tours.

Durante el Altomedievo la agricultura –subordinada a las condiciones meteorológicas– pasó por un período de crisis. Epizootias del ganado e inundaciones hicieron escasear los alimentos. El empobrecimiento llevó a la desnutrición y constituyó uno de los factores predisponentes para la llegada de las epidemias. Se difundieron la lepra y la disentería, se generalizaron la tuberculosis y las afecciones de la piel apañadas por la falta de higiene. A ello se agregó la necrosis de las extremidades de los miembros por la ingestión de pan amasado con centeno afectado por cornezuelo. La mortalidad infantil alcanzó cifras elevadísimas.

Alejados de estos problemas que sufría el pueblo, en la soledad y el silencio de la reclusión monacal, los estudiosos seguían con pasión la traducción de libros clásicos y el desarrollo de nuevas ideas.

Autores anónimos de la corte de Benevento resumen las bases de la teoría humoral, la doctrina de las cualidades elementales y clasifican las enfermedades en agudas y crónicas. Carlomagno –en el año 805– establece los fundamentos del arte de curar y prohíbe las prácticas mágicas. La fisiología y nosología aceptan la teoría del calor innato que Hipócrates había localizado en el corazón, la concepción galénica del movimiento de la sangre y de las

tres digestiones, la idea de que la orina se origina en el hígado a partir de los cuatro humores, la teoría de la plétora de origen alejandrino y el origen de la enfermedad en el desequilibrio de los humores.

Entre las fuentes de información para el arte de curar se destacaban los textos hipocráticos. Se conocían parte de los *Aforismos*, *Pronóstico*, *Sobre la dieta de las enfermedades agudas*, *Sobre las hebdómanas*, entre otros. Poco era lo que aportaba Galeno puesto que sus obras recién se conocieron a partir de la segunda mitad del siglo XII. Antes de esa fecha solo se leían fragmentos de *Ars parva*, *Terapéutica a Glaucón*, *Sobre la curación de las fiebres* y alguna que otra más. Sin embargo, su influencia no se puede desestimar.

Dentro del aprendizaje de las ciencias médicas estaban incluidos el *Organón*, de Aristóteles y el *Timeo* de Platón, algunas obras de Rufo y Dioscórides, la *Sinapsis* de Oribasio, la *Historia Naturalis* de Plinio y escritos de Cassio Félix, Prisciano y Celio Aureliano.

La dietética, la terapéutica medicamentosa y la cirugía –con la simpleza y las limitaciones de la época– constituyen el arsenal médico del Altomedievo. La primera de ellas tiene auge en la vida de los conventos. Casiodoro reseña la oportuna alternancia de la actividad (*negotium*) y el ocio (*otium*). Hildegarda delinea el transcurso del día entre trabajo y descanso, comida y ayuno, conversaciones y meditación, sueño y vigilia.

Hildegarda perfiló aquello que tuvo extremos diversos en lo que se reglamentó. Guglielmi (5) dice: “incluso se legisló sobre la longitud de los *traines* de los vestidos. Desde mucho antes las damas exageraban esta parte, símbolo de pecaminosa frivolidad, y así un viejo ejemplo medieval narra el encuentro de dos monjes que ven pasar a una dama que lleva vestido con larga cola. Uno de ellos ríe de improviso y explica luego a su compañero el motivo de su alegría: a un pequeño demonio que sentado en la cola del vestido, un movimiento de la dama lo había hecho caer al barro”. Ejemplo de la fe religiosa llevada hasta el fanatismo aunque con cierto grado de ingenuidad. Y agrega Guglielmi: “Muy particularmente las leyes se refirieron a los generosos escotes que provocaban las críticas airadas y vehementes prédicas de los oradores piadosos que, como fray Giordano de Rivalto, llamaban a una mayor modestia”.

Volviendo al ocio, el tiempo cronológico de la Edad Media se vio limitado por la oscuridad del invierno y la escasa iluminación de las habitaciones, común al grueso de la población. “Nobles y campesinos, reyes y abades, grandes y emperadores –expresa Guglielmi (6)– vivieron acuciados por el tiempo, sintiendo la brevedad de los días y el acoso de la muerte. Días cortos, lábiles ante la enfermedad, el hambre, las epidemias, los desastres guerreros... Por ello el hombre medieval trató de aprovechar sus ocios, distintos para grandes y campesinos, para el hombre feudal y para el integrante de la

comunidad urbana. Los del señor eran más largos y con mayores recursos para llenarlos; el hombre común en cambio contó para su descanso —que pudo colmar de entretenimiento— con las innumerables festividades religiosas: las de su región, las de su parroquia, las de su gremio”. En las ciudades con gran desarrollo del tejido en el norte de Europa, existían solo 250 días laborables.

Es que en la Edad Media todo se reglamentó: lo que ocurrió con los días festivos, sucedió con la comida, la bebida, el sueño, el régimen de baños, la vida sexual, el deporte, etc. En estos últimos se había puesto énfasis en legislar sobre la marcha a pie.

Para Hugo de San Víctor la dietética era una de las “seis normas” para el cuidado de la salud. Mientras que el conde de Blankenbourg, de Sajonia, quien estudió en París y volcó sus conocimientos en las clases de la escuela de su ciudad natal, fue un erudito y científico universalista que redactó la famosa *Eruditio Didascalía*. En ella considera que las bases de la medicina son el aire y el alimento, el movimiento y el reposo, el sueño y la vigilia, como así también las emociones y los estímulos del temperamento. Dentro del estudio de la medicina en su libro incluyó lo que podría ser la yema primigenia de la antropología, el arte culinario, la agricultura, el cultivo de la vid, entre otros tópicos.

Otras facetas de la medicina de la época sorprenden por sus aberraciones. Bühler (7) sostiene: “aunque la Edad Media no desconocía, ni mucho menos, el aborto ni las prácticas de la anticoncepción, recurriendo para ellas, casi siempre a medios monstruosos, por lo general se dejaba a la naturaleza obrar libremente, lo cual traía como resultado una cifra extraordinaria de natalidad, fomentada por las tempranas uniones matrimoniales y extramatrimoniales y por los escasos cuidados que se le dispensaban a la mujer; eran relativamente frecuentes los matrimonios con veinte o más hijos. Claro está que el coeficiente de la mortalidad infantil alcanzaba también una cifra verdaderamente aterradora, como consecuencia del bajísimo nivel de la higiene y la medicina de esta época, de las frecuentes epidemias, de la miseria y la suciedad reinantes en las casas, sobre todo entre la gente humilde, y del hacinamiento en que vivían los habitantes de las ciudades; se ha calculado que, por término medio, solo se salvaban uno o dos hijos por cada familia, razón por la cual ya en aquel entonces tenían que cubrir las gentes que afluían del campo a las ciudades las grandes bajas producidas en estas. El embarazo y el alumbramiento, el nacimiento y el bautismo hallábanse rodeados de una serie de supersticiones y de ceremonias seculares y eclesiásticas, de bendiciones, etc., que ofrecen gran interés y presentan un gran encanto desde el punto de vista de las costumbres populares [...]”.

La farmacología de la Alta Edad Media no gozó de sistemática alguna, toda vez que *De materia médica* de Dioscórides solamente alcanzó resonancia

con la transmisión árabe. Los libros que se utilizaban eran recopilaciones de los antiguos. La *Medicina Plinii* lo era de obras de Plinio, Galeno, Dioscórides y otros autores; *De Medicina proecepta saluberrima*, un conjunto de recetas recogidas por Quinto Severo Sammónico en el siglo III; en los siglos XI y XII aparecen dentro de la Escuela de Salerno los denominados *antidotarios*. En el siglo XI surge el *Macer Floridus*, resumen de la materia médica de la época cuyas fuentes tuvieron lugar durante el Bajo Imperio y la misma Alta Edad Media.

Preferentemente se emplearon medicamentos de origen vegetal, aunque se apeló también a animales y minerales que se ingerían o se aplicaban como pomadas, fricciones o cataplasmas.

La cirugía tenía su basamento en rudimentarios conocimientos anatómicos y fisiológicos y era asumida por médicos y no por barberos que aparecen – junto con los practicantes de las sangrías– a fines del siglo XI.

Durante la Alta Edad Media la práctica del arte de curar estaba a cargo de médicos laicos y religiosos. La medicina de los siglos VI y VII era ejercida –predominantemente– por seglares, en tanto que, a partir de la mitad del siglo VIII cobra importancia la denominada medicina monacal. Se ejercía tanto la medicina interna como la cirugía que consistía en sangrías, drenaje de abscesos y operaciones de cataratas de las cuales los árabes parecen haber sido pioneros.

Para pertenecer como religioso a una comunidad hospitalaria el aspirante debía cumplir con una etapa preparatoria: el noviciado. Debían ser libres, solteros, no tener deudas y ser sanos. Guglielmi (8) dice: “los novicios en hospitales y leproserías podían ser masculinos y femeninos. Se prohibía la aceptación como novicias de mujeres demasiado jóvenes y bellas. En general hay límites de edad para la recepción de novicios: no antes de los 20 años para los hombres y mujeres ni después de los 60 para los hombres. Aceptados debían cumplir un período de noviciado, en el cual debían prepararse para la profesión bajo la dirección de un maestro o maestra. La aceptación de novicios estaba en relación con el número de religiosos que podía sustentar la casa. Puesto que la cantidad de personas que acogía la fundación de manera temporaria o permanente –religiosos y hospedados– había de estar perfectamente determinada de acuerdo con los recursos de la institución”.

El médico religioso atendía al enfermo por caridad, no por afán de lucro. El médico laico al hacerlo por un honorario determinado establece una relación contractual. En este último caso, está obligado a emplear todos sus conocimientos y a no realizar actos terapéuticos para los cuales no está capacitado. El enfermo –por su parte– se compromete a pagarle los honorarios estipulados.

La astrología, la alquimia, la quiromancia, las curas milagrosas, la

adivinación, los conjuros, la creencia en el demonio, la oniromancia, el uso de talismanes y de piedras preciosas como recursos terapéuticos fueron prácticas comunes.

Existe otro interés adicional que dimana de una de las condiciones de la historia que es la de comparar épocas y acciones. Eco (9) manifiesta: “recientemente y desde muchas y diferentes posiciones, se ha empezado a hablar de nuestra época como de una nueva Edad Media. El problema reside en saber si se trata de una profecía o de una comprobación. En otras palabras: ¿hemos entrado ya en la Nueva Edad Media? ¿O bien, tal como se ha expresado Roberto Vacca en un libro inquietante, se producirá una Edad Media en un futuro próximo? La tesis de Vacca se refiere a la degradación de los grandes sistemas típicos de la era tecnológica; estos, por ser demasiado vastos y complejos como para que una autoridad central pueda controlarlos e incluso para que pueda hacerlo individualmente un aparato de administradores eficaz, están destinados al colapso y, a consecuencia de su interdependencia recíproca, a producir un retroceso de toda la civilización industrial”. Estas palabras apocalípticas están corroídas por casi un cuarto de siglo en que fueron escritas y la aceleración brutal de los hechos históricos. Hoy pensamos más en la degradación del planeta que en la de los sistemas tecnológicos. Ambas generan las mismas inquietudes para la raza humana. Este análisis comparativo nosotros lo volcaremos, sobre todo, en el aspecto de la salud y de la enfermedad.

III. Las enfermedades

La Baja Edad Media y sobre todo el siglo XIV, cuando habían transcurrido muchos años de esta prolongada etapa histórica, se vio sacudida por terribles epidemias generadoras, a su vez, de interpretaciones que oscilaron entre la venganza y el misticismo.

Virgilio (10), en el sexto libro de la *Eneida*, describe la entrada del Infierno donde tienen “sus guaridas el Dolor y los vengadores Afanes; allí moran también las pálidas Enfermedades, y la triste Vejez, y el Miedo y el Hambre, mala consejera, y la horrible Pobreza, figuras espantosas de ver, y la Muerte y su hermano el Sueño [...] la mortífera Guerra, los férreos tálamos de las Euménides y la insensata Discordia, ceñida de sangrientas cintas la serpentina cabellera”. Estas terroríficas visiones no aseguraban que la Baja Edad Media permitiera optimismo en la vida terrenal.

El hambre, la guerra, la peste con su consecuencia última, la muerte, eran bien conocidas por el hombre medieval. Los cuatro jinetes del Apocalipsis, que precedían la aparición de la bestia apocalíptica, según el delirante ensueño del visionario de la isla de Patmos (11), agorero del misterio de los grandes sucesos humanos, fueron recreados admirablemente por Vicente Blasco Ibáñez (12): “[...] describía los cuatro azotes de la tierra lo mismo que si los viese directamente. El jinete del caballo blanco iba vestido con un traje ostentoso y bárbaro, su rostro oriental se contraía odiosamente, como si husmease las víctimas. Mientras su caballo seguía galopando, él armaba el arco para disparar la peste. En su espalda saltaba el carcaj de bronce lleno de flechas ponzoñosas que contenían los gérmenes de todas las enfermedades, lo mismo que las que sorprenden a las gentes pacíficas en su retiro, que las que envenenan las heridas del soldado en el campo de batalla.

“El segundo jinete, el del caballo rojo, manejaba el enorme mandoble sobre sus cabellos, erizados por la violencia de la carrera. Era joven, pero el fiero entrecejo y la boca contraída le daban una expresión de ferocidad implacable. Sus vestiduras, arremolinadas por el impulso del galope, dejaban al descubierto una musculatura atlética.

Viejo, calvo y horriblemente descarnado, el tercer jinete saltaba sobre el cortante dorso del caballo negro. Sus piernas disecadas oprimían los flancos de la bestia. Con una mano enjuta mostraba la balanza, símbolo del alimento escaso, que iba a alcanzar el valor del oro.

Las rodillas del cuarto jinete, agudas como espuelas, picaban los costados

del caballo pálido. Su piel apergaminada dejaba visibles las aristas y oquedades del esqueleto. Su faz de calavera se contraía con la risa sardónica de la destrucción. Los brazos de caña hacían voltear una hoz gigantesca. De sus hombros angulosos pendía un harapo de sudario.

Y la cabalgata furiosa de los cuatro jinetes pasaba como un huracán sobre la inmensa muchedumbre de los humanos. El cielo tomaba sobre sus cabezas una penumbra lívida del ocaso. Monstruos terribles y deformes aleteaban en espiral sobre la furiosa razzia como una escolta repugnante. La pobre *humanidad*, loca de miedo, huía en todas direcciones al escuchar el galope de la Peste, la Guerra, el Hambre y la Muerte. Hombres y mujeres jóvenes y ancianos se empujaban y caían al suelo en todas las actitudes y gestos del pavor, del asombro, de la desesperación. Y el caballo blanco, el rojo, el negro y el pálido los aplastaban con indiferencia bajo sus herraduras implacables [...].”

Esta pintura literaria, preñada de figuras alegóricas, recreadas por una pluma singular, tiene su remoto antecedente en la descripción vivencial de aquellos que padecieron la peste y, de alguna manera, brindaron su experiencia a la posteridad. En la contemporaneidad, Karl Jaspers hablará de situaciones límites, Viktor Frankl de la depresión noológica, y muchos de los que sufrieron horrores callarán.

El historiador griego Tucídides (Atenas, h. 460 - Tracia, 395 a.C.) en su obra *Historia de la guerra del Peloponeso* narra conocimientos como observador participante y lo tomamos como un antecedente de lo que en la Edad Media sería moneda corriente. En 430, cayó sobre su ciudad natal una epidemia terrible de la que no se está seguro si fue de peste, tifus o viruela, pero que provocó grandes estragos. Y no solo presenció el azote sino que padeció la enfermedad de la que describió sus síntomas e hizo un vívido relato. La descripción de la peste de Atenas o peste tucídica, que duró cuatro años, es uno de los más celebrados e impresionantes escritos de la prosa griega clásica (13). Una buena parte del libro segundo de la *Historia de la guerra del Peloponeso* la dedica Tucídides a la mención de esta epidemia (14).

La obra originará una discusión entre filólogos e investigadores: se afirmó que no era la palabra “peste” (*loimós*) la que los antiguos utilizaron en el verso sino el término (*limós*), pero prevaleció la primera de las acepciones porque las personas acomodaban sus recuerdos a las calamidades sufridas, como lo sugerían los escritos de Tucídides.

Roma tampoco escapó a la peste en la antigüedad y fue devastada en el año 293 a.C. En esa oportunidad se consultaron los libros Sibelinos, se enviaron mensajes al Oráculo de Delfos, y se pidió consejo y ayuda a Asclepio en Epidauro. Después de deliberar los griegos deciden auxiliar a los romanos y el dios –bajo la forma de una serpiente– se dirigió en una nave hacia Roma.

Finalmente, el ofidio se detuvo frente a la isla tiberina, donde se aposentó y –según el mito– la peste cesó. Livio, Valerio Máximo y Ovidio relataron el arribo de la serpiente y el inicio del culto de Esculapio (Asclepio) en Roma. Desde esa época fue el dios curador por excelencia del pueblo romano. Un templo primero y un hospital después se edificaron en la isla mencionada, que luego tornó el nombre de San Bartolomé.

Las pestilencias destruyeron los ocupantes de ciudades enteras y fueron precedidas o acompañadas por inundaciones o terremotos que devastaron a Italia en los primeros siglos de la Era Vulgar, a menudo seguidas de sequías y hambrunas. Esas mismas epidemias affligieron a Roma en los últimos tiempos del Imperio y diezmaron la población (16). La interpretación de estos episodios tuvo un carácter muy particular. El término griego *loimós* –según Galeno– expresa una enfermedad inicialmente grave que ataca a un gran número de personas al mismo tiempo y causa la muerte con frecuencia. Un significado similar tienen las voces latinas *pestis* y *pestilentia*, que también se utilizan en el sentido de desventuras. Al considerar la naturaleza de los fenómenos epidémicos de la antigüedad es menester ser prudentes puesto que, si bien la peste bubónica fue habitual y mortal, otras afecciones infectocontagiosas fueron tan graves como ella.

Tras la erupción del Vesubio en el año 79, que destruyó Pompeya y Herculano, una epidemia se extendió por toda la Campania y sucumbieron miles de personas por día. Más tarde, en el año 126, luego de una invasión de langostas que destruyó todas las cosechas, comenzó la peste de Orosio que mató 800 mil personas en Numidia, sobre la costa africana, y más de 200 mil entre Cartago y Utica.

La peste de Antonino o de Galeno –que se extendió entre los años 164 y 180– surgió en los lindes orientales del Imperio y se difundió velozmente hacia la frontera occidental a través del regreso a Roma de las legiones que habían sido despachadas a Siria a reprimir una revuelta. Provocó la muerte de miles de personas, en especial de soldados y no se conoce con certeza si fue de tifus o de peste bubónica. Se considera una de las razones por las que Galeno abandonó Roma.

La llegada de la peste a Aquileya motivó a los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero, junto con toda la corte y parte del ejército, a retornar a Roma, lo que no evitó que el último de los nombrados muriera en Altinum, en febrero de 169 (17, 18).

Entre los años 251 y 266, tuvo lugar la peste de Cipriano –probablemente una epidemia de viruela– y décadas más tarde, en el año 312, ocurrió otra más causada quizá por el mismo virus.

Hasta este momento y debido a los difusos testimonios el concepto sobre enfermedad epidémica era indefinido. La peste, en su sentido estricto

corno afección causada por el bacilo de Yersin –origen de la peste bubónica– merece unas palabras introductorias. Mientras que la malaria contribuyó a la decadencia de las viejas civilizaciones y el tifus diezmo a grandes ejércitos, ninguna otra afección –como la peste bubónica– ha sido tan desastrosa en sus efectos ni ha provocado una impresión tan profunda y terrible en la historia del hombre (19).

Una de las características más conspicuas era su recurrencia sobre grandes áreas de población luego de largos períodos de quietismo. Algunos investigadores remontan su primera mención histórica al quinto y sexto capítulo del *Libro de Samuel*, que describe la epidemia entre los filisteos. Habría ocurrido hacia el 1300 a.C., y en el texto bíblico se la describe como un castigo contra el pueblo gentil que se apoderó del Arca de la Alianza. Se postula que los tumores que se mencionan son bubones y que las figuras de oro con apariencia de ratones erigidas por los filisteos indican algún conocimiento entre la plaga y los roedores. También es probable que los textos de Sushruta, en la India, advirtiesen de esta vinculación.

Rufo de Éfeso (siglo II) describe una epidemia que se extendió por Egipto, Siria y Libia, caracterizada por bubones y alta mortalidad. Pero la pandemia documentada inicialmente con datos fehacientes fue la llamada plaga de Justiniano.

La Edad Media –curiosamente– comienza y termina con epidemias de peste (20).

La epidemia inicial provino de Oriente y atacó Constantinopla cuando el emperador Justiniano ocupaba el trono. En el año 542, unos viajeros llegaron a Bizancio con la noticia de que una enfermedad asolaba el Bajo Egipto. La enfermedad, lentamente, como si conociera sus fuerzas y todas sus posibilidades de dañar, siguió por la costa, donde el tráfico era mayor, y se extendió hasta llegar a la capital, en el año 543, donde en un solo día murieron diez mil personas.

Justiniano, que peleaba contra los bárbaros emigrados de Italia, los obligó a retroceder y, con ellos, la epidemia se corrió al oeste europeo. Después de permanecer durante 15 años en los confines del Imperio Bizantino, la plaga regresó a su punto de partida: el Bajo Egipto, y nuevamente se detuvo en Constantinopla. Sus efectos fueron aún peores: los cadáveres eran tantos que no había forma de enterrarlos, por lo que finalmente se decidió colocarlos en el interior de los torreones de las murallas que defendían la ciudad. Luego de rellenarlos con miles y miles de cuerpos, sellaron sus techos.

Gibbon en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* expresa: “no existen datos que puedan darnos cifras, o nos permitan siquiera conjeturar cuántos fueron los que perecieron víctimas de tan horrible mortalidad. Todo lo que he podido averiguar es que en Constantinopla, durante tres meses murieron diariamente, de cinco a diez mil personas; que

muchas ciudades del Este fueron completamente abandonadas y que, en varias regiones de Italia, no hubo ni cosecha ni vendimia” (2 l).

Durante 52 años esta pestilencia siguió haciendo estragos, en zonas más o menos circunscritas, pero que, según un cronista de la época, llegó “hasta los confines del mundo habitado”.

A causa de la peste del imperio de los ostrogodos quedó destruido y los lombardos se adueñaron del poder. Surgió el Estado Pontificio, Gregorio I Magno fue elegido papa en el año 590, y los cenobios benedictinos se extendieron por toda Europa. Justiniano fue el último de los emperadores romanos ya que después de la epidemia el Imperio Romano de Oriente se desplomó. Sus sucesores fueron bizantinos y el griego reemplazó al latín como idioma oficial. Más al oriente, en el año 570, nació Mahoma en La Meca.

El siglo VI constituye un hito, un momento culminante en la historia del mundo que rodea al mar Mediterráneo, y es la peste de Justiniano que traza el límite entre dos épocas. Una antigua civilización se ha extinguido. La peste fue el tiro de gracia que derrumbó a su cuerpo tambaleante, acertando exactamente en su máquina administrativa, su parte más enferma. De sus mismos restos comenzó a surgir una nueva civilización.

Cuando los hombres viven en pequeños grupos, aislados los unos de los otros, las enfermedades infecciosas agudas no pueden extenderse muy lejos a partir de su punto de origen. En las regiones donde, para trasladarse de una ciudad a otra se tardan semanas o meses, raramente hay epidemias. Cuando la comunicación es constante y la cercanía lo permite, las enfermedades infecciosas viajan por los mismos transportes y las mismas rutas a la velocidad del hombre. Así se propagan las epidemias.

Los romanos construyeron carreteras por todo el Imperio; su comercio llegaba hasta la lejana China, donde el oro romano se trocaba en seda. En el Imperio Romano, que se extendía por las costas que bañaba el Mediterráneo, la peste y el tifus viajaban en la caravana del mercader y junto a las legiones. Cuando llegaba a una ciudad arrasaba con cuanta persona se pusiese en su camino. La población aterrorizada huía y los enfermos morían sin cuidado. Cuando la enfermedad se extinguía con la muerte de las últimas víctimas los fugados regresaban. Familiares, amigos y vecinos habían muerto... Pocos se habían salvado, algunos habían quedado inválidos y dependientes. Las fortunas cambiaban de dueño: los sirvientes ocupaban las casas de los amos. Entonces, nuevamente se organizaba la administración, renacían las comunicaciones y el comercio volvía a florecer. Se había vuelto a comenzar. Diez años más tarde, o tal vez cien, la mortal enfermedad retornaba con la caravana o la legión para difundir el terror y la muerte en la ciudad.

Después de esa epidemia el Medioevo estuvo libre de ellas durante muchos siglos, a pesar de los frecuentes brotes que ocurrían en el cercano Oriente, de las pésimas condiciones sanitarias, de la procreación explosiva de los roedores que habitaban en las ciudades y del comercio entre Occidente y Oriente que

intensificaron las cruzadas.

Las pestes –incluso aquellas que luego se consideraron hipotéticas– solo castigaban territorios limitados: Brescia, en el año 709; Calabria y Sicilia, en 745; Pavía, en 774; Milán, en 964, y Venecia, en 989. Se desconoce la etiología de los males que diezmaron a los ejércitos de Federico Barbarroja en 1167, los de su hijo Enrique VI durante el sitio de Nápoles y, Luis frente a los muros de Tunicia en 1270 (22).

Mucho después, la tercera pandemia se paseó por Europa entre los siglos XIV y XVIII, logrando fama la Muerte Negra que alcanzó su cenit entre 1348 y 1350. La Gran Plaga de 1665 –limitada a Londres–, donde murieron 70 mil personas, y la de 1720, localizada en Marsella, con 50 mil víctimas, fueron algunas de sus secuelas (23).

En su monografía *Plaque*, editada en 1954 por la Organización Mundial de la Salud, Pollitzer (24) inicia el capítulo epidemiológico diciendo que deben considerarse dos formas distintas de peste: a) la peste bubónica, producida –por regla general– por picaduras de insectos vectores infectados, principalmente pulgas de roedores, y 6) peste neumónica primaria, debido a la difusión de la infección de hombre a hombre. Si bien esta última puede desarrollarse en el hombre a través de roedores o pulgas infectadas en forma directa, la mayoría de los casos lo hace por otro hombre con la enfermedad pulmonar.

La peste es una epizootia de los roedores, sobre todo de las ratas, que son el verdadero reservorio de la *Yersinia pestis*. A partir de estos roedores, el hombre se infecta por medio de sus pulgas que, al picarlo, le inoculan los bacilos que chuparon de las ratas infectadas. En epidemiología se hace necesario distinguir el papel del reservorio y el del vector o inoculador.

El número de especies animales capaces de padecer de peste es muy elevado. Se conocen más de doscientos, entre salvajes y domésticas. Existen especies que, por su ecología semidoméstica, están en situación intermedia y son responsables de la transmisión de la infección de animales salvajes a domésticos y viceversa.

En este sentido se diferencian la peste murina, mantenida por las ratas como reservorio, y la peste selvática –también denominada rural– que depende de animales que no son domésticos. Entre los roedores domésticos o comensales existen tres tipos importantes: a) la rata doméstica (*Rattus rattus*) de origen hindú y su variedad *alexandrina* (rata egipcia de vientre blanco); b) la rata noruega (*Rattus norvegicus*), también clasificada como *Rattus decumanus*, y c) el ratón doméstico (*Mus musculus*). Las tres especies son de origen asiático y el ratón es el más viejo conocido en Europa. Si la peste no había llegado al continente europeo era porque la rata negra y su variedad alejandrina –las dos protagonistas de la Peste Negra– no habían aparecido en Occidente hasta fines

del siglo XII. Ambas habían adquirido la enfermedad infectadas por su portador original: la marmota siberiana. Arribaron a las costas del Mediterráneo dentro de los barcos que transportaban a los peregrinos de Tierra Santa.

La rata noruega invadió Europa más tarde, en el siglo XVIII y pronto llegó a ser la especie dominante pero, poco a poco, la *Rattus rattus* recuperó su posición inicial. La rata noruega vive generalmente fuera de las casas por lo cual representa un peligro menor. El ratón doméstico, que puede estar infectado y provocar epidemias, tiene menor protagonismo.

Existe una gran correlación entre una epizootia de las ratas, sobre todo de la rata negra, y las epidemias de peste bubónica. En Bombay se pudo comprobar que el intervalo entre epizootia y epidemia era de diez o doce días: transcurren tres días desde que las pulgas que huyen de las ratas muertas acuden a atacar al hombre, otros tres días dura el período de incubación de la peste en este y cinco días dura la enfermedad. En la población murina, la peste transcurre como una endemia más o menos importante hasta que se agudiza, se desencadena el brote epizootico y alcanza al hombre.

Entre los animales vinculados con la peste se encuentran, entre otros, la liebre, el hámster, el hurón y la mencionada marmota.

Las pulgas son ectoparásitos de aves y mamíferos. Algunas de sus especies están adaptadas a distintos animales pero no de manera absoluta, lo que significa que puede pasar de una a otra. Las especies que intervienen en la transmisión de la peste son: a) la pulga de la rata (*Xenopsylla cheopis*), que parasita tanto a la rata negra como a la noruega y cumple un rol fundamental; b) la pulga del hombre (*Pulex irritans*), capaz de transmitir la enfermedad de hombre a hombre pero no del reservorio a este último y, c) las pulgas del perro (*Ctenocephalides canis*) y del gato (*Ctenocephalides felis*), las cuales se ha comprobado experimentalmente que pueden propagar la peste pero su papel en la transmisión espontánea es menospreciado.

Cuando la pulga pica a un animal infectado los bacilos de la peste que contiene la sangre pasan, lógicamente, a su intestino. En casi todas las especies, pero en forma más importante en la *Xenopsylla cheopis*, el germen prolifera abundantemente al punto que en la parte anterior del canal intestinal del insecto o proventrículo la acumulación de bacilos puede obstruirlo totalmente y, en algunos casos, provocar su muerte. La mayoría sobrevive y, al volver a picar, con el esfuerzo para vencer la obstrucción, una cantidad de yersinias se introducen en el nuevo huésped. Si bien este es el principal mecanismo de infección, en otras especies la eliminación de microbios se produce por vía anal: a partir de las heces de la pulga penetra a través de las lesiones que produce el rascado o la fragilidad de las mucosas. La pulga solamente porta a la bacteria pero no se enferma (si muere es por la obstrucción que le provocan los microbios) e, incluso, espontáneamente, puede librarse de los microbios.

La mayoría de las epidemias ocurrieron en los puertos de mar adonde las ratas enfermas llegaban con los barcos que procedían de Oriente. Los trapos sucios, las ropas de los enfermos, las mercancías transportadas por los barcos y contaminadas por las ratas –cereales, en especial– podían contener bacilos pero no más de un mes, tiempo suficiente para explicar ciertos casos de peste de epidemiología incierta. La leche y el agua excepcionalmente transmiten la enfermedad.

Los enfermos afectados por peste de localización pulmonar tanto al toser como al hablar o expectorar pulverizan la atmósfera de las habitaciones. La inhalación de estas gotitas por parte del sano hace el resto.

Las crónicas medievales referían que las pestes se desencadenaban después de una hecatombe, una sequía, inundaciones o épocas de gran escasez de alimentos. Estos relatos tenían un real fundamento epidemiológico: cuando se vaciaban los graneros o cuando el agua arrasaba con todo, las ratas se acercaban al hombre en busca de comida. Una epizootia entre estos roedores hacía probable la epidemia. La teoría de los “miasmas” como generadores de enfermedades estaba en pleno auge.

El cuadro clínico es muy característico. Luego de una breve incubación, la enfermedad comienza con dolores en los miembros inferiores, pérdida de apetito, astenia y molestias en la piel aledaña donde aparecerá el bubón. Luego fiebre elevada y delirio, obnubilación y ataxia. Los casos de mal pronóstico mantienen su fiebre a la semana, en los benignos empieza a descender. En ausencia de tratamiento, al quinto día ocurre la muerte con un paciente en coma, sin orinar, con gran deshidratación y con una tonalidad pardo violácea oscura, en el que las hemorragias pueden hacer al cuadro más patético. Y eso ocurre entre el 50 y el 70% de los casos. En la forma bubónica, a las 48 horas se agregan las características tumefacciones dolorosas de las áreas ganglionares que rápidamente adquieren un tamaño que oscila entre el de una nuez y un huevo de gallina. La mayor parte de estos bubones se ubican en la región inguinal, con una infiltración violácea de la dermis subyacente. A los días, los bubones se ulceran, se abren y dejan manar un pus fétido, pudiendo permanecer así durante varios meses. Es de suponer el asco y el rechazo de la población tanto a las ratas como al enfermo en estas pésimas condiciones, lo que causó el abandono aun de familiares directos. Todavía más: flemones, extensas necrosis de músculos y piel, gangrena, etc., hacían terrible el cuadro clínico.

“Este último episodio resultaba especialmente atroz –dice McEvedy (25)–, hasta el punto de que los pacientes, moribundos ya, se sumían en un estado de gran agitación. Sin embargo, los médicos siempre interpretaron que el estallido constituía una buena señal, aunque solo fuera porque probaba que los pacientes seguían luchando casi una semana después de iniciado el mal.

Posiblemente la mitad de los condenados a morir ya había fallecido antes de alcanzar este estadio”.

Ese era el espantoso panorama que ofrecía la Europa medieval aterrada por la Muerte Negra. Sus prolegómenos se remontan a 1346 cuando llegan al continente noticias sobre graves sucesos que ocurren en el Este. En los años previos, la lejana Catay es sacudida por una serie de desastres: en 1333, una terrible sequía con su consiguiente hambruna asoló las planicies regadas por los ríos Kiang y Hoai; luego una inundación produjo la muerte de más de 40 mil personas y, como presunto resultado de este evento la montaña Tsincheou se “desplomó” resquebrajando la tierra (26). En 1334, ocurrió una nueva sequía en Houkouang y Honan, seguida por una invasión de langostas, hambre y pestilencias; un terremoto en las montañas de Ki-Ming-Chan formó un lago de más de cien leguas de circunferencia; en Tche murieron más de cinco millones de personas (aunque esta cifra pareciera excesiva); terremotos e inundaciones continuaban entre 1337 y 1345 y se consideraba que las langostas nunca habían sido tan destructivas. Ibn Battuta, viajero y erudito árabe, que luego indicaría que las primeras noticias sobre la peste las encontró en Aleppo, al norte de Siria, mencionó que durante los años señalados hubo un “trueno subterráneo” en Cantón, aunque a este dato no se le asigna credibilidad.

Un sacerdote flamenco, en una carta dirigida a un amigo de la curia papal en Aviñón, relata que “en el Este, cerca de la Gran India, en una cierta provincia, horrores y tempestades sacudieron al país por espacio de tres días. En el primer día ocurrió una lluvia de sapos, serpientes, lagartos, escorpiones y otras alimañas venenosas de esa clase. En el segundo día, un trueno se escuchó y lenguas de fuego cayeron sobre la Tierra mezcladas con grandes piedras de granizo que arrasaron con todo. En el tercer día, cayó fuego y un humo hediondo del cielo que mató a los hombres y bestias que quedaban y quemó los pueblos y ciudades de la región. Por estas tempestades toda la provincia se infectó; y se conjetura que a través de las sucias bocanadas de viento proveniente del sur, toda la costa y las tierras circundantes se infectaron y se volvieron más y más venenosas día a día [...]”.

Este concepto de atmósfera corrupta, visible en la forma de niebla o humo, que viaja a la deriva a través del mundo y sobrecoge de terror a todo aquel que halla en su camino, era una teoría apreciada por los médicos medievales para explicar la causa de la peste. Para uno de los cronistas, la sustancia de la nube era más vapor que humo y su origen había que buscarlo en una guerra que tuvo lugar entre el mar y el sol en el océano Índico. Las aguas del océano se alineaban con un vapor tan corrupto por la multitud de pescados muertos y podridos que el sol era incapaz de neutralizarlo con una lluvia saludable. Esa tóxica neblina, a la deriva, contaminaba todo lo que alcanzaba.

Un cronista del Este tenía otra versión en la que el mar no era el protagonista:

“Entre Catay y Persia ocurrió una gran lluvia de fuego que cayendo en copos como nieve incendió valles y montañas con hombres y mujeres, entonces se produjeron grandes masas de humo que mataban a todo lo que encontraban a su paso en medio día [...]”.

Sea cual fuera la causa, en todos los puertos de Europa se sabía que, cuando expiraba 1346, una horrenda plaga devastaba el Este. Nacida en China la peste atravesaba las mesetas de Asia Central: “India estaba despoblada; Tartaria, Mesopotamia, Siria y Armenia cubiertas de cuerpos muertos; los kurdos huyeron en vano a las montañas. En Caramania y Cesárea nadie quedó vivo [...]”.

Pero la narración más precisa de cómo sobrevino la enfermedad fue la de Gabriel de Mussis que, aparentemente y por lo menos en ese período, no abandonó su ciudad natal: Piacenza. De Mussis sostiene que la plaga colonizó los dominios tártaros del Asia Menor en 1346. Según Vernadsky dejó 85 mil muertos solo en la península de Crimea. Los tártaros apelando a una práctica que no se empleó únicamente en el Medievo de responsabilizar a los grupos minoritarios de las calamidades sociales o de la naturaleza, decidieron atacar a los mercaderes cristianos de la vecindad. Una pelea callejera que culminó con la muerte de un habitante local fue la excusa para una campaña premeditada.

Los tártaros acosaron un centro comercial genovés en la ciudad de Tana y persiguieron a los mercaderes hasta su reducto, la ciudad de Caffa (hoy Teodosia, luego Feodosia), un asentamiento en la costa de la península de Crimea construida por los genoveses para comerciar con el interior. Los tártaros, que provenían de Saray, ciudad capital del reino de los kipschaks, situada en el bajo Volga, decidieron sitiirla. Pero sus planes se vieron perturbados porque una plaga misteriosa diezmó sus filas y les hizo cancelar la operación no sin antes hacer degustar a los cristianos el veneno que los acosaba. El Khan Djanisberg no encuentra mejor idea que lanzar por sobre la muralla de los sitiados los cuerpos de centenares de cadáveres mediante catapultas gigantes para que “el hedor los aniquile”.

En tanto que los cuerpos putrefactos caían sobre la ciudad, los genoveses los arrojaban al mar. Pero pocos lugares son tan vulnerables a las enfermedades contagiosas como una ciudad sitiada. Pronto la plaga se mostró tan activa dentro como fuera de la ciudad. Finalmente, los mercaderes decidieron huir. Tomaron sus galeras y navegaron a través del mar Negro hacia el Mediterráneo. Con ellos viajaban la rata y el mortífero bacilo de Yersin.

Aunque esta no fue la única ni la inicial vía por la que la peste llegó a Europa, la historia de Gabriel de Mussis es real en lo esencial. Una de las principales rutas comerciales de la seda era la siguiente: de Bagdad remontaba el Tigris, atravesaba Armenia y el mar Negro y de Constantinopla recalaba en los centros comerciales italianos. Todo parece indicar que la plaga viajó con las grandes caravanas y se extendió entre los mongoles de Crimea quienes, según el emperador bizantino Juan VI Cantacuzeno –perdió un hijo por el mal en 1347–, fueron sus primeras víctimas. Para McEvedy (27) dos razones

avalan que la peste haya seguido la Ruta de la Seda: “en primer lugar, en 1346 se registraron brotes [...] en Astrakán y Saray, estaciones de caravanas del bajo Volga, territorios de lo que hoy es la Unión Soviética”; en segundo lugar, las manifestaciones de Ibn Battuta a las que ya nos hemos referido.

En octubre de 1347 arribaron al puerto de Mesina doce galeras procedentes de Caffa. Los pasajeros enfermos y aterrados narraron los sucesos ocurridos en Crimea. Estas galeras eran depósitos flotantes de pestilencia y muerte: en dos semanas de navegación el 50% de los tripulantes habían muerto. Los habitantes de Mesina reaccionaron violentamente contra los recién llegados y se apresuraron a rechazarlos. Aseguraban de ese modo la difusión de la epidemia. Pocas horas después de esa visita fugaz Mesina tenía sus primeras víctimas.

Otros barcos, también con infectados, llegaban desde Oriente a Génova y Venecia. Un cronista flamenco relata que, en enero de 1348, tres galeras repletas de enfermos apestados llegaron a Génova. Los habitantes de este puerto, cuando comprobaron que los enfermos rápidamente contagiaban a los de la ciudad, los expulsaron con flechas ardientes y otras maquinarias de guerra. Así fueron alejados de todos los puertos.

Cuando las autoridades genovesas reaccionaron era muy tarde. Con lo poco que se conocía de la enfermedad, con esta en tierra, nada ni nadie la podía detener. En la primavera de 1348 la Muerte Negra se extendía por Sicilia e invadía el continente. Otra ruta comercial –con la epidemia a cuestas– atravesaba Armenia y llegaba a Egipto.

Dice Sendrail (28): “mientras los barones cristianos se empeñaban en disputar los lugares santos con los infieles, la rata, auténtico vencedor de las cruzadas, se adueñaba de sus dominios, colonizaba sus graneros, devoraba sus cosechas y propagaba en su descendencia, gracias a las pulgas, la Peste Negra. Los carniceros, los descuartizadores de animales, los panaderos y todos los obreros expuestos a la creciente proximidad de las ratas eran los primeros afectados, mientras que los carreteros y los caldereros se protegían mejor debido a sus actividades ruidosas. Durante los velatorios fúnebres, la pulga, abandonando el cadáver buscaba posta entre los familiares en oración. Así, uno llevando al otro, los tres compañeros, la rata, la pulga y el bacilo pestoso llevaban a cabo su siniestro oficio, actores esenciales del tiempo de la muerte”. Omite Sendrail que la rata también enfermaba y que no todos los fallecidos gozaban de la ceremonia del velatorio.

La explicación tradicional de su denominación *Muerte Negra* tiene su asidero en el “ennegrecimiento de la carne putrefacta en las horas finales, antes de la muerte”. En realidad, esto no ocurre. En la forma septicémica el cuerpo puede cubrirse de pequeñas vesículas negras o purpúricas, sin embargo, si la designación hubiera provenido de la apariencia de las víctimas

era dable esperarla en su momento, es decir, al sucumbir los afectados. Este calificativo recién surgió en el siglo XVIII, a pesar de expresiones similares usadas para epidemias anteriores. El primer registro de esta denominación es una referencia a la *swarta döden* en Suecia, en 1555. Cincuenta años después apareció en Dinamarca como *sorte dod*. El cardenal Gasquet es de la idea de que, por lo menos en Inglaterra, el nombre comienza a ser utilizado poco después de 1665, para distinguir la Gran Plaga londinense de la epidemia del siglo XIV.

El hecho de que el título de Peste Negra no haya sido utilizado por los contemporáneos hace difícil aceptar otras explicaciones como las que atribuían el nombre a la aparición previa de un cometa negro, o a la gran cantidad de personas que lucían luto como resultado de la enorme mortalidad, o a las imágenes populares que representaban a la enfermedad en la figura de un hombre montado en un caballo negro, o bien a un gigante negro cruzando el territorio.

La explicación más acertada es que proviene de una mala traducción al escandinavo o al inglés de las voces latinas *pestis atra* (*ater, tra*) o *atra mors*. Aun en la décimo cuarta centuria la palabra *atra* podía significar ‘terrible’ o ‘ennegrecida’. Producido el defecto en la traducción se habrían asociado otras razones en la simbiosis *negra* con *muerte*. En Francia era llamada la *morte blene* y en Alemania la *grosse sterben* (29).

Fue Bocaccio (30), uno de los primeros prosistas italianos, especial cronista de la Peste Negra, como lo muestra en su visión de la jornada primera de *El Decamerón* (1353). La sombría descripción de la mortífera peste con que el libro se inicia, contrasta notablemente con la vivacidad de la mayoría de sus cuentos. Otro contraste: la inocencia de los diez narradores de cuentos a pesar de la concupiscencia que cada relato entrañaba. Lo reiterado: los engaños y el adulterio de las mujeres. Pero las primeras páginas son de desesperanza y dolor.

Patético, con muestras inequívocas de dolor y de la angustia y el temor frente a lo desconocido, Bocaccio expresa: “[...] Digo, pues, que ya habían pasado los años de la fructífera Encarnación del Hijo de Dios llegado al número mil trescientos cuarenta y ocho cuando a la egregia ciudad de Florencia, nobilísima entre todas las otras ciudades de Italia, llegó la mortífera peste [...]”. Luego de este acto de fe y de su elevado pensamiento social sobre la ciudad, se dedica a comentar el origen de la enfermedad, la falta de aseo en la ciudad, las características clínicas con una consideración sobre el presagio de la muerte: sangre por la nariz en Oriente, bubas inguinales en Occidente.

“Y más allá llegó el mal: que no solamente el hablar y el trotar con los enfermos daba a los sanos enfermedad o motivo de muerte común, sino también el tocar los paños o cualquier otra cosa que hubiera sido tocada o usada por

aquellos enfermos, que parecía llevar consigo aquella tal enfermedad hasta el que tocaba. Y asombroso es escuchar lo que debo decir, que si por los ojos de muchos y por los míos propios no hubiese visto, apenas me atrevería a creerlo, y mucho menos a escribirlo por muy digna de fe que fuera la persona a quien lo hubiese oído. Digo que de tanta virulencia era la calidad de la pestilencia manada que no solamente pasaba del hombre al hombre sino lo que es mucho más (e hizo visiblemente muchas veces): que las cosas que habían sido del hombre enfermo, o muerto por tal enfermedad, si eran tocadas por otro animal de distinta especie que el hombre, no solamente lo contaminaban con la enfermedad sino que en brevísimo espacio lo mataban. De lo cual mis ojos, como lo he dicho hace poco, fueron entre otras cosas testigos un día, porque, estando los despojos de un pobre hombre muerto de tal enfermedad arrojados en la vía pública, y tropezando con ellos dos perros, y como según su costumbre le agarrasen y le tirasen de las mejillas primero con el hocico y luego con los dientes, tras algunas contorsiones y como si hubiesen tomado veneno, ambos dos cayeron muertos en tierra sobre los maltratados despojos”. No escapaba Bocaccio a la imaginación popular y al terror que engendraba la plaga, de manera que su única receta era la fuga psicológica. Otros pretendían salvarse “huyendo de todo exceso, sin dejarse hablar de ninguno ni querer oír noticia de fuera, ni de muertos ni de enfermos, con el tañir de instrumentos y con los placeres que podían tener se entretenían. Otros, inclinados a la opinión contraria, opinaban que la medicina certísima para tanto mal era el beber mucho y el gozar en el andar cantando de paseo y divirtiéndose y satisfacer el apetito con todo aquello que se pudiese, y reírse y burlarse de todo lo que sucediese; y tal como lo decían lo ponían en obra [...]. Y aunque estos opinaban de diversas maneras no murieron todos, no por ello todos se salvaban, sino que, enfermándose muchos de cada una de ellas y en distintos lugares (habiendo dado ellos mismos ejemplo cuando estaban sanos a los que sanos estaban) o abandonados por todos languidecían ahora [...]. Con tanto espanto había entrado esta tribulación en el pecho de los hombres y de las mujeres, que un hermano abandonaba al otro y el tío al sobrino y la hermana al hermano y muchas veces la mujer a su marido, y lo que mayor cosa es y casi increíble los padres y las madres a los hijos, como si no fuesen suyos evitaban visitar y atender. Por lo que a quienes enfermaban, que eran una multitud inestimable, tanto hombres como mujeres, ningún otro auxilio les quedaban que o la caridad de los amigos, de los que había pocos, o la avaricia de los criados que por gruesos salarios y abusivos contratos servían, aunque con todo ello no se encontraban muchos y los que se encontraban fuesen hombres o mujeres de poco ingenio, y además no acostumbrados a tal servicio, que casi no servían para otra cosa que para llevar a los enfermos algunas cosas que pidiese no mirarlos cuando morían [...]”.

La Peste Negra cambió hasta las costumbres más arraigadas de los pueblos. Los ritos funerarios no escaparon a esa variación “y eran raros aquellos cuerpos que fuesen por más de diez o doce de sus vecinos acompañados a la iglesia; a los cuales no llevaban sobre los hombros los honrados y amados ciudadanos sino una especie de sepultureros salidos de la gente baja que se hacían llamar faquines y hacían este servicio a sueldo poniéndose debajo del ataúd y, llevándolo con presurosos pasos, no a aquella iglesia que hubiese antes de la muerte dispuesto sino a la más cercana; la mayoría de las veces lo llevaban, detrás de cuatro o seis clérigos con pocas luces y a veces sin ninguna; los que, con la ayuda de dichos faquines, sin cansarse en un oficio demasiado largo o solemne [...]. De la gente baja, y tal vez también de la mediana el espectáculo estaba lleno de mucha mayor miseria, porque estos, o por la esperanza o por la pobreza retenidos la mayoría en sus casas, quedándose en sus barrios, enfermaban a millones por día, y no siendo ni servidos ni ayudados por nadie, sin redención alguna morían todos, y bastantes acababan en la vía pública, de día o de noche, y muchos, se morían en sus casas, antes con el hedor corrompido de sus cuerpos que de otra manera, hacían sentir a sus vecinos que estaban muertos; y entre estos y los otros que por todas partes morían una muchedumbre. Era sobre todo observada una costumbre por los vecinos, movidos no menos porque el temor de que la corrupción de los muertos no los ofendiese que por el amor que tuvieran a los finados. Ellos, por sí mismo o con la ayuda de algunos acarreadores, cuando podían tenerla, sacaban de sus casas los cuerpos de los ya finados y los ponían delante de sus puertas (donde, especialmente por la mañana, hubieran podido ver un sinnúmero de ellos quien se hubiese pasado por allí) y allí hacían venir los ataúdes, y hubo tales que por defecto de ellos pusieron sobre una tabla. Tampoco fue un solo ataúd el que se llevó juntas a dos o tres personas; ni sucedió una vez sola sino que se habrían podido contar bastantes de los que la mujer y el marido, los dos o tres hermanos, o el padre y el hijo, o así sucesivamente contuvieron”.

La extensión de la cita de Bocaccio corre pareja con la necesidad de brindar la visión contemporánea de los hechos, sin duda agravada —aunque la publicación de la obra fue posterior al evento— por el temor y el contenido emocional del autor (su examante Fiammetta había perecido por la peste). El relato, no obstante, implica conocer el estado de ánimo de la población medieval en el transcurso de la plaga.

El trasfondo social de la peste se reflejó en los cambios de dueños de fortunas y propiedades cuando todos los moradores desaparecían. “Las cosechas estaban abandonadas sin ser no ya recogidas sino ni siquiera segadas [...]. ¿Qué más puede decirse, dejando el campo y volviendo a la ciudad sino que tanta y tal fue la crueldad del cielo y tal vez en parte de las de los hombres, que entre la fuerza de la pestífera enfermedad y por ser muchos enfermos mal

servidos o abandonados en su necesidad por el miedo que tenían los sanos, a más de cien mil criaturas humanas, entre marzo y el julio siguiente, se tiene por cierto que dentro de los muros de Florencia les fue arrebatada la vida, que tal vez antes del accidente mortífero no se habría estimado haber dentro tantos? ¡Oh cuántos grandes palacios, cuántas bellas casas, cuántas nobles moradas llenas por dentro de gentes, de señores y de damas, quedaron vacías del menor infante! ¡Oh cuántos memorables linajes, cuántas amplísimas herencias, cuántas famosas riquezas se vieron quedar sin sucesor legítimo! ¡Cuántos valerosos hombres, cuántas hermosas mujeres, cuántos jóvenes gallardos a quienes de otros que Galeno, Hipócrates o Esculapio hubiesen juzgados sanísimos, desayunaron con sus parientes, compañeros y amigos, y llegada la carta, cenaron con sus antepasados en el otro mundo! [...]” (31).

No obstante la atractiva prosa de Bocaccio, la primera descripción completa de la epidemia la realizó el monje franciscano Miguel Di Piazza en su historia de Sicilia donde describe que, en los inicios de octubre de 1347, doce galeras venecianas refugiadas en el puerto de Mesina habían traído la peste (32). También entre sus cronistas participantes figura Gabriel, cuyo códice fue publicado por vez primera en 1842 por Henschel.

Casi contemporáneas son las descripciones de los historiadores bizantinos Juan Cantacuzeno y Nicéforo. Los síntomas precisos de la enfermedad fueron señalados por dos médicos de Aviñón (Francia): Guy de Chauliac y Raimon Chalin de Vinario. El primero de ellos, médico eminente de la corte papal, en un famoso tratado de cirugía, expresa: “la gran mortandad (*sic*) hizo su aparición en Aviñón, en enero de 1348, cuando yo estaba al servicio del papa Clemente VI. La epidemia fue de dos clases; la primera duró dos meses, con fiebre continua y continuo escupir sangre y la gente moría en tres días; la segunda duró todo el resto del tiempo, también con fiebre continua e hinchazones en las axilas y en las ingles y la gente se moría en cinco días. Era tan contagiosa que no solamente a causa de estar juntos, sino que con mirarse uno a otro, la gente la cogía y así sucedía que morían desatendidos y que los enterraban sin sacerdotes; el padre no iba a ver a su hijo ni el hijo a su padre, la caridad había muerto y la esperanza apenas respiraba.

Yo la llamo grande porque se extendió por el mundo entero, o poco faltó para que así fuera [...] Y fue tan grande que apenas dejó una cuarta parte de la población [...].

Muchos fueron los que estuvieron en grandes dudas sobre cuál sería la causa de esta gran mortandad. En algunos lugares se creyó que los judíos habían envenenado al mundo y en consecuencia los mataron; en otros que la gente pobre y deforme eran responsables de ello y echáronlos fuera del pueblo; en otros, que habían sido los nobles, y estos tenían gran temor de salir de sus castillos. Finalmente llegaron a tal estado que pusieron guardias

en pueblos y ciudades para que no permitieran la entrada de nadie que no fuera bien conocido; y si se encontraban sobre alguien polvos o ungüentos de alguna clase, se los hacían tragar, unos u otros, para así estar seguros de que no eran venenosos [...]” (33).

En su *Chirurgia*, Guy de Chauliac recomienda sangrías, purgantes y electuarios como medidas terapéuticas. Los bubones se maduraban con emplastos de higos y pistachos (almendra del fruto del alfóncigo), luego se abrían y se le efectuaban curaciones.

Para el gran médico y cirujano medieval la conjunción de Saturno, Júpiter y Marte, en el grado catorce de Acuario, el 24 de marzo de 1345, cambió la luz en tinieblas y alteró profundamente las olas del océano a lo largo de las costas de la India. Los vapores deletéreos, nacidos de esta perturbación, se habían dirigido lentamente hacia el oeste donde continuaron con sus estragos, mientras el sol permanecía bajo el signo de Leo.

Guy de Chauliac tenía un elevado concepto sobre los deberes del médico y no abandonó su puesto durante la epidemia, aunque comprendió demasiado bien que el mejor remedio era la huida: “en lo que a mí respecta, por evitar la infamia, no me atrevía a ausentarme pero estaba en constante temor” (34).

En el epistolario de Coluccio Salutati existen frecuentes noticias de la peste florentina y de las medidas aceptadas –también por él– para defenderse de ella: apostrofaba a los ciudadanos para que abandonaran la ciudad para salvarse de la plaga. Se había establecido una disputa entre los cronistas sobre la oportunidad de dejar la localidad atacada por la epidemia. Se conservan recuerdos de una carta de Zabarella –que daba clases en Padua en 1399– con estas indicaciones. Los variados capítulos de las diversas modas que se desataron a raíz de la peste fueron ampliamente relatados por Salutati y Sacchetti en sus canciones satíricas. Villani fue otro escritor florentino relator de la peste de esa ciudad en la primavera de 1348.

El emperador bizantino Juan VI Cantacuzeno –quien describió sobre todo su forma pulmonar– expresa: “[...] la invasión se iniciaba como una fiebre muy aguda. Los enfermos perdían el uso de la palabra y parecían insensibles a lo que sucedía a su alrededor [...] los pulmones no tardaban en inflamarse. Vivos dolores se hacían sentir en el pecho; se emitían esputos sanguinolentos y un aliento de horrible fetidez; la garganta y la lengua, quemadas por el calor excesivo”. La forma pulmonar –Chauliac tenía razón– era la más grave. Aun aquellos médicos que no asociaban los signos más ominosos con el estado del enfermo percibían que el esputo sanguinolento tenía el significado de una muerte cierta. La sobrevida de los afectados por el mal, sin embargo, causaba estupor entre los espectadores del drama: nunca se podía establecer con certeza una muerte segura porque las formas de la enfermedad –no aclaradas todavía– lo impedían.

La mayoría de los relatos concuerdan que, en los casos en los que solo había bubones, la muerte sobrevenía en cinco o seis días; pero cuando existía expectoración sanguinolenta –y este podía ser un síntoma adicional– se aceleraba el curso de la enfermedad y el paciente fallecía en dos o tres días. Otras referencias sobre la afección indicaban muertes casi instantáneas o en pocas horas.

Geoffrey, un panadero, escribía que hubo quien se acostó tranquilamente a la noche y apareció muerto en su cama al día siguiente. Simón de Covino describió cómo sacerdotes o doctores eran atacados por la enfermedad mientras asistían a pestosos y que, a menudo, mediante el contacto ligero o la mera respiración del enfermo, morían antes que la persona a la que estaban auxiliando.

Fahræus (35) en su *Historia de la medicina* compila un escrito especial destinado al cuidado de los médicos: “Procura que te envíen a casa el vaso de la orina envuelto tres o cuatro veces en un lienzo, a fin de evitar las emanaciones contagiosas. Si te parece que el enfermo vive en una morada estrecha, deberás examinar la orina a la puerta de la casa y cuidarás que los deudos del paciente sostengan el vaso o recipiente. Si tuvieses que examinar también al enfermo, debe ser sacado este a la puerta y le tomarás el pulso una vez que hayan levantado su lecho lo más alto posible. (En esto apoyábanse en el dato facilitado por Avicena de que las emanaciones venenosas tendían principalmente a situarse en las partes altas). En caso de peste bastará que examines el pulso en un solo brazo. Si entras en casa del enfermo, debes llevar ante la nariz en todo momento una esponja empapada en vinagre. Debes procurar no estar sofocado cuando entres en la habitación de este. En ella deben colgarse naranjas, rosas y limones. Es útil, tanto para ti como para el enfermo, llevar piedras preciosas preservadoras o protectoras tales como esmeraldas”.

Otros cronistas de la época que describen las características de la afección son Gabatines de Santa Sofía, médico de Padua, y César Pallavichini, médico de Cremona.

Poco o ningún esfuerzo se hizo para explicar la causa del azote. “Consulta a los historiadores –decía Francesco Petrarca– permanecerán mudos. Pregunta a los médicos, se quedan estupefactos. Vuélvete a los filósofos, levantan los hombros, y con un gesto del dedo, llevado a los labios, te imponen silencio”. Fue un Petrarca apesadumbrado quien sobrevivió a la Peste Negra pues en la madrugada del 6 de abril de 1348 el cuerpo de su amada Laura de Noves, a quien dedicara sus inmortales sonetos, yacía sin vida en Aviñón entre las víctimas de la plaga.

Dos escuelas de pensamiento –no excluyentes entre sí– trataban de explicar los misteriosos orígenes de la peste: una creía en el contagio de

persona a persona, otra en la existencia de miasmas o nubes envenenadas. Aunque la teoría microbiana sería formulada muchos siglos después, la idea del contagio –sin conocer cómo se producía– estaba incorporada a la ciencia medieval. Los médicos se enfrentaban con pacientes que morían en forma rápida e inexplicable en determinadas regiones. El área más afectada –donde la mortalidad era mayor– se desplazaba constantemente, pero en forma gradual, conquistando comarcas y abandonando a las viejas, donde el desastre era total. Se pensaba, entonces, en una propiedad venenosa del aire que viajaba con lentitud de un lugar a otro, transportada por los vientos o una fuerza misteriosa. La mayor parte de los sabios medievales daban por sentado que la primera causa de la plaga era la corrupción de la atmósfera.

Ibn Khâtimah, médico y filósofo granadino, afirmaba que en algunos casos la corrupción era absoluta, lo que implicaba que la total naturaleza del aire se modificaba por putrefacción. En esta atmósfera, ningún fuego podría arder y menos aún un ser humano sobrevivir. Esta situación se daría en el centro del área afectada, en tanto que en la periferia la corrupción sería menor, siendo el peligro de muerte todavía alto pero no ineludible. El cambio de la materia aérea sería causado por movimientos de las estrellas o por los vapores putrefactos de la materia en descomposición. En el caso específico de la Muerte Negra los árabes sostenían que la causa última de esta corrupción asentaría sobre los caprichos del tiempo en los años previos. Pero no todos estaban de acuerdo con la teoría del aire alterado. El colega y amigo de Ibn Khâtimah, Ibn al Khatib, no aceptaba más que un envenenamiento temporario causado por la adición de algún veneno en la atmósfera.

Alfonso de Córdoba, como la mayoría de los estudiosos medievales, sostenía que ciertos movimientos planetarios iniciaban el meteoro pero cierto factor humano lo prolongaba. El autor anónimo de un tratado sobre la plaga rechazaba las fantasías sobre el gas venenoso y sustentaba que la afección se debía a los terremotos de 1347. Pero no obstante reincidía en una variante: vapores envenenados habían escapado a través de las grietas de la corteza terrestre hacia la atmósfera y en su viaje hacia Europa terminaban con todo ser vivo que se cruzaba en su camino.

Los cronistas medievales, versados en los escritos de Galeno, modificaban –a nuestro juicio levemente– la teoría de la corrupción aérea que este había trazado mil años antes. El pergamino sostenía que las pestes se originaban por “la inspiración de un aire infectado con pútridas exhalaciones. El comienzo de la putrefacción puede estar determinado por una gran cantidad de cadáveres no quemados, como en la guerra, o en las emanaciones de pantanos y ciénagas en el verano [...]”.

La idea de que la enfermedad podía pasar de hombre a hombre no se contraponía con la de la corrupción atmosférica pero los árabes la desechaban

basándose en preceptos religiosos. Se trató de vincular ambos conceptos: se sostenía que la víctima de la plaga podía irradiarla a quienes lo rodeaban generando un miasma localizado, un halo sobre su cabeza.

Para la mentalidad medieval la rapidez con que la Muerte Negra pasaba de persona a persona era su característica más alarmante. Un cronista escribía: “la naturaleza contagiosa de la enfermedad es ciertamente la más terrible de sus particularidades ya que cuando cualquiera que es infectado muere, todos los que lo ven o lo visitan durante su enfermedad o hacen algún negocio con él o incluso lo llevan hasta su tumba, rápidamente lo siguen sin ningún medio conocido de protección”. De ahí que se contrataran a los faquines y pocos familiares se ocuparan del paciente.

Estaba muy extendida la creencia de que la enfermedad se transmitía por el aliento. Pero también existían otras teorías. Un médico de Montpellier (Francia) creía que la mirada del enfermo pestoso podía matar. La muerte ocurría en forma instantánea cuando el espíritu aéreo escapaba de los ojos del hombre afectado y hacía impacto en los ojos de una persona saludable cercana o que lo mirara en su agonía.

La intensidad de la peste variaba de un lugar a otro: en un lado aniquilaba a todo un pueblo; en otro se contaban una o dos casos fatales; por allá una familia entera moría en un día; acullá moría el padre, dos semanas después un hijo, después de un mes otro...

Fueron pocos los médicos que se pecataron –como lo hizo Guy de Chauillac– que la enfermedad se mostraba más virulenta cuando el paciente escupía sangre.

Michele Di Piazza (36), quien murió en 1377, hizo el siguiente relato sobre la peste en la isla de Sicilia –en 1347– en su *Historia secula ab anno 1337 ad annum 1361*: “He aquí que en octubre del año de la Encarnación del Señor de 1347, a comienzos del mes de octubre, primera indicción, genoveses, sobre doce galeras, huyendo de la cólera divina que se había abatido sobre ellos por razón de su iniquidad, arribaron al puerto de la ciudad de Mesina. Los genoveses transportaban con ellos, impregnada en sus huesos, una enfermedad tal que todos los que habían hablado a uno de ellos eran alcanzados por esta enfermedad mortal; esta muerte, muerte inmediata, era absolutamente imposible de evitar. He aquí cuáles eran los síntomas de la muerte para los genoveses y las gentes de Mesina que los frecuentaban. A causa de una corrupción de su aliento, todos los que se hablaban mezclados unos con otros se infectaban uno a otro. El cuerpo parecía entonces sacudido casi por entero y como dislocado por el dolor. De este dolor, de esta sacudida, de esta corrupción del aliento nacía en la pierna o en el brazo una pústula de la forma de una lenteja. Esta impregnaba y penetraba tan profundamente en el cuerpo que se veía acometido por violentos esputos de sangre. Las

expectoraciones duraban tres días continuos y se moría a pesar de cualquier antídoto [...] Las gentes de Mesina los expulsaron a toda prisa del puerto de dicha ciudad, pero dicha enfermedad permaneció en dicha ciudad y de ello siguió una mortandad absolutamente general. Se aborrecían unos a otros hasta el punto de que si un hijo era alcanzado por dicho mal, su padre se negaba en absoluto a quedarse a su lado [...]"

La repetida historia que cuenta Di Piazza se reitera en situaciones comunes que ya hemos comentado: abandono de pacientes, negativa sacerdotal a proporcionar los sacramentos, muerte de animales domésticos, etc. Las reacciones de las personas eran iguales en todas las clases sociales y en todas las ciudades.

“¿Qué más decir? Los cadáveres permanecían abandonados en sus casas y ningún sacerdote, ningún hijo, ningún padre, ningún prójimo osaba penetrar allí; se daba a los enterradores un salario considerable para que llevaran dichos cadáveres a sus tumbas. Las casas de los difuntos quedaban abierta de par en par con todas sus alhajas, su plata, sus tesoros; si se quería entrar allí nadie prohibía el acceso [...]. Las gentes de Mesina, ante este golpe terrible e increíble, prefirieron huir de la ciudad que morir en ella, y se prohibía a cualquiera no solo entrar en la ciudad, sino incluso acercarse a ella. Fuera de las ciudades, establecieron para sus familias refugios en las plazas y en las viñas. Algunos, y estos eran los más numerosos, alcanzaron la ciudad de Catania con la esperanza de que la bien aventurada Agueda, la virgen de Catania, les libraría de esta enfermedad [...]. Las gentes de Mesina se dispersaron por toda la isla de Sicilia y cuando llegaron a la ciudad de Siracusa, el mal golpeó tan fuertemente a los siracusanos que mató a muchos o mejor a un inmenso número. Las ciudades de Sciacca, de Trapani, de Agrigento fueron atacadas como Mesina por esta misma peste y, especialmente, la ciudad de Trapani que quedó como viuda de su población.

¿Qué diremos de la ciudad de Catania ahora desaparecida de las memorias? La peste que se extendió por esta ciudad que no solo eran las pústulas, a las que se llama ántrax, sino que también glandes que se formaban en las diferentes partes del cuerpo, tanto en el pecho como en las piernas, en los brazos o bien en la región de la garganta. Estos tumores eran al principio como almendras y su formación iba acompañada de una gran sensación de frío, fatigaban, agotaban tanto el organismo que faltaban fuerzas para permanecer más tiempo de pie y había que meterse en el lecho, febril, abatido y lleno de angustia. Luego los tumores aumentaban como una nuez y después como un huevo de gallina o de oca. Eran muy dolorosos. La corrupción de humores que arrastraban del organismo hacía escupir sangre. Estos esputos, subiendo del pulmón infectado hasta la garganta, corrompían el organismo. Una vez corrompido el organismo y desecados los humores se moría. Esta enfermedad duraba tres días. Hacia el

cuarto día los enfermos quedaban liberados de los negocios humanos. Cuando las gentes de Catania se dieron cuenta de que el mal era tan fulminante, en cuanto sentían un dolor de cabeza o un escalofrío empezaban por confesar al sacerdote sus pecados, después de lo cual redactaban su testamento. Por eso era opinión general de que todos los que se morían eran recibidos sin discusión en las moradas divinas” (37).

Según el testimonio de Di Piazza, monje franciscano que escribió su historia diez años más tarde, las doce galeras genovesas trajeron la peste al puerto de Mesina. No conocían su origen aunque presumían que arribaban desde la península de Crimea, como las que llegaron a Venecia, a pesar de que en este caso habían partido varios meses antes. En pocos días la peste se apoderó de la ciudad, en tanto que los navegantes eran rechazados de puerto en puerto a lo largo de las costas del Mediterráneo. Los cientos de víctimas, las formas fulminantes y, por supuesto, su origen divino aterrorizaron a la población que, huyendo, esparció el mal por toda la isla.

Las primeras víctimas que llegaron a Catania, la ciudad vecina a Mesina, fueron amablemente tratados y hospitalizados, pero cuando los nativos percibieron la magnitud del desastre establecieron estrictas medidas de control sobre la inmigración. Asimismo, determinaron que los cuerpos de las víctimas procedentes de Mesina debían ser enterrados fuera de las murallas. Cuenta Di Piazza que los habitantes de Catania tenían tanto miedo que “ellos se negaron incluso a hablar con ninguno de Mesina”.

Rápidamente, como hemos dicho, la plaga se dispersó por toda Sicilia con la misma velocidad de reproducción de las ratas y predominaron las formas neumónicas azotando con especial violencia los pueblos del extremo oeste. Luego se extendió al norte de África por Túnez, a Córcega y Cerdeña, las islas Baleares; Almería, Valencia y Barcelona en España, y al sur de la Italia continental. También en este caso viajó por las rutas comerciales como prueba del papel desempeñado por las ratas. Sin embargo, el protagonismo epidemiológico correspondía a la rata, a la pulga o al marinero, mientras el barco era el medio más seguro para su rápida difusión.

La Muerte Negra se diferenció de otras epidemias de peste en que la alta incidencia de formas neumónicas se correlacionó con una marcada inclinación a invadir el interior de los países castigados. No obstante, su blanco primigenio y conspicuo eran las ciudades costeras. De Crimea a Moscú llegó por la vía de Italia, Francia, Inglaterra y los puertos de tránsito y no por el continente. Los tres grandes puertos que la propagaron fueron, en el sur de Europa, Sicilia, Génova y Venecia, a los que llegó más o menos en forma simultánea en enero de 1348. Luego fue Pisa, atacada unas pocas semanas después, la llave del centro y norte de Italia. Rápidamente llegó a Roma.

En tierra italiana ocurrieron calamidades, menores a las que habían devastados China, antes del arribo de la plaga. Una serie de terremotos habían desolado Nápoles, Roma, Pisa, Bolonia, Padua y Venecia. El vino se había

vuelto agrio en las cubas, prueba evidente de la corrupción atmosférica (así se reflexionaba). Desde julio de 1395 llovió continuamente durante seis meses en varias provincias, lo que dificultó la siembra. En la primavera las cosas mejoraron, pero la cosecha decayó y hubo que sacrificar animales por falta de alimentos. Los estados y ciudades más poderosas debieron apelar a la importación. Durante 1346 y 1347 muchas personas murieron de hambre y cerca de Orvieto los puentes fueron rebalsados por las inundaciones, lo que complicó las comunicaciones y la tarea de alimentar a las famélicas poblaciones se vio dificultada. Los precios de los productos de consumo remontaron vuelo: el del trigo se duplicó y aun el salvado se volvió oneroso para el pobre. En abril de 1347 se repartía en Florencia una ración diaria de pan a más de 96 mil habitantes; fue suspendida la persecución por deudas menores, y se abrieron las puertas de la prisión –excepto para los criminales– para evitar mantener a los presos. Cuatro mil florentinos murieron por desnutrición o enfermedades asociadas con ella.

La situación de la agricultura empeoró el estado económico de Florencia y Siena. La casa financiera de los Peruzzi se declaró en quiebra en 1343, seguida por la bancarrota de los Acciaiuoli y los Bardi en 1345. Hacia 1346 las casas bancarias florentinas habían perdido más de un millón setecientos mil florines y los comerciantes se hallaban en dificultades. Aun si hubiera granos disponibles la posibilidad de adquirirlos eran remotas para las ciudades de la Toscana.

A esto se sumaba el desorden político de la península italiana. Multitud de dramas locales convulsionaban el país: los guelfos contra los guibelinos, los Orsini contra los Colonna, Génova contra Venecia, los Visconti contra todos y los alemanes rapiñaban los despojos. Roma se hallaba desalentada por el traslado de la corte papal a Aviñón y por la sublevación de Rienzo. En Florencia se encumbraban los Brandini.

Para nobles y caballeros existía, por lo menos, la excitación del botín; para la gente común nada más que miedo y desesperanza. La población no se encontraba en condiciones físicas de resistir una epidemia y psicológicamente manifestaba una supina aceptación ante el desastre que se aproximaba. “Oh, posteridad feliz –escribía Petrarca en Florencia–, que no sufrirá tan profundo dolor y tomará nuestro testimonio como una fábula”.

Es que la Peste Negra estaba asociada con Florencia; incluso algunas crónicas la denominan la Plaga de Florencia. En parte fue debido a que era una de las ciudades más importantes y florecientes de Europa y soportó con furia la epidemia, pero también fundamentalmente por el relato de Boccaccio.

La huida presurosa de las ciudades, con abandono de casa y fortuna, el desamparo de los enfermos y los veloces entierros en grandes fosas, las cosechas desperdiciadas y el ganado vagando por los campos eran los sórdidos detalles que no escapaban a los cronistas. Algunos testimonios daban cuenta de

actos más brutales aún, como el siniestro papel desempeñado por los *becchini*, seres cuya vida no valía nada, que penetraban en las moradas y obligaban a unirse a sus cuerpos mugrientos a menos que se pagara un suculento soborno o se entregase la virtud de las mujeres. O el infante que succionaba el pecho de su madre muerta; o el niño que regresó a su pueblo y halló a un anciano como único sobreviviente; o la niña de los gansos que se atavió como una princesa con mantos y joyas y recorrió las mansiones desiertas; o los buques fantasmas que cruzaban los mares con tripulaciones inanimadas; o los lobos que habitaban casas donde todos habían muerto; o las comunidades enteras de los judíos que fueron exterminados por la creencia que ellos, con su maldad, habían causado la peste. La plebe, los príncipes y el clero se revolcaban en su sangre y su oro; los galeotes convertidos en bien remunerados sepultureros y mendigos en dueños –a veces por un día– de incontables riquezas. En plena destrucción universal había un regocijo histérico: mujeres que corrían desnudas por las calles, desenfrenados libertinajes en los últimos momentos de la vida, violaciones de muertas y moribundas, toda clase de perversiones sexuales, danzas sobre los cuerpos de los pacientes, médicos y sacerdotes huyendo de la pestilencia, las locas canciones de los flagelantes, el fin de la ley porque los encargados de hacerla cumplir habían muerto. Eros con Tanatos (38).

¿Cuántos hombres, mujeres y niños sucumbieron ante el terrible mal? Bocaccio estimaba que la plaga había cosechado cien mil cadáveres en su ciudad. Empero esta cifra parece ser exagerada. En 1345, la población florentina presentaba –en su constante declinar– un punto de máximo descenso que había comenzado a principios de ese siglo. En abril de 1347, el número de cupones de pan sugería una población cercana a las 90 mil personas (los estudios modernos calculan que oscilaba en 85 y 95 mil). Resulta imposible pensar que, en término de seis meses, hubieran muerto más de dos tercios de la población. En ciudades más pequeñas, como método de comparación, tales como Sangimignano, Siena y Orvieto, la mortalidad se acercaba al 58% en la primera y a la mitad en las dos restantes. Es difícil sostener la cifra que menciona Bocaccio. Para la mente medieval, una gran cifra constituía un pintoresco aderezo al argumento. Cuando los consejeros del papa le aseguraban que la enfermedad había provocado 42.836.486 decesos en todo el mundo o que las pérdidas humanas en Alemania habían llegado a 1.244.486, estaban significando que había existido una gran cantidad de muertos pero nadie, conscientemente, puede haber creído en un número tan exacto. Pero cuando el Cronista del Este afirmaba que en los alrededores de Nápoles 63 mil personas habían perecido en dos meses, la referencia era alta pero no imposible. Poco probable resulta el aserto del cronista de Boloña que decía que “tres de cada cinco mueren”, aunque algunos historiadores contemporáneos afirmaban que

en ciertas ciudades italianas la mortalidad era del 60%.

El caso de Florencia fue particular: a pesar del terrible flagelo que la azotaba la maquinaria administrativa no se quebró ni tampoco lo hizo el ánimo de los florentinos. Venecia tuvo un nefasto privilegio: su situación como puerto principal de entrada de mercancías del Este la hizo una de las primeras víctimas como también tener que soportar setenta epidemias en 700 años.

En la actualidad la visión de los estragos de la Peste Negra ha variado en cuanto a la mortalidad. “Entre Europa, África del Norte y el Próximo Oriente se alcanzaría, en 1346, una población total cercana a los 100 millones de habitantes, expresa McEvedy (39). En el curso de unos pocos años, la cuarta parte de ellos murió víctima de una nueva y terrorífica enfermedad que se extendió por aquellos territorios, matando a la mayoría de los que tuvieron la desdicha de padecerla. El mal acabó con el crecimiento poblacional que había marcado la evolución de la sociedad medieval: en apenas cuatro años, entre 1346 y 1352. Europa sufrió la pérdida de unos veinte millones de personas”.

IV. Cuarentena y reglamentos

En el acmé de la furia pestífera morían 600 venecianos por día. El 20 de marzo de 1348, el dux Andrea Dandolo y el Gran Consejo creó un panel compuesto por tres nobles para considerar las medidas destinadas a domeñar la enfermedad. Pocos días después se producen las primeras recomendaciones: se designaron cementerios improvisados alejados de la ciudad, uno en San Erasmo y otro en una isla denominada da San Marcos Boccacalme, hoy día cubierta por las aguas. Un servicio especial de barcas fue provisto para cargar los cuerpos hacia sus tumbas. Todos los muertos deberían ser sepultados cinco pies bajo tierra. Dentro de la ciudad se prohibió a los menesterosos dejar a sus muertos en las calles –como era costumbre– y se adoptaron algunas medidas de perdón, como la liberación de los encausados por deudas que, como hemos dicho, en otras oportunidades de hambrunas había sucedido. Se realizó un estricto control inmigratorio y si algún barco pretendía soslayarlo era amenazado con abrir fuego. Probablemente fue en esta epidemia –o tal vez en la siguiente– que se estableció una estación de “quarentena” en el *Nazarethum*, donde los viajeros que volvían de Oriente eran aislados por 40 días. Existe casi la certeza de que estas medidas de restricción inmigratoria, para hombres y productos presuntamente contaminados, fue tomada en Venecia recién en 1374, con denuncia obligatoria de todo caso nuevo de peste bubónica.

La República de Ragusa para los italianos, el fortificado puerto de la República Dubronik (en latín *Ragusium*) como se llamaba en esa época, sobre el Adriático oriental, competía –con su poderosa flota que llevaba el emblema de San Blas– con los barcos mercaderes de la República de San Marcos. Dubronik y Venecia eran en tiempos similares, activos medios del comercio que del Mediterráneo pasaban al Adriático y al Tirreno. Esta pequeña república independiente tenía un gran desarrollo de la medicina y la farmacia y una población caracterizada por su buen estado de salud. Su Senado y el Gran Consejo se ocupaban con frecuencia de las cuestiones médicas y de la higiene pública, y era de esperar que tomaran medidas frente a las enfermedades infecciosas.

“Como Dubronik era una ciudad expuesta por su puerto –dice Grmek (40)–, tampoco fue respetada en 1348 por la epidemia de la Muerte Negra. Alrededor de 6.000 de sus ciudadanos sucumbieron en aquella época a la terrible epidemia. La descripción de los síntomas en los antiguos anales (fuertes dolores de cabeza, delirio, esputos sanguinolentos, infartos,

mortalidad superior al 95%) permite deducir que seguramente se trataba de la peste pulmonar. Este nefasto huésped visitó a la diezmada y aterrorizada población en los años 1357-1358, 1361, 1363 y 1371-1374. Se calcula que de 1348 a 1374 perecieron por la peste en el territorio de Dubronik alrededor de 25.000 personas.

“Buscando medidas preventivas apropiadas se recordaron las experiencias que se habían hecho con el aislamiento de los enfermos leprosos. Ya en el tiempo de Justiniano existían en Bizancio preceptos legales, según los cuales los viajeros que venían de territorios infestados tenían que someterse a un procedimiento especial de limpieza. La noción de que la peste era transmitida por contacto se impuso cada vez más. Por esto ciudades como Milán, Génova y Venecia se decidieron a tomar severas medidas de aislamiento. Son conocidas las instrucciones contra la peste de Bernabò Visconti de 1374 para la ciudad de Reggio en la provincia de Emilia. En el mismo año Venecia y Génova cerraron sus puertos a los barcos procedentes de territorios pestosos. Dubronik deseaba seguir este ejemplo, pero ello hubiera paralizado su comercio en su mayor parte y, si no se podía comerciar –se decía entonces en Dubronik– era mejor morir de una vez de peste. El bloqueo de un puerto no puede ser más que una medida de corta duración, pues acarrea grandes perjuicios. Los astutos mercaderes de Dubronik encontraron, sin embargo, como solución una medida preventiva que, aun cuando dificultaba algo el comercio, no lo suspendía del todo. Así surgió la primera cuarentena.

“El 27 de julio de 1377 en Gran Consejo de Dubronik acordó por 34 votos contra 13 que tanto los habitantes del pueblo como los forasteros que se hubieran detenido en territorios infestados no podrían penetrar en la ciudad o en sus alrededores sin haber sido sometidos previamente durante un mes a una limpieza en la isla Mrkan o en el cercano pueblo de Cavtat. Al mismo tiempo se prohibió severísimamente a la población de Dubronik visitar a los internados sin un permiso especial de las autoridades sanitarias. Todo aquel que se resistía a esta prohibición era aislado durante un mes [...]. En realidad la cuarentena de Dubronik hubiera debido ser denominada “treintena”, pues ordenaba un aislamiento de 30 días solamente y no de cuarenta como hubiera correspondido a la palabra “cuarentena”. Esta clase de profilaxis epidémica fue imitada muy pronto por otras ciudades marítimas. En 1383 fue ordenado por primera vez en Marsella un aislamiento de 40 días de las personas sospechosas de peste y, al mismo tiempo, fue inaugurado un lazareto de cuarentena”. Las penas que se imponían a los que vulneraban los reglamentos iban desde una multa hasta la sección de una oreja.

Pero fue el 17 de enero de 1374 el día llamado a dar origen a la cuarentena sistemática, con el sentido que hoy se le asigna, es decir, aislar al enfermo para evitar la propagación de la enfermedad. El vizconde Bernabò Visconti de

Reggio, localidad cercana a Módena, al que nos hemos referido, promulgó un decreto para evitar la introducción y diseminación de la peste. Imperfecto en la letra pero alentador en su espíritu, imponía un período de observación de diez días, que disponía que el presunto enfermo de peste debía ser trasladado de la ciudad al campo para sanar o morir. El encargado de su atención sanitaria (designado *ad hoc* por las autoridades) tenía la obligación de permanecer incomunicado durante ese lapso. El clero se encargaba del control y de la denuncia de los enfermos. La omisión de estos pasos estaba penada con la muerte o la confiscación de los bienes. Esta última penalidad le correspondía a quien introdujera la plaga (41).

El escaso tiempo de diez días sería extendido –por decreto del 27 de julio de 1377, emitido por el Consejo Municipal de Ragusa– a treinta días para todos los que provinieran de regiones pestíferas. Años después –en 1383–, en Marsella, ante la posibilidad de un brote de peste, se extendieron a cuarenta días de aislamiento. Clemow sostiene que ese lapso había sido señalado en Venecia, por vez primera, en 1127.

El tiempo temporal de la cuarentena podría haber sido definido en relación con el período de sufrimiento de Cristo en el desierto. Hecker estaría de acuerdo con la idea de que existía durante los siglos XIII y XIV de que el plazo de cuarenta días dividía las formas agudas y crónicas de una afección. También se creía que el embrión humano se desarrollaba en 40 días y el mismo lapso era el del puerperio. La Biblia, por otra parte, otorgaba al número 40 un sentido especial: el Diluvio y otros acontecimientos que relataba habían tenido esa duración.

El aislamiento de los enfermos cuenta con numerosos antecedentes históricos. Los primeros están referidos a la lepra: en el año 736 San Othmar destinó alojamientos especiales (*hospituolum ad suscipiendos leprosos*) cerca de la abadía de San Gall; en el año 757 Pipino el Breve, y en el año 786 Carlomagno promulgaron edictos para la atención de estos enfermos en casas especiales. Los leprosos eran muertos civiles, debían mendigar y hacer sonar una corneta (“los hermanos de la corneta”) para ser reconocidos. Los dos últimos mandatarios mencionados no hicieron más que reglamentar un hecho preexistente ya en Francia en el siglo VI, citado por el obispo Gregorio de Tours (538-593) en su *Historia de los francos*. En este país esas casas se denominaban *maladreries*, *malanteries*, *masselleries* y *ladreries*. En Alemania se las designaba como *siechehäuser* o *tuglenthäuser*. En Italia, el rey Rotaris, en el siglo VII, ordenó la internación de los leprosos y muchos de ellos fueron acogidos en el Hospital de San Lázaro del Roma. Las leproserías pasaron a llamarse *lazaretti*. En castellano tuvo primacía la acepción italiana y quedaron como lazaretos.

“La primera mención de leprosería se encuentra en San Epifanio

(*Adversus haereses*, lib III) –dice Guglielmi (42)– quien habla de hospitales que a mediados del siglo IV habían fundado los obispos para recibir a los extranjeros, a los pobres, a los lisiados e, incluso, a los leprosos. Pero la primera leprosería cuya existencia está documentada es la de Saint Oyan (hoy Se, Claude) fundada en el año 460; en el siglo siguiente están testimoniadas una en Chalon-Sur-Saône (570), otra en la región de Charolais (571)”. En todos los casos la exactitud de la inauguración de estas leproserías entra en el terreno de las hipótesis. Nacen a través de la necesidad en pequeños caseríos que se desarrollan paulatinamente y resulta difícil señalar una fecha fundacional cierta. Incluso, si parten de una ordenanza de las autoridades nunca se sabe si esta se cumplió en la fecha estipulada.

Mientras las grandes ciudades contaban con estas instituciones, en las campiñas –otras más pequeñas– recibieron la denominación de *encurbitae*, mansiones o *stellae*, que servían a los efectos de incomunicar a los enfermos del mal. El número de leproserías era impresionante: solamente en Francia había dos mil (cifra que nos parece muy elevada) y en toda Europa 19 mil. Por los hechos enunciados es dable también suponer acertada la contundente afirmación de Puerto Sarmiento (43): “La caridad cristiana da origen al hospital, institución que se extiende por toda la Europa occidental, aneja a los monasterios. El plano ideal del nosocomio medieval sería el conservado en San Gall (hacia 820), típico de la reforma carolingia, pero nunca llevado a efecto en su totalidad. Habría una zona para los monjes, otra para los pobres y peregrinos, la casa de los huéspedes ricos, la leprosería y la zona para novicios, conversos y legos. En él se observa la habitación de los médicos colocada junto al *armario de los pigmentos o botica* y al huerto medicinal, situación claramente significativa de la dualidad de funciones del monje sanitario, practicante de la Medicina y de la Farmacia. La atención hospitalaria especializada, a cargo de los monjes fue posible gracias a Casiodoro (490-583), habitante de Montecassino, quien en sus *Instituciones* aconsejaba a los clérigos el estudio de la terapéutica herbaria en los clásicos conservados en sus bibliotecas. De esta manera, los saberes terapéuticos se consideraron fundamentales en el currículo de los religiosos y entraron a formar parte de las enciclopedias medievales”.

Como siempre ocurrió en la historia de la humanidad, los enfermos con poder económico gozaban de determinados privilegios: mejores habitaciones (a ninguna le faltaba el refectorio), atención particular por los mismos sirvientes que aportaban a la institución, a la que favorecían con sus bienes, y todas ellas estaban rodeadas por un predio donde se realizaban cultivos para la natural alimentación de esa población enferma. Los pobres permanecían en chozas que la rodeaban, con una parcela para el cultivo y su única habitación actuaba, a la vez, como refectorio. Pronto estas instituciones fueron habitadas

por extranjeros, menesterosos y enfermos de lepra que estaban de paso y así fueron perdiendo el fin para el que habían sido creadas. Tiempo después las autoridades decidieron transformarlas en hospitales comunes.

En determinados días los leprosos podían salir de su encierro. Debían llevar un capuz o capucha negra terminada en punta, dos manos blancas cosidas en la región pectoral del atuendo o bien un sombrero negro con borde blanco. Primero se anunciaban con una corneta, como hemos dicho, luego con una matraca.

La experiencia con los leprosos fue fundamental para el método que se emplearía durante la Peste Negra. Muchos médicos defendían la tesis del contacto interhumano. Guillermo Varignana, médico como su padre, su hijo y sus dos nietos, profesor de la Universidad de Boloña, solicitó el aislamiento de los enfermos de peste. Aunque la influencia de los médicos sobre las autoridades era escasa, los puertos de las costas del Mediterráneo y del Adriático establecieron la cuarentena.

Venecia tomó precauciones pero nada pudo hacer para salvar a sus ciudadanos. También allí —como sucedió con Florencia— se calcularon 100 mil muertos a causa de la peste. Los médicos, sobre todo, fueron presa de la plaga y en pocas semanas no quedó ninguno vivo. Francesco de Roma, oficial de Sanidad de Venecia, recibió —durante 17 años— veinticinco ducados de oro, luego de su retiro, como premio por haber permanecido en la ciudad “cuando casi todos los médicos se escaparon por miedo”.

Cuando aparecieron los primeros casos en Milán todos los ocupantes de las tres casas afectadas, enfermos y sanos, vivos o muertos, fueron emparedados y dejados a su suerte, lógicamente ominosa. Aunque estas acciones eran fáciles de entender en la Edad Media, cuesta aceptar que tuvieran un propósito útil pero, motivado por la sinrazón, la plaga se demoró varias semanas y fue menos calamitosa en otras ciudades de Italia. Este particular sistema de sepultura fue utilizado algunas veces por el dueño de la casa o por las autoridades. En Salé, Ibn al Khatib registra que Ibn Abu Madyan se encerró en su casa con su familia y abundantes alimentos y bebidas, tapió la entrada y se negó a abandonarla hasta que la enfermedad cesase. “Las autoridades inglesas, por ejemplo —dice McEvedy (44)—, recomendaron que los enfermos de peste se encerraran en sus casas o se trasladaran a “casas de apestados” especialmente dispuestas al efecto. Un caso extremo de seguimiento de tales disposiciones fue el famoso protagonizado por William Mompeson, párroco del pueblecito de Gyam, Derbyshire, quien, cuando apareció la peste de 1666, convenció a la comunidad entera para que se encerrara y así pasara la cuarentena. Uno por uno, los feligreses que permanecieron fieles a sus contaminados hogares padecieron la enfermedad. La tasa de mortalidad, del 72%, indica que la comunidad probablemente sufrió una tasa de morbilidad (infección) del

100%, precio sin duda extraordinario por una teoría equivocada.

“Encerrar la gente en casa es, obviamente, uno de los peores métodos de lucha contra la peste. Esta enfermedad está ligada al local, manifestándose con mayor facilidad cuando las ratas, las pulgas y las personas se mantienen en estrecho contacto mutuo. Enclaustrar a las personas significa aumentar la probabilidad de que les pique una pulga portadora de peste o se infecten por contacto con otro ser humano”.

En Florencia, un consejo de ocho personas con poderes doctorales elegidos entre los más sabios de la ciudad trató de establecer ciertas reglamentaciones de higiene pública, especialmente en lo que se refería a la remoción de los muertos y moribundos de las calles.

En Pistoia, el 2 de mayo de 1348, cuando se produjeron los primeros casos de peste en la vecindad, un consejo elaboró un reglamento de nueve páginas destinadas a paliar la entrada a la ciudad. Se prohibía visitar Pisa o Luca y si esa visita se producía, aun si los visitantes hubieran partido antes de la promulgación de los edictos, su regreso sería negado. No se permitía la entrada a la urbe de lino, mercancías de lana o de cualquier animal. Los negocios de alimentos eran estrictamente supervisados. Los funerales de las víctimas de la peste deberían ser llevados a cabo –exclusivamente– por los miembros de la familia, y el cadáver enterrado en el lugar y con la profundidad específicamente indicada. Para no perturbar al enfermo y no disminuir la moral de la población se prohibió el tañido de las campanas y los anuncios de lloronas y trompeteros. Veinte días después, un segundo edicto, suspendió la reglamentación sobre los viajes puesto que la enfermedad había avanzado tanto que cualquier precaución en ese sentido se consideraba inútil. La supervisión de los negocios se endureció. El 4 de junio se cambió la reglamentación sobre los funerales: dieciséis personas de cada región de la ciudad se designaron para esa función. Cada caballero debía proveerse de un sustituto en el supuesto caso de que no pudiera cumplir con las obligaciones asignadas. Debido a la escasez de cera se prohibió el uso de las velas funerarias.

En Orvieto las cosas fueron diferentes. En el siglo XIV, Orvieto era una pequeña pero próspera ciudad de doce mil habitantes. Las peleas entre guelfos y guibelinos, y la acción de los depredadores que, provenientes de las comarcas cercanas, asolaban sus viñedos y sus fértiles campos, hicieron mucho daño a la región, provocaron inseguridad y debilitaron su papel de importante centro comercial. Las hambrunas de 1346 y 1347 golpearon severamente a la ciudad pero, en el otoño del último año mencionado, parecía que lo peor ya había sucedido. En la primavera de 1348 sobrevino la Muerte Negra. Durante los meses previos, los miembros del consejo deberían haber sabido del desastre que estaba en camino pero no adoptaron ninguna precaución. Cuando el consejo se reunió –el 12 de marzo de 1348– la enfermedad había llegado a Florencia

que estaba a ochenta millas romanas (aproximadamente la misma cifra en kilómetros) de distancia. El silencio oficial continuó. Quizá los consejeros pensaron, advertidos de la gravedad del mal, que lo mejor era no hacer nada. La ciudad contaba solamente con un médico y un cirujano para enseñar a los estudiantes y asistir a los pobres, ejercían siete doctores particulares en la urbe y dos o tres más en los alrededores, el estado de los hospitales era deplorable y la higiene pública un desastre. En forma constante se reiteraban leyes contra el tránsito de cerdos y cabras por las calles, el curtido de pieles en el medio de la urbe y la inveterada costumbre de arrojar los desechos por la ventana. No obstante, no mejoraban el estado sanitario de la ciudad. La suciedad y la desnutrición (porque los pobres existían) fueron en Orvieto los aliados indiscutibles de la peste, tal como ocurrió en tantos otros lugares de Europa.

Probablemente enancada en el séquito del embajador que llegó de Perugia la enfermedad comenzó en los últimos días de abril de 1348. Su violencia devastadora duró cuatro meses y alcanzó su punto más alto en julio. Parece que fue común la forma septicémica por las numerosas referencias sobre personas que morían 24 horas después de iniciados los primeros síntomas. Según un cronista contemporáneo morían más de 500 personas diarias y el resultado final fue una mortalidad del 90%. Se presume que ambos datos son exagerados pero, en definitiva, están indicando la intensidad de la plaga. Hoy se estima una mortalidad del 50%, en realidad muy elevada.

En esas condiciones, en cada familia formada por cuatro componentes, uno de los padres y uno de los hijos estaba estadísticamente condenados a morir. A pesar del desastre la vida social de la ciudad continuaba. Recién al final del mes de junio los registros oficiales hicieron mención de la peste. De los integrantes del Consejo de los Siete –elegidos en junio– dos habían muerto antes del 23 de julio y otros tres antes del 7 de agosto. Otro miembro contrajo la enfermedad en las primeras semanas de este último mes pero recobró la salud, finalmente, otro murió pocos días después. Desde comienzos de julio las sesiones del consejo fueron suspendidas, como se podía comprender, y en los registros de la ciudad solo se encuentran páginas en blanco. También se suspendió, a mediados de agosto, la ceremonia religiosa más importante de Orvieto: la procesión de la Asunción.

Hacia fines de agosto, el consejo volvió a reunirse una vez por mes, los negocios permanecieron abiertos y fueron nombrados tres nuevos notarios en virtud de la gran cantidad de problemas sucesorios. Orvieto había sobrevivido.

En 1347 (vaya oportunidad), en Siena se estaba construyendo la que iba a ser la catedral más grande de la cristiandad. Con parte de la iglesia edificada, se marchaba sobre la fundación de la nave y el coro. Pero irrumpió la Muerte Negra: los obreros murieron y el dinero destinado a la construcción fue utilizado para asuntos más urgentes. Cuando la plaga abandonó la ciudad no

se pudieron encontrar ni los fondos ni los artesanos para continuar la ingente obra. El cuerpo truncado de la catedral aceptó algún arreglo perentorio y, poco a poco, integró el paisaje de la región.

Se volvía a repetir lo que tantas veces hemos dicho: “El padre abandonaba al hijo –escribía Agnolo di Tura sobre lo que ocurría en Siena–, esposa a esposo, un hermano a otro, pues esta enfermedad parecía golpear con el aliento o la mirada. Y así ellos murieron y nadie pudo ser encontrado para sepultar los muertos, ya sea por dinero o amistad [...] Y en muchos lugares de Siena grandes fosas fueron cavadas y rellenas con los cuerpos de los muertos [...] Y, yo Agnolo di Tura llamado el Gordo, enterré a mis cinco hijos con mis propias manos y lo mismo hicieron muchos otros. Y había también muchos cadáveres por toda la ciudad que estaban tan defectuosamente cubiertos por tierra que los perros tiraban de sus restos y los devoraban”. Este mismo cronista consideraba –si sus cálculos fueron correctamente interpretados– que dentro de la ciudad murieron 50 mil personas, incluyendo 36 mil ancianos, aunque es muy difícil establecer cuál era el límite de la ancianidad en esa época. Muchos huyeron al campo y cuando la peste amainó en la urbe quedaban solamente diez mil habitantes. Pero aquí volvemos con las apreciaciones fuera de contexto: se considera que la población de Siena, en 1348, no puede haber superado los 55 mil habitantes y tropezamos con estimaciones medievales de la enfermedad que no son solo improbables sino realmente imposibles. En descargo de la exageración, debemos considerar que Siena fue, como Orvieto, inusual y furiosamente atacada por la peste.

La economía de Siena sufrió la conmoción del flagelo: la industria de la lana fue clausurada y la importación de aceite suspendida. El 2 de junio de 1348, el consejo de la ciudad canceló todas las cortes civiles, que recién se reabrieron tres meses después, y el quórum obligatorio de sus miembros fue reducido a la mitad. La Iglesia aumentó súbitamente sus posesiones merced a las dotes y herencias que les legaban los asustados fieles. Esto llegó a tal punto que, en octubre, todas las apropiaciones anuales de las personas religiosas fueron suspendidas por dos años.

Siena es el ejemplo de una ciudad que superficialmente se recobró con rapidez de la Muerte Negra pero que, en realidad, sufrió un disloque económico y político tan profundo que le impidió retornar –para siempre– a su antiguo esplendor. Inició –mediante concesiones impositivas– una importante campaña para atraer inmigrantes con la finalidad de cubrir los vacíos que había dejado la epidemia. La elevada mortalidad entre los componentes del clero hizo menester ocupar los puestos administrativos con civiles, hasta el momento pertenencia de los sacerdotes. Muchas herencias, fondos y patrimonios pasaron a manos del consejo de la ciudad. En 1353, su presupuesto se había equilibrado y parecía que el estatus quo se restablecía. La vieja oligarquía

se hizo todavía más poderosa al concentrarse el mando y el dinero en pocas manos. El antiguo orden estaba más firmemente consolidado que antes de la peste. Pero no fue el único grupo social beneficiado por la peste: surgió una casta de nuevos ricos que intentó jugar su papel en el escenario político de la ciudad. No obstante, esas pretensiones fueron con prontitud socavadas por una legislación suntuaria. Entre tanto, los pobres eran más pobres que antes y la brecha que los separaba de las otras clases más profunda.

Durante más de setenta años el Gobierno de los Nueve había regido Siena sin grandes dificultades y, terminada la plaga, parecía haber capeado la tormenta, sin embargo en 1354 su poder se derrumbó. Como consecuencia indirecta de la epidemia, que produjo cambios demográficos, sociales y económicos, la oposición a la aristocracia gobernante se incrementó.

Hacia el invierno de 1348 el peor momento había pasado para Italia. Los rebrotes del año siguiente y el posterior fueron de menor cuantía y la crisis parecía superada. La próxima epidemia recién ocurrirá en 1360 y volverá a atacar a la misma generación. El papa Clemente VI proclamó a 1350 como Año Sagrado. El primer jubileo había sido en 1300. Según Mateo Villani, para las Pascuas más de un millón de peregrinos arribaron a Roma. El fin de la epidemia había reforzado la fe.

Pero Italia había sido devastada por la peste aunque en términos estadísticos es imposible calcular el número de muertos. En las zonas urbanas algunos historiadores calculan que las cifras oscilaban entre 40 y 60 por ciento; entre los campesinos el porcentaje se consideraba menor. Debemos recordar que la distribución entre población rural y urbana no era la actual, lo cual hace bajar el porcentaje total de los muertos por la peste. En la Toscana, por ejemplo, donde la plaga fue excepcionalmente grave, murieron más habitantes que en el resto de las ciudades europeas. En otras urbes, como Milán o Parma, la mortalidad fue menor. Lo más probable es que entre una cuarta parte y un tercio de la población italiana haya perecido.

La Muerte Negra atacó a Francia uno o dos meses después que hiciera su primera irrupción en tierras italianas; de acuerdo con las crónicas de un anónimo monje flamenco llegó en una de las naves cargadas con enfermos pestosos que fuera expulsada de las costas de Italia en enero de 1348. La galera arribó en primer lugar a Marsella de donde no fue desterrada con la suficiente rapidez. Continuó con su curso destructor propagando la plaga a España y dejando un reguero mortal a lo largo de la costa del Languedoc.

En esa época Francia era uno de los países más populosos de Europa y tal vez el más próspero. En 1328, la población del reino de Francia, incluyendo parte de Flandes, Borgoña, Britania y Guyena, era de 23 o 24 millones de habitantes. Mientras que Italia tenía a sus guelfos y guibelinos, Francia tenía al rey inglés Eduardo III y a su ejército sin intenciones de abandonar el país.

Fueron esos los años de los episodios iniciales de la Guerra de los Cien Años entre ambos países. En 1346, Eduardo III desembarcó en Normandía con 15 mil hombres y tiempo después sitió Calais por espacio de un año.

Según el cronista, cuando arribó la peste, en un mes murieron 55 mil personas en Marsella. La cifra nuevamente parece exagerada pero en los puertos, donde atacaba duramente, las formas bubónica y neumónica de la epidemia se hacían presentes. Es probable que en esos lugares la mortalidad fuera mayor que en el resto del país.

A partir del Mediterráneo y por dos rutas principales la epidemia alcanzó Montpellier y Narbona; afectó a Carcasona entre febrero y mayo, se desplazó hacia Toulouse y Montauban, para finalmente llegar a Burdeos en agosto. Aviñón fue atacada en marzo, abril y mayo; Lyon en el comienzo del verano; París en junio y Borgoña en julio y agosto. Flandes resistió hasta 1349. En Perpignan la plaga tomó el mismo curso que en Aviñón. Como dato interesante, que luego relacionaremos con el relato, se encuentran testimonios que en enero de 1348 los judíos realizaron 16 préstamos a sus vecinos católicos, 25 en febrero, 32 en marzo, ocho en los primeros días de abril, tres en el resto del mes y ninguno más hasta el 12 de agosto. De 125 escribanos y legistas solamente 45 sobrevivieron a la Muerte Negra. Entre los médicos quedó con vida uno de cada ocho y 16 de 48 barberos y cirujanos fallecieron o desaparecieron.

Un sacerdote desconocido le escribió a un amigo citándole que la mitad de la población murió, que siete mil casas estaban cerradas y desiertas, que 11 mil cadáveres fueron enterrados en seis semanas en un solo cementerio y que 62 mil personas murieron en los primeros tres meses de la epidemia. Otro registro revelaba que los muertos ascendían a más de 120 mil, mientras que un historiador alemán llamado Sticker elevaba esa cifra a 150 mil.

En Aviñón, en ese momento la capital papal, convertida en casi medio siglo como una de la más importante del continente, la mitad de la población había perecido. Los archivos de la Cámara Apostólica mostraron que 94 de los 450 miembros (el 21%) de la curia papal habían muerto a causa de la peste. “De los hermanos carmelitas de Aviñón —escribió un cronista— 66 murieron antes que los ciudadanos conocieran la causa de la enfermedad; ellos pensaron que se habían matado unos a otros. De los monjes agustinos ingleses en Aviñón, ninguno quedó [...] en Marsella de 150 franciscanos, ninguno sobrevivió para contar el cuento [...]”.

El papa Clemente VI, preocupado por los horrores de la plaga, hizo lo que pudo para ayudar a los feligreses. Facilitó los requisitos para obtener la absolución de los pecados y ordenó “devotas procesiones y cantar letanías para ser realizadas en días especiales de la semana”. Desafortunadamente, en muchos casos estas procesiones provocaban desórdenes y se convertían en

actos incontrolables. Así se cuenta que, “entre ellos, muchos de ambos sexos eran cojos, algunos estaban vestidos con arpillera, o cubiertos con ceniza, gimiendo mientras caminaban, mesándose los cabellos y autoflagelándose al punto de sangrarse”. Al principio, el papa solía estar presente en estas procesiones, especialmente cuando se realizaban en los límites del palacio. Pero pronto se percató que la realización de grandes concentraciones favorecerían la propagación de la peste y la generación de actos de histeria colectiva. Finalmente, fueron suspendidas.

El mismo papa tomó sus precauciones: por indicación de Guy de Chauliac fueron encendidas dos enormes fogaradas en los aposentos pontificios y Clemente VI sentado entre ambos en pleno verano. Este extraño y drástico método tuvo éxito porque ahuyentó a las pulgas y, además, contó con otro aditivo: el famoso médico le aconsejó al pontífice su reclusión total. Las bellas pinturas murales que representaban jardines, cacerías y otras distracciones seculares, ejecutadas según el propio deseo del papa, fueron quizá el incentivo para su distracción en el encierro.

Este papa de pródigo esplendor y “vicios sensuales”, hombre de gran erudición y mecenas de las artes y de las ciencias, promovía la disección de cadáveres “para que se averiguasen los orígenes de esta dolencia”. Se efectuaron muchas disecciones en Aviñón y Florencia, cuyas autoridades porfiaban para que los familiares entregasen sus muertos a los médicos con este fin científico. En 1340, Montpellier autorizaba una clase de anatomía cada dos años –que duraba varios días–, en la cual un cirujano disecaba mientras un médico disertaba (45, 46).

Los médicos, con sus hábitos purpúricos o encarnados y sus gorros de piel, eran en ese tiempo personajes de gran importancia social. Las leyes suntuarias les permitían ciertos lujos: cinturones de hilos de plata, guantes bordados y, según la versión imitada de Petrarca, presuntuosas espuelas de oro, que reservaban en ocasión de las visitas a caballo a sus pacientes, siempre precedido por un espolique. Su mujer tenía una licencia mayor que el resto de las damas para gastos de ropa, tal vez en reconocimiento a los elevados honorarios de su esposo. No todos eran eruditos profesores. El doctor Simón de Bocaccio tenía pintado un orinal en el frente de su casa como forma de indicar su especialidad.

Frente a la peste los médicos se encontraban inermes y eran frecuentes sus diferencias de opinión. Simón de Covino, por ejemplo, consideraba que la mujer embarazada y aun aquella “de naturaleza frágil” morirían ante el flagelo y ningún médico sería capaz de salvarlas. La que durante el puerperio estuviera mal nutrida sería la primera en sucumbir. Una conclusión razonable –rechazada por la Facultad de Medicina de París– sentenciaba que “aquellos cuyos cuerpos están repletos de humores” son los más vulnerables. Ibn

Khâtimah se mostraba de acuerdo con ello y agregaba que las personas de temperamento “caliente y húmedo” eran las más expuestas. Según el sabio árabe, las mujeres fornidas y lujuriosas serían las últimas en ser afectadas.

Había consenso sobre el lugar más adecuado para vivir: el aislamiento era una prioridad, como también lo eran los lugares protegidos de los vientos, en el fondo portadores de los mortíferos miasmas. Se deberían evitar costas de ríos, riachos o mares, lo mismo que los pantanos. Las casas deberían mirar hacia el norte y las ventanas estar cubiertas con vidrio o papel encerado.

La atmósfera corrupta se contrarrestaba quemando maderas secas y perfumadas: enebro, fresno, vid y romero. Toda sustancia aromática era valiosa y apreciada: madera de aloe, ámbar, almizcle y, para los no pudientes, ciprés, laurel y almáciga. Una típica receta de sustancias para quemar, que se arrojaban al fuego, estaba compuesta por una onza de *storax* calamita y madera de aloe mezclada en un mortero con agua rosada de damasco y amasada para luego convertirla en pequeñas y oblongas briquetas.

La casa, dentro de lo posible, debería ser colmada de plantas y flores y los pisos rociados con vinagre y agua rosada. Al abandonar la casa, cada persona debía portar un pañuelo impregnado en alguna sustancia aromática: ámbar o bien pimienta, sándalo, alcanfor e, incluso, manzanas con buen aroma. De todas estas extrañas mezclas podemos rescatar una que era letal para bacterias, pulgas y ratas, como era la de Dionisio Celle quien quemaba una mezcla de ácido sulfúrico, arsénico y antimonio, que tampoco sería muy adecuada para los pulmones de quien aspirara ese humo.

V. Prevención y tratamiento

Como veremos más adelante, se prohibía el consumo de alimentos grasosos, condimentos y aceite de oliva. La dieta era importante: se evitaban las sustancias que pudieran entrar en rápida descomposición por el calor como el pescado. La carne debía ser asada y no hervida. Los huevos debían comerse con vinagre y no totalmente duros. Ibn Khâtimah aprobaba la ingestión de frutas y vegetales. Pese a la negativa de la Facultad de Medicina, Gentile de Foligno recomendaba la lechuga. Toda la alimentación estaba en la mira de los estudiosos que buscaban afanosamente y sin éxito curar el mal.

Era perjudicial dormir durante el día o directamente después de las comidas; Gentile creía que era mejor guardar el calor del hígado durmiendo primero sobre el lado derecho; el decúbito dorsal era contraproducente puesto que provocaba un flujo descendente de los humores perjudiciales hacia el paladar y las ventanas de la nariz que podrían retroceder e inundar el cerebro. Las reflexiones que se pueden hacer cuando se ignora la fisiología humana son inacabables. Una corriente de pensamiento sostenía que los malos olores inmunizaban contra la peste. John Colle hacía esta observación: “Los encargados de las letrinas y aquellos que trabajan en los hospitales y otros lugares pestilentes eran considerados inmunes. Muchos ciudadanos aprensivos, aterrorizados por la proximidad de la enfermedad o la muerte, pasaban varias horas del día oliendo la fetidez de las letrinas”.

Una inactividad total era la postura ideal para evitar la enfermedad. Si la persona debía desplazarse, se aconsejaba que lo hiciera lentamente: el ejercicio introducía más aire en el cuerpo y con él entraba más veneno en el organismo. Por esa circunstancia, los médicos desaconsejaban los baños calientes que “abrían los poros”. En cambio, se recomendaba el lavado de manos y cara –de vez en cuando– con vinagre o agua rosada.

Una mente tranquila era la mayor seguridad contra la infección. Vivir en forma placentera, retomar y practicar el arte de la conversación era la prevención de primera línea. No convenía el intenso regodeo porque el sexo calentaba los miembros y perturbaba el equilibrio. La mente debería permanecer alejada de las agonías de los vecinos: la tristeza enfriaba el cuerpo, embotaba la inteligencia y mataba el espíritu.

Antes del desayuno era útil ingerir uno o dos higos acompañados con algo de ruda y de avellanas. Era común el uso de píldoras de aloe, azufre y mirra. Gentile de Foligno recomendaba polvo de esmeralda y promovía llevar un

anillo de oro donde se engarzara una amatista grabada con la figura de un hombre rodeado de una serpiente, a la que tomara con su mano derecha la cabeza y con la izquierda hiciera lo propio con la cola.

La sangría era considerada una eficaz medida preventiva, sin embargo y desde la Grecia antigua, siempre fue muy apreciada como remedio. Tal vez haya sido en la Edad Media la medida terapéutica por excelencia, con recomendaciones inauditas como las del varias veces nombrado Ibn Khâtimah que aconsejaba –contra la característica de la medicina islámica– una extracción cercana a los cuatro litros, a todas luces imposible porque acabaría con la vida del osado que permitiera que se le efectuara tal procedimiento.

La sangre que emergía de los infectados era habitualmente negra y gruesa; mal presagio para la víctima si se cubría por una espuma verde en su superficie. Si el paciente se desmayaba, según Ibn Khâtimah, se debería derramar agua helada sobre su cuerpo y proseguir con la flebotomía. A la mayoría de los pacientes se los sangraba en cualquier sitio pero Juan de Borgoña, con un pensamiento más científico, invocaba la existencia de emuntorios, lugares por donde se debía extraer el veneno mediante la sangría. Los vapores maléficos que habían ingresado al organismo a través de los poros de la piel eran elevados por la sangre al corazón, al hígado y al cerebro. “Así, cuando el corazón es atacado, nosotros podemos estar seguros de que el veneno viajará hacia el emuntorio correspondiente a la víscera cardíaca, que es la axila. Pero si aquí no encuentra salida es derivado al hígado que nuevamente lo vehiculiza hacia el órgano excretor correspondiente, el cuello. Si aquí es obstaculizado su paso, el veneno entonces buscará el cerebro y de aquí será conducido a las orejas o a la garganta”. Según esta extraña teoría, cada órgano emuntorio tiene una vena superficial correspondiente. El cirujano avezado debe interceptar el veneno en su diabólico progreso alrededor del cuerpo y arrojarlo fuera de allí para impedir su camino de destrucción. Constituía un desastroso error hacer una incisión sobre el lado equivocado del cuerpo ya que no solo se desperdiciaba sangre buena sino que los miembros sanos eran envenenados con el líquido que se vertía del otro lado para equilibrar la pérdida.

Así también la técnica de la sangría había efectuado un curioso periplo. Es probable que los conceptos occidentales sobre la sangría hayan llegado a los árabes (hemos citado con frecuencia a Ibn Khâtimah) a través de los nestorianos, seguidores en Oriente de Nestorio, que provocó uno de los primeros cismas de la Iglesia y que por su influjo naciera la escuela de traductores de Gondishapur, en Persia, donde científicos de diversos orígenes rescataron el pensamiento griego y lo devolvieron al mundo europeo. Los conocimientos que los árabes tenían sobre la anatomía eran precarios: practicaban las autopsias sobre cadáveres que dejaban descomponer a la vera de un arroyo y desprendían sus tejidos putrefactos con un puntero. Eran receptivos a los

estudios que se realizaban en Occidente y es así que aceptaron la sangría. La realizaban en forma distinta a los griegos puesto que la practicaban en un punto alejado de la lesión y con pequeñas extracciones (en el resto del mundo la sangría era abundante). Diferían, asimismo, en otra modalidad: sangraban a los adolescentes ya que aducían que era necesaria para purificar la sangre. Consideraban que constituía el tratamiento ideal para los dolores de cabeza, la viruela y las afecciones de la garganta.

La medicina, en buena parte sacerdotal y ejercida por los monjes, tenía reglas que, incluso, estos mismos no podían eludir. Du Cange (47) cita que en el claustro de San Víctor de París se los obligaba a practicarse cinco sangrías anuales a no ser que se encontraran cursando una grave enfermedad. Tal era la sólida estructura de la reglamentación que estas se debían realizar en fechas determinadas: la primera en septiembre, la segunda antes del Adviento, la tercera antes de la Cuadragésima, la cuarta después de Pascuas y la quinta pasado Pentecostés. Muchos laicos y sus familiares se reclusen en los conventos para esas fechas para lograr ser sometidos a las sangrías. La sangría adquirió una difusión tan espectacular que San Luis, rey de Francia, muerto casualmente por la peste en Túnez en 1270, tuvo que prohibirles a los monjes –por un edicto especial– que se hicieran sangrar más de cinco veces por año y, además de los días festivos mencionados, el día del cumpleaños del religioso.

Castiglioni (48) dice: “De esta costumbre conventual debió derivarse, como suponen algunos historiadores alemanes, el hecho de que los barberos que practicaban en los conventos, incluso pequeñas operaciones quirúrgicas, se hicieran sangradores profesionales, especialmente en Francia y en Alemania. En cambio, en Italia, la sangría quizá fue también practicada, aunque raramente, por los médicos. Estos estimaban, por lo general, que la práctica de ella no se avenía con su dignidad. Este contraste dio origen después a las seculares disputas entre cirujanos y médicos y a la división que surgió en Francia entre los barberos o cirujanos de vestido corto y los cirujanos de vestido largo; estos últimos debían poseer una licencia especial. Estos dos grupos, sin embargo, eran absolutamente diferentes del médico. Toda la historia de esta larga disputa, que cobró singular importancia cuando hacia el siglo XVI los barberos y cirujanos de París se atribuyeron el privilegio de hacer disecciones anatómicas y enseñar anatomía, ha sido muchas veces narradas junto con relatos de episodios cómicos o grotescos. Lo cierto es que durante siglos la sangría constituyó una importantísima fuente no solamente de ganancias, sino también de autoridad para los cirujanos; es más, muchos médicos insignes, como Lanfranco (fallecido aproximadamente en 1306) y Bruno de Longoburgo (siglo XIII) se quejaron de que los médicos no quisieran practicar la sangría y no reconocieran la alta importancia de esta intervención. En realidad, las prescripciones de la sangría y sus indicaciones de la vena que había que abrir, debía ser siempre hecha por el médico, el cual a su vez debía indicar el momento de hacer intervenir al cirujano; sin embargo, fácilmente se comprende que por lo común el enfermo llamara directamente a su barbero o

a su cirujano, el cual tomaba las decisiones por sí solo”.

La importancia que tuvo esta terapéutica tan difundida y tan equivocada se puede constatar en un edicto de 1288 publicado en Brujas (Bélgica) que prohibía a los barberos verter la sangre, obviamente de las sangrías, en las calles. Se estableció un lugar *ad hoc* que recibió el nombre de “pozo de sangre” (*Den bloed-put*) que, poco antes del comienzo de la Muerte Negra, en 1336, no pudo contener toda la sangre vertida y se tuvo que recurrir a uno nuevo.

Considerada como el más indispensable de los remedios, es probable que la sangría no se haya utilizado en la forma que se podría suponer. En primer lugar, los infectados morían en pocos días; los médicos, sangradores y barberos escaseaban o habían huido y, finalmente, el terror a acercarse a los enfermos –como hemos visto– era generalizado. Por otra parte, cuando se sangraba a un enfermo se lo hacía durante cuatro o cinco días seguidos, practicando extracciones de 100 a 120 ml, a veces dos veces diarias, con lo cual la cantidad total era considerable y se supone que mucho ayudaría a que el paciente feneciera. Reiteramos, y es de destacar, la moderación de la medicina árabe –pese a las recomendaciones de Ibn Khâtimah– en ese sentido.

La sangre se extraía con una lanceta cuadrada, a veces con ayuda de ventosas que succionaban las escarificaciones (las “ventosas escarificadas” llegaron hasta el siglo XX). También fueron empleadas sanguijuelas.

“El examen del coágulo que se formaba en la sangre extraída (*aporisma*) –expresa Manrique (49)– era riguroso describiéndose tipos especiales de sangre gruesa, delgada, podrida o “aguanosa”, serosa, espumosa, oleaginosa, con arenillas (?) o con mal olor, etc., mereciendo cada una de estas observaciones una particular interpretación diagnóstica e incluso pronóstica y cuya significación dependía esencialmente del prestigio y experiencia del sangrador actuante. El práctico debía tener en cuenta las condiciones preexistentes, utilizar maniobras especiales para la ligadura del miembro y la visualización de la vena, así como la forma de diferenciarla con arterias, nervios y tendones”.

Durante la Edad Media no había una opinión única sobre el término *sangre* y el debate sobre sus características estaba abierto. ¿Qué era lo que brotaba al seccionar la vena? Gil Sotres (50) manifiesta que “el término ‘sangre’ no tenía entonces un significado unívoco sino que se lo empleaba en alusión a conceptos distintos. Se trata de uno de los cuatro humores que componen el organismo, pero al mismo se aplica este sustantivo para nombrar al líquido contenido en los vasos sanguíneos. Al respecto, Jean de Saint Amand afirma: “El nombre de Sangre es equívoco. En un sentido significa el conjunto de humores mezclados en las venas, y esto es lo que se evacua por la flebotomía. Y se le llama Sangre porque, existiendo mucho humor sangre, tiñe toda la masa con su color. En otro sentido, se dice Sangre pura, singular, cuando no está asociada a otros humores”.

La adhesión a las sangrías nunca decayó. En los tiempos en que la Edad Media expiraba se imprimían almanaques en los que se la relacionaba, en un

aspecto donde intervenía la astrología, con los signos de Zodíaco, de acuerdo con la zona determinada a ser sangrada.

“Entre los médicos de aquella época, en la cual, como hemos visto, gozaba de grandísima popularidad la sangría y encontraba la justificación de esta general aceptación en las citas de los autores clásicos, la prescripción de la sangría como remedio óptimo y eficaz es en general constante. Guy de Chauliac (aproximadamente 1300-1368) –a quien le dedicamos un capítulo como paradigma de eminente médico medieval–, que fue también famoso por su oposición contra Francesco Petrarca, que había atacado fieramente a los médicos de su tiempo y sobre todo a él, si bien no le faltaba razón en muchas de sus apreciaciones, fue ferviente partidario de la sangría. No menos frecuentemente la prescribía también un notable cirujano escocés, Bernard Gordon y el famoso catalán Arnaldo de Vilanova (aproximadamente 1235-1311) el cual, sin embargo, se atenía estrictamente a las indicaciones astronómicas para su aplicación” (51).

Los médicos han cargado siempre sus espaldas la culpa de la muerte de sus pacientes (en algunos casos justificadamente). Una de las pacientes de Guy de Chauliac fue Laura de Sade (*La bella Laura*), amada de Francesco Petrarca. El médico no pudo salvarla de la peste y el poeta se convirtió así en su acérrimo enemigo. En sus *Invectivas contra un médico* lo calificaba de “viejo desdentado nacido en las montañas”. Cuando se lo cruzaba en la calle le recitaba rimas plenas de insolencia, parafraseaba a Hipócrates y decía que si bien la vida es breve, el médico la acorta aún más. No sabemos si Guy de Chauliac empleó la sangría en el tratamiento de Laura.

En la centuria pasada, en el siglo XX, antes de los descubrimientos médicos y del gran impulso que la industria farmacéutica le diera a la medicina, la sangría aún tenía precisas indicaciones para algunas afecciones cardiovasculares.

En la forma bubónica, después de unos días, sobre todo cuando el enfermo superaba la parte aguda, los bubones se abrían espontáneamente, como hemos dicho, y el pus o el líquido maloliente que de él manaba hacía que se los cauterizara. Muchas sustancias, muchas exóticas sustancias, eran aplicadas sobre las bubas para drenar el supuesto veneno. Gentile usaba una mezcla de resinas de goma, raíces de lilas blancas y excrementos humanos desecados. Ibn Khâtimah creía que una operación realizada sobre los bubones era oportuna entre el cuarto y el séptimo día de la enfermedad, cuando el veneno fluía del corazón a los ganglios.

Para los dolores se prescribían varias sustancias que se suponían calmantes, en especial una mezcla de jarabe de manzanas, limón, agua rosada y menta. A veces se le agregaba minerales en polvo, como ser esmeraldas, perlas y, sobre todo, oro. Gentile prescribía una libra del mejor oro y once libras de

plata, trabajadas a fuego lento. La amalgama debería estar tres días sobre el fuego, lejos del aire y con el añadido de 47 libras de agua de borraja. Una vez enfriado, el potaje debía beberse hasta la curación, o bien, con mayor probabilidad hasta que el paciente muriera. De lo que se sabe, la borraja fue siempre empleada como sudorífica.

El *Regimen Sanitatis Salernitanum*, código en verso de la escuela de Salerno del siglo XI, se menciona al vino con más frecuencia que cualquier otro agente terapéutico. En la etapa más floreciente de las curaciones con vino, que luego veremos las especiales características que tenía, ya en las postrimerías de la Edad Media, se lo mencionaba laudatoriamente, como ocurría en el tratado *Liber de Vinis*, de Arnaldo de Vilanova, que tuvo 21 ediciones.

Durante el siglo XIV la eliminación de las aguas mayores era inadecuada. Los retretes, sumideros, pozos negros y letrinas públicas existentes no habían resuelto el problema de los albañales callejeros descubiertos. Tanto los castillos como las casas importantes de los centros urbanos tenían excusados contruidos en nichos que sobresalían del muro exterior, con un agujero en el fondo que permitía que las excretas cayeran en un río o zanja de la que se retiraban más tarde. Las casas de la urbe, apartadas de los cursos de agua, poseían pozos negros en el patio trasero, a una distancia de las habitaciones fijada por ordenanza. Aunque estas directivas no se respetaron en un comienzo, a menudo los excrementos se acumulaban en los aljibes y depósitos. Se prohibió que, salvo los orinales domésticos, el contenido de los retretes se vaciase en los albañales de las calles.

Como barrenderos y carreteros municipales fueron víctimas de la epidemia, las ciudades acumularon desechos que favorecieron la aparición de moscas, cucarachas y cuanta alimaña anduviera suelta. Las ratas aprovechaban los restos de alimento y prosperaban a pesar de la mortandad que les ocasionaba la enfermedad. Los residentes de una calle llegaban a unirse para alquilar un carro y retirar los desperdicios. Eduardo III se quejaba, en 1349, en una carta dirigida al alcalde de Londres de que las calles y callejones londinenses estaban sucios con “heces humanas y el aire de la población envenenado con grave riesgo de los viandantes, sobre todo en este tiempo de enfermedad infecciosa”. En Londres, las fosas sumaban tantas capas de cuerpos que rebasaban. Los apestandos morían tan de prisa –como sucedía en todas partes– que los vivos no tenían tiempo para sepultarlos. Entonces, se los sacaba de sus casas y se los abandonaba en las calles; cada amanecer revelaba nuevas pilas de cuerpos exánimes. El rey desconocía la diaria aparición de cadáveres y dispuso que las calles se limpiasen “como antes”.

En Aviñón el papa consagró al Ródano para que en lugar de enterrar a los difuntos se los arrojara a su lecho. En algunas ciudades costeras se los tiraba

al mar y muchas veces la marea los traía a la playa (52).

La *Compagnia della Misericordia*, fundada en Florencia en 1244, se encargó de la atención de los enfermos y de recoger los cadáveres. Cuando no dio abasto estos se corrompieron en las calles. La falta de ataúdes obligó a transportarlos sobre tablas, de a dos o tres, hacia el cementerio y a las fosas comunes. Las familias arrojaban en ellas a sus seres más queridos.

Los primeros casos de peste bubónica aparecieron en París –como hemos dicho– en mayo o junio de 1348, pero la enfermedad se instaló con todo ímpetu meses más tarde, para declinar recién en el invierno de 1349. Los cronistas hablaron de 50 mil muertos. En la parroquia de Saint Germain l’Auxerrois se constató que de 78 legados testados a favor de la Iglesia entre Pascuas y junio de 1348, se pasó a 419 en los meses siguientes. Parecía que la plaga “enviaba a los hombres a sus abogados tan pronto como a sus confesores”. El peor momento de la epidemia en esa ciudad tuvo lugar en septiembre y octubre de 1349, poco antes de expirar sin ningún apuro. El obispo Fulco de Chanac murió en julio de 1349; la duquesa de Normandía, Boune de Luxemburgo en octubre y su nuera, Juana de Borgoña, el 12 de diciembre, cuando el peligro parecía haber pasado.

Como era lógico, también en otras regiones la epidemia ponía fin a la vida de personajes importantes: el rey Alfonso XI de Castilla fue el único monarca que sucumbió; su vecino Pedro de Aragón perdió a su esposa, la reina Leonor, a su hija María y a una sobrina, solo en seis meses; Juan VI Cantacuzeno, emperador de Bizancio, lloró a su hijo; también murió Juana, reina de Navarra e hija de Luis X; la séptima hija de Eduardo III, Joanna, encontró su fin en Burdeos cuando se dirigía a contraer matrimonio con Pedro, heredero del trono castellano.

Las mujeres parecían más expuestas que los hombres, tal vez porque en sus hogares estaban más en contacto con las pulgas. Fiammetta, amante de Boccaccio e hija ilegítima del rey de Nápoles, como dijimos, encontró la muerte, lo mismo que Laura, la amada de Petrarca.

Los grandes pintores de Siena, los hermanos Ambrogio y Pietro Lorenzetti, cuyos nombres no aparecieron después de 1348, presumiblemente murieron durante la pandemia, como asimismo el arquitecto y escultor florentino Andrea Pisano. Guillermo de Ockham y el místico inglés Richard Rolle de Hampole no se mencionaron después de 1349. Francisco Dantini, mercader de Prato, se quedó sin sus padres y perdió a dos hijos. Ciertos gremios de comerciantes londinenses fueron singularmente afectados: los seis jurados de la compañía de sombrereros y cuatro de la de orfebres murieron antes de julio de 1350. Sir John Pulteney, cuatro veces alcalde de Londres, fue otra víctima e igualmente Sir John Montgomery, gobernador.

Como corresponde a la índole de sus profesiones, la mortalidad entre el personal del clero y los médicos fue alta. De los 24 facultativos de Venecia, 20 perdieron la vida o quizás huyeron o se encerraron en sus casas. En Montpellier, según el testimonio de Simón de Covino, a pesar del gran número de doctores, “apenas uno se libró”. Hemos mencionado la confesión que hizo en Aviñón Guy de Chaliac de que llevó a cabo sus visitas profesionales por temor a la deshonra pública “aunque el espanto me dominaba sin respiro”. Aseguró asimismo que había enfermado pero que gracias a su terapéutica personal logró salvar su vida. Lo cual revela cierto grado de petulancia o, para ser menos severo con él, de filautía puesto que es evidente que carecía de un tratamiento adecuado para el mal que podría haber usado con sus enfermos.

Las muertes entre el clero variaron según su categoría. En Aviñón, tal vez por la gran concentración de prelados ante la presencia del papa, murieron un tercio de los cardenales. En Inglaterra, en una secuencia mortal, John Stranford, arzobispo de Canterbury, murió en agosto de 1348; su sucesor en mayo de 1349 y, el de este, tres meses más tarde. A pesar de estos datos nefastos, falleció un obispo de cada viente, en tanto que entre los sacerdotes, incluso cuando muchos de ellos asistieron a los enfermos pestosos, la mortalidad fue similar al resto de la población.

VI. Guy de Chauliac

Todo resultaba válido para luchar contra la peste. Así como se recurría a las plegarias, las procesiones, las autoflagelaciones, hasta llegar a las formas más abominables de las ferocidades humanas, otros referentes de las curaciones de las enfermedades pestíferas eran los médicos medievales. Con los escasos conocimientos que brindaba la ciencia de la época, teorías absurdas y prácticas muchas veces aberrantes, era muy poco lo que la medicina podía ofrecer al doliente. Es probable que, sobre la base de los resultados, el crédito del médico debe haber sido muy bajo.

Algunos de ellos se destacaron especialmente por su labor abnegada y por la persistencia, pese al declarado terror, en el combate de la enfermedad. Uno de ellos, que podría ser elegido como paradigma, ejemplo de vocación, fue Guy de Chauliac, quien en realidad era cirujano. Su obra escrita trascendió, además, durante siglos.

La vida de este médico tiene el valor de recrear las características de esa porción de la Edad Media por su derrotero, sus enemistades y sus logros. Todo lo que lo unió a los problemas que acarreó la peste bubónica de 1347, a sus personajes y a la sociedad, tienen un tono pintoresco a lo largo de su existencia, sobre todo en su faceta religiosa. Una cosa es segura, los médicos siempre han estado trabajando con verdades provisorias y esto se ha visto con intensidad hasta hace muy pocos años, y aún lo están haciendo. Las nuevas investigaciones a menudo suplantán a conceptos y prácticas que parecían incólumes y así sucedió siempre.

En realidad, como hemos señalado, y no estaría de acuerdo con el tratamiento de una enfermedad infecciosa, el auvernés Guy de Chauliac fue un conspicuo representante de la cirugía de la Baja Edad Media, innovador y antecesor de la habilidad quirúrgica y la creatividad de Ambroise Paré.

Nació cuando expiraba el siglo XIII, en la aldea auvernesa de Chaulhac, en el seno de una familia campesina y, tal como sería su destino inicial, trabajó como peón de labranza. Si la vocación es, como dice Heidegger “un llamado”, esta surgió al reducir una fractura de una familiar de los Mercour, acaudalados habitantes del lugar. Estos lo protegieron y le costearon los estudios en la escuela catedralicia de Mende. En 1325 recibió las órdenes sagradas.

“Empezó sus estudios de medicina en la universidad de Toulouse, de la cual se trasladó a la de Montpellier, donde ingresó en su Escuela Libre de Medicina, en la que, al amparo de un edicto del conde Guillermo VIII, se autorizaba la libre enseñanza de la Medicina, sin excepción de razas ni

religiones. La universidad disponía de un ilustre profesorado y de una notable biblioteca compuesta de traducciones de los clásicos y de las obras de los médicos árabes donadas por los judíos que habían huido de España. Los estudiantes alcanzaban el grado de bachiller a los tres años de estudios, y a los cinco el de licenciatura; a aquellos que proponían alguna tesis se les otorgaba el título de doctor junto con un birrete negro y carmesí, anillo y cingulo de oro y un texto hipocrático. Los candidatos a los cargos superiores prestaban servicio durante siete meses en un hospital o en la consulta de algún médico, mas no asistían a la práctica de la disección y apenas presenciaban alguna que otra operación, siempre clandestina” (53).

Chauliac, ordenado sacerdote, tenía dos impedimentos en su profesión: en los concilios de Rheims y de Letrán del siglo XII se les prohibió enseñar cirugía, y en el de Tours (1215) efectuar sangrías, tan en boga en esa época; en 1300, el papa Bonifacio VIII proscribió la disección ya que estaba vedada la profanación de los cadáveres. Es evidente que no halló reparos en dedicarse plenamente a la cirugía pero, tal vez, sin violar las normas conciliares. Cuando se recibió como cirujano recorrió su patria munido siempre de un atado con material quirúrgico y este periplo lo realizó habitualmente a pie. Visitó barberías y mercados, donde con interés seguía la labor de los charlatanes que prometían curar las hernias, las hemorroides y las cataratas. Luego pasó a Bolonia y estudió cirugía con Alberto Bertuccio, discípulo de Mondino de Luzzi, célebre anatomista. En esa época, con la gran influencia de la anatomía de Galeno y sus equivocaciones, el maestro de pie sobre un estrado leía a viva voz aquello que un ayudante iba señalando con un puntero en el cadáver.

Posteriormente, en París obtendría su magister en medicina. En el hospital de esa ciudad Hôtel-Dieu figura Chauliac como sucesor de Guido Lanfranchi. También ejerció en Lyon, punto de reunión para cruzados y peregrino en su marcha hacia el Mediterráneo, y allí se especializó en la reducción de fracturas, donde utilizaba tracción con poleas y pesas. El entatablillado lo efectuaba con cueros y vendas a las que empapaba con clara de huevo para darle consistencia. Método que no difería en su estructura con los actuales que utilizan yeso.

“Las fracturas de cráneo eran frecuentes en el medioevo, época en que los nobles caballeros se lanzaban a la liza empuñando pesadas armas y los aldeanos celebraban combates a garrotazos. Afirma Chauliac: ‘Cuando se tenga que tratar alguna concusión de importancia, es menester hacer un corte o perforar en círculo’. Antes de efectuar la operación, rasuraba el cráneo del paciente, cuidando de que los cabellos, el agua o la grasa no penetraran en la herida” (54).

Algunas de las ideas que preconizó fueron de avanzada para su época, aunque no podamos decir de su invención. Recomendaba que las incisiones tuvieran la dirección de las fibras musculares y para las hemorragias empleaba

el taponamiento, la compresión, la cauterización y la sutura. En su caja de instrumental llevaba siempre agujas e hilos de seda y cáñamo para la sutura. No era muy afecto a las amputaciones ni a las cesáreas; en las primeras temía a la hemorragia. Practicaba la cesárea cuando la madre había muerto para salvar al niño. Su cirugía de la fistula anal era análoga a la técnica moderna. Otra de sus innovaciones fue la colocación de una cuerda o cadena sobre la cama del enfermo para que este, asido de ella, pudiera cambiar de posición en la cama.

Actuaba con la prudencia de un cirujano de la actualidad porque sabía hasta dónde llegaban sus posibilidades. Ese es el criterio médico que ha distinguido a todos los que sobresalieron en la profesión.

Chauliac fue un médico itinerante pero, cuando por fin se estableció en Aviñón, como *medicus et capellanus comensalis*, asistió a tres papas: Clemente VI, Inocencio VI y Urbano V. Al primero de ellos, que estuvo afectado por fuertes dolores de cabeza, le efectuó una trepanación –en varias sesiones– y le extrajo una porción del parietal sin afectar la duramadre. El papa recobró la salud y lo autorizó a cenar en su mesa. No quedó ninguna duda de que la operación fue realizada: más de tres siglos después y luego de que la tumba de Clemente VI fuera profanada, gracias a esta cirugía se pudo identificar el cráneo del pontífice.

Una de las críticas más fuertes que se le hizo –omitamos la de Francesco Petrarca que fue emocional– se debió a una creencia que él mantuvo como verdad absoluta. Se refería a las heridas de bala. “La herida se limpiaba primero del presunto ‘veneno’ y después se estimulaba la supuración con sustancias irritantes, ya que Chauliac considera que el pus es supurativo” (55). Aunque apreciaba mucho las indicaciones quirúrgicas del médico árabe Abulcasis, la idea de la capacidad curativa del pus la tomó de Rogelio de Palermo, del siglo XII, que estimulaba la supuración colocando en la herida trozos de cocino. Otros la obtenían con compresas húmedas (no había nociones de asepsia) y diversos emplastos.

La actitud de Chauliac fue siempre ecléctica y seguía a los diversos médicos de la antigüedad con sus propias innovaciones. “La presencia de Galeno en la biblioteca privada de Guy –dice Robinson (56)– impidió que contradijera a los sapientísimos griegos. También tenía en sus estantes a dieciocho autores árabes, a los que citaba en demasía. Un paciente venéreo puede, por ejemplo, enseñar a su médico mucho más que los libros, que Guy escribió con excesiva frecuencia: ‘Ahora el método de facilitar la micción es, de acuerdo con Hali Abbas, Avicena, Albucasís, etc.’. Consideraba que la cantárida era un buen diurético porque Rhazes la había prescrito; introducía un insecto en el meato para seguir los consejos de Avicena.

“Guy merece poca admiración por haber popularizado el aceite de escorpión como diurético en caso de venéreas”.

Ya en el *Corpus Hippocraticum* existe un estudio sobre *De la Dieta* que, en el fondo, es el primer atisbo de la medicina preventiva. Chauliac con toda la sensatez de un maestro aconsejaba un régimen para los pacientes convalecientes de las operaciones. Para estos sugería una liviana alimentación con avecillas sazonadas con agua de rosas, harina de avena, cebada, almendras y agua hervida con algo de vino astringente. Para los que habían recibido heridas en el abdomen recomendaba caldo de pollo para que el paciente recuperara sus fuerzas, y vino y carnes que producen buenos efectos sobre la sangre. Para fortalecer el corazón suministraba la triaca de Andrómaco. Además, como elementos de la época, utilizaba dieta agria, acíbar y purgantes.

En 1363, casi al final de su vida, dio a luz *Chirurgia magna*, en forma de siete libros escritos en latín, con cerca de 3.000 citas y nombres antiguos, árabes y de diversas regiones de Europa. En la introducción esboza una historia de la cirugía y no falta una parte dedicada a la astrología en la que creía, ya que era parte de su teoría sobre el origen de la Peste Negra, como hemos visto. Sus estudios no escapaban a las características de la época y, además de ocuparse de las heridas, fracturas, enfermedades de la piel y afecciones médicas diversas, mezclaba esto con cierto esoterismo. Cita con frecuencia a los autores que lo acompañaron en su capacitación como médico.

En 1478 se publicó la primera edición francesa de *Chirurgia magna*, y luego apareció en provenzal, en inglés y holandés. De esta obra se hicieron 120 ediciones manuscritas y más de 100 impresiones parciales o totales. Fue obra de consulta hasta llegado el siglo XVIII.

Era tan buena persona y tan buen médico que consideró, en tiempos cuando el médico era omnipotente, dar las pautas del buen desempeño de la profesión: “Debe ser instruido, advertido, ingenioso, de intachable moralidad, bondadoso con el paciente, amable con sus compañeros, atinado en sus medicaciones, compasivo y demente; carente de afán de lucro, recibirá su retribución según su labor, los recursos del paciente, el resultado del tratamiento y su propia íntima dignidad”.

Chauliac fue eclesiástico en Mende, ciudad cercana a su lugar de nacimiento, y canónigo de la iglesia de San Justo en Lyon. Falleció el 23 de julio de 1368.

Como una puesta en situación debemos, para finalizar este capítulo, mencionar qué características tenían las casas de salud de la época. “Los hospitales de las ciudades eran mantenidos por autoridades seculares y comerciantes ricos. Los gremios contaban con sus propios hospitales o utilizaban los servicios de los hospitales adscritos a los conventos; a veces los miembros del gremio prestaban voluntariamente sus servicios como enfermeros cuando se trataba de pacientes del mismo gremio. Hacia 1300, Inglaterra tenía más de 400 hospitales; París tenía unos 40 y un número similar de leproserías. Los 30 hospitales y casas de salud de Florencia estaban servidos por más de 300 enfermeras, religiosas y seculares, que atendían a más de mil enfermos.

La planta de los hospitales seguía el modelo monástico: un solo piso con un amplio patio central, salas espaciosas, suelos embaldosados y un sistema bien proyectado de aljibes y desagües. Las camas estaban en cubículos separados; los ventanales proporcionaban suficiente luz y ventilación, en contraste con el antiguo diseño de las fortalezas” (57).

VII. Los santos sanadores

Muy a pesar de la exótica terapéutica que emplearon los médicos, que desconocían por completo las causas de la terrible epidemia, en una época de tanta religiosidad en la que las autoridades eclesiásticas reglaban la vida cotidiana, resultaba lógico que se apelara a santos y santas buscando la solución del mal.

“El peso de la violencia, el temor del sexo y de la muerte suscitan en todo el mundo una sorda culpabilidad. Entonces remitían a las relaciones personales con lo sagrado. La relación individual con la esfera divina se convierte en efecto en preeminente cuando el cristianismo triunfa sobre el paganismo. La intimidad y la interioridad se transforman en categorías mentales con un contenido nuevo. Lo sagrado pagano, en manos de la Iglesia, la escritura, el clero y el escriba se convierten en los agentes fundamentales de esos nuevos comportamientos interiores y en mediadores entre el hombre y Dios, en portadores o reveladores de los secretos de cada uno en una ambigüedad grávida de continuos replanteamientos” (58).

En épocas de escasez de conocimientos científicos y, más aún, de medicamentos útiles para curar las enfermedades es indudable que las reliquias de los santos depositadas en alguna capilla perdida deben haber tenido un alto poder de sugestión. Desconocidos el poder de la sugestión y de la autosugestión, ignoradas las enfermedades psiquiátricas y psicosomáticas, como también el efecto placebo y la neuroinmunología, es indudable que los elementos mencionados deben haber contribuido a la curación de algunas enfermedades en las que de ninguna manera podremos considerar a la peste. “Siempre se estaba a tiempo de dejar incólume la figura del santo, diciendo que el enfermo era un impío o un hereje. A quienes alcanzaba la curación, dadas las características de la afección y a sus propios familiares y amigos, el misterio de la fe se reforzaba. Es de presumir que este tipo de curaciones en las personas devotas habría tenido real eficacia y divulgación” (59).

El cristianismo vino a dejar bien claro que la enfermedad no era fruto del pecado. La venganza de los dioses ante las malas acciones de los hombres que desnudaba a un ser inerme y temeroso que habían fomentado los griegos, desaparecía ahora con la caridad y la ayuda fraterna. Basileo de Cesárea decía: “los justos aceptan la enfermedad como un atleta un combate, esperando grandes recompensas como fruto de su paciencia”. Y con respecto a los sufrimientos que traen las afecciones, Sendrail (60) expresaba: “nos enseña a restablecer, entre los falsos rostros de la vida cotidiana y las realidades

profundas, la verdadera jerarquía de valores. Es necesario algunas veces que el cuerpo se degrade para que el alma resuelva sus contradicciones, condene sus odios, juzgue sus mediocridades y sus taras, escape a sus miedos y acceda a una gracia y a una plenitud”. Pero creemos evidente que Sendrail no se referiría a la Muerte Negra: la humanidad pagaba un costo muy alto con sus 20 millones de muertos y la magnitud de los cambios sociales provocados.

Pero el cristianismo no abjuró de los médicos ni de los medicamentos. El positivismo de Galeno no les cayó mal a los cristianos y, al contrario, muchos fieles en los primeros tiempos y los clérigos después se amañaron para la curación de los pacientes. Además, numerosos santos mártires fueron terapeutas, tales como Cosme, Damián, Pantaleón, Zenobio de Sidon, Alejandro de Frigio, Teodoro de Laodicea, Eusebio, entre otros. ¿Qué lograba la impotencia de una medicina prácticamente doméstica frente a la gravedad de la peste? Que se apelara a las oraciones, los sacramentos, las misas y las procesiones. Las oraciones se dirigían a determinados santos y ante la desesperación, no era difícil caer en el esoterismo y la superstición. Las teorías de los mismos médicos sobre las causas de las pestilencias marginaban entre la fantasía y la superchería.

Al hacer hincapié sobre la caridad, el cristianismo buscó que los médicos fueran más justos, de donde nació la atención a los menesterosos, la ayuda al desvalido y que los hospitales tuvieran esa característica de albergues piadosos donde entraba la liturgia religiosa. Eso dio lugar a que el hospital más antiguo, el de Cesárea de Capadocia, establecido por San Basilio el Grande en 360 y cuyo patrono fuera San Lázaro, tuviera esas condiciones. Y fue un ejemplo imitado: Juliano el Apóstata ordenó a Arsacio, prefecto de Galacia, copiar ese paradigma para no quedar en desventaja moral.

Grecia –amén de sus dioses– tenía otra interpretación positivista: el hombre estaba desvalido frente a la Naturaleza. Las enfermedades dimanaban de ella. Serían los intensos fríos y los agobiantes calores, la destrucción y el hambre posterior de inundaciones y sequías, las mutilaciones que causaban los terremotos, y otras fuerzas ocultas las que causaban los males al hombre. Dioses y fuerzas naturales traían las afecciones humanas. El cristianismo terminó con ello pero la fe y la oración buscaban la recompensa. Se podía dialogar con Dios a través de la plegaria. La ayuda llegaría por medio de los santos sanadores, ellos habían tenido una revelación y a ellos había que acudir.

“Todo esto ocurre en la imaginación del pueblo, en una relación entre el padecimiento y la confianza depositada, y de ninguna forma es desmerecido por la Iglesia. El folklore vernáculo se encargaría después de mantener vigente estos relatos sobre las curaciones. La artesanía popular desde un comienzo le dedicaría toda una iconografía que, felizmente y como expresión artística, llegaría hasta nuestros días. Aún hoy, la fama de estos santos sanadores se

mantiene, sobre todo en los medios populares, consagrándose también una serie de exvotos y estampas destinadas a la plegaria, la honra y los favores. Es dable observar, en capillas o iglesias, figuras de cera o latón, muletas, cuadros, vestidos, tablillas, etc., colgadas de los muros como recuerdo de un beneficio recibido. Los generales victoriosos en las batallas solían hacerlo con sus armas.

“La fe del pueblo, en definitiva exalta –así sucedió en la Edad Media– el poder curativo de estos santos. A la historia le interesa la verdad histórica. A la Iglesia, al teólogo, el componente religioso de estas leyendas y el paradigma de estoicismo y el fervor de ellos. Esta historia religiosa se denomina hagiografía” (61).

Los inicios de los relatos sobre la vida de los santos, confeccionados desde los primeros balbuceos del cristianismo y mantenidos en calendarios de las parroquias, llegan hasta bien avanzado el medievo. El más antiguo de este género que se conoce es el *Depositio martyrium*, calendario del año 354 del cronógrafo romano. Como su mismo nombre lo indica era una lista de fechas y sus sucesos pero sin mencionar la vida, el origen, el martirio, la consagración, etc., de estos fieles. Esto no les bastaba a los que acudían a la iglesia y es probable que los mismos sacerdotes hayan agregado –de su propia imaginación– historias de fe que, comparadas en el tiempo, no eran coincidentes. En los siglos V y VI estos martirologios comenzaron ya a coleccionarse.

La vida miserable del pueblo en la Edad Media, acosados por la mugre, las desdichas, la peste y el hambre, los hacía proclives a la comprensión y el apego a los santos con lo que pretendían mitigar su estado. La Muerte Negra debe haber revivido con fuerza esa necesidad mística, sino volverían a caer en esa devaluada idea griega de los efectos de las fuerzas naturales. Cada oficio tenía su santo protector y a ellos se los veneraba. Las fiestas religiosas en la Edad Media –como hemos dicho– ocupaban buena parte de los días del año. Se descansaba pero se rendía ofrendas y oraciones a esos santos.

Jacobo Voragine (1230-1290), arzobispo de Génova, pone blanco sobre negro: publica un libro titulado *Leyenda aurea*, el más popular de lo que queda del Medievo, en el que describe minuciosamente la vida de los santos. Con un lenguaje simple y directo que guarda el propósito de ser comprendido por los pocos hombres que sabían leer, y que tuvieran la misión de divulgarlo. Influyó en la pintura y también en la literatura, pero el concilio de Trento emitió una disposición contra *Leyenda aurea* y se tenía la convicción de que en su autoría habían intervenido varios eclesiásticos. Se considera que fue una forma interesante de enseñar historia, geografía y de generar formas de vida dignas de imitar. En los primeros siglos de la Edad Media, y más aún en la antigüedad, los santos fueron personas perseguidas y habitualmente sometidos

a todo tipo de torturas que culminaban con la muerte; luego llegará la etapa de los reyes, los obispos, los médicos, etc., que sin sufrimientos alcanzan esta jerarquía.

Voragine escribía su *Leyenda* un siglo antes de que irrumpiera la Peste Negra. Serán dos santos las figuras preferida por los fieles para rogarle la salvación del cuerpo.

Los santos sanadores, protectores contra las pestes, fueron San Roque y San Sebastián. Al primero también se le atribuyó –veremos el porqué– ser bálsamo contra las mordeduras de los perros.

La hagiografía de San Roque es somera, tanto como lo fue su breve vida: nació en Montpellier (Francia), en 1295, en el seno de una familia ligada a la nobleza, rica, y su padre era señor y gobernador de esa ciudad. Algunos atribuyen al *Acta Brevoria*, un escrito anónimo redactado hacia 1430 en la región de la Lombardía (Italia), los primeros testimonios sobre Roque. Cuando murieron sus progenitores, con solo veinte años y muestra de un espíritu caritativo dictado por el cristianismo, encomendó a su tío el gobierno urbano, distribuyó su fortuna entre los pobres y emprendió un viaje a Roma –vestido de peregrino– con el fin de visitar el sepulcro de los santos Apóstoles. Al arribar a Acquapendente, tierra de la Toscana, quedó asombrado por los estragos que hacía la peste (no se trataba de la Peste Negra que ocurriría pocos años después) y logró ser admitido como enfermero en esa ciudad. Milagrosamente curaba a los enfermos pestosos con la señal de la Cruz.

De Acquapendente pasó a Cesena o Cesanea, donde se cuenta que curó a un cardenal del mal pestífero quien hizo su presentación ante el papa. Luego peregrinó por otras ciudades: pudo hacer desaparecer la plaga en Mantua, Módena, Padua, pero en la cercanía de Roma la pestilencia lo atacó. Presa de angustia y temor, se ocultó en un bosque en los alrededores de Piacenza donde –cuenta la hagiografía– brotó un manantial que apagó su sed. Fue allí que un noble de la zona se percató que su perro de caza tomaba a diario un pan de la mesa y se alejaba con él; siguió al animal y comprobó que lo llevaba como alimento a Roque. Este personaje cuidó entonces del pordiosero y se convirtió en seguidor de su religión.

Roque regresó posteriormente a Montpellier pero allí fue acusado de espía italiano, su tío no lo reconoció y se lo mandó a la cárcel. Cinco años más tarde, aún en presidio, y muy cerca de la muerte, pidió la presencia de un sacerdote que al entrar en la oscura celda esta resplandeció en una deslumbrante luminosidad. “El muerto fue reconocido después por su cruz roja y en una pared de la cárcel se encontró un pequeño cartel con las siguientes palabras escritas por el santo: ‘Aquel que sea atacado por la peste y acuda a Roque encontrará auxilio contra esta enfermedad’. Durante los siglos XIV y XV, en muchas casas del sur de Francia y del norte de España, se escribían las

letras V.S.R. (*Vive Saint Roche*) como conjuro contra la peste. San Roque es representado por lo general como un joven peregrino con barba, que descubre su rodilla para mostrar los bubones de la peste. Sus emblemas son variables, a saber: vara o sombrero de peregrino, bolso o también el perro con el pan. Una lámina que se imprimió en Núremberg en 1484, en ocasión de la epidemia de sífilis y que pasa por ser una de las más antiguas ‘hojas de la peste’, es el grabado en madera de Michael Wolgemut, representando a San Roque. Aquí se muestran todos los emblemas del santo. Un ángel con un tarro de pomada cura los bubones de la peste. El modo con que el Tintoretto representa al santo en los célebres cuadros de San Roque en Venecia, curando enfermos de peste, denota sus propios conocimientos sobre los tormentos de estos enfermos. Aquí, el santo es ante todo un enfermero y de sus emblemas solamente se ve el perro bajo el lecho” (62). En esa misma obra, unos amorcillos sostienen el sombrero de San Roque, mientras que, en su actitud, el perro reclama el pan que tienen en sus manos.

San Roque murió en 1327. Sus reliquias fueron enviadas furtivamente a Venecia donde todavía son veneradas. Cuenta la leyenda que, en 1414, durante el Concilio de Constanza, estalló la peste y se ordenaron procesiones y plegarias públicas en honor al santo. La peste cesó de inmediato. En el Concilio de Ferrara —en 1438— fue reconocido oficialmente como santo sanador de los enfermos apestados.

Esta es la biografía de San Roque más aceptada. Confirmando aquello que la mitología popular deforma los hechos y los acomoda a su propia liturgia, existen otras historias de su vida. Una de ellas es la que dice que Roque era hijo de Juan, gobernador de Montpellier que representaba al rey de Mallorca, y de Liberia. Desde niño, como anticipándose a los hechos que lo santificarían, llevaba una cruz sobre su pecho. Otros, incluso, señalan su fecha de nacimiento posterior a la Peste Negra. Su muerte, sostienen algunos biógrafos, ocurrió en presidio donde fue a parar por mendigo y luego de cinco años de cárcel. Lo cierto es que la devoción a este santo hizo que su imagen estuviera presente en muchas capillas e iglesias europeas y americanas. En su memoria se levantaron tres principales templos en Montpellier, París y Venecia.

La plegaria dirigida por los fieles a San Roque era bien explícita que se trataba de que les evitara las pestilencias: “¡Oh, Glorioso Roque!, a quien el Todopoderoso concedió la gracia especial de librar de la peste a los pueblos afligidos con tan espantoso azote; cuya virtud fue objeto de admiración en la misma Roma, adonde fuisteis cuando estaba tocada de aquel mal, empleando vuestro valimiento con el Señor para que de él la librase, como así lo hizo; presentad nuestras súplicas al trono del Altísimo, interesándolo por nosotros, para que por vuestros méritos e intercesión nos preserve el Señor de semejante

calamidad, y seamos libertados así de ella como de todo lo que pueda turbar nuestra tranquilidad, y sernos de obstáculo a la salvación. Amén”.

San Sebastián –quien nació en Narbona–, de familia noble y con la mayoría de sus miembros de carrera militar, es el otro santo sanador de la peste de la hagiografía cristiana. Su vida y su obra escapan a la época medieval: estaba convertido a la nueva religión cuando, en 269, ingresó en el ejército romano –y llegó a ser capitán de la primera corte de la guardia pretoriana– donde gozó de la estima de sus superiores, entre ellos los emperadores Diocleciano y Maximiano. Sin embargo, tomó su misión como obra de caridad: consoló a los cristianos sometidos a los duros castigos de la época y trató de convertir a los paganos al cristianismo. Esto provocó la ira de sus protectores que tomaron esa actitud como una traición al comprobar que el amado soldado romano era un militante religioso. La venganza del emperador no tardó en llegar y se lo condenó a morir a flechazos a campo abierto en manos de los arqueros de Mauritania. Al dejarlo por muerto, lo recogió una viuda de nombre Irene que curó sus heridas y Sebastián sanó rápidamente. Pero lo que podría haber sido un escarmiento renovó la voluntad del santo y se presentó ante Diocleciano en el Palatino exhortándolo a no adorar a sus falsos dioses. El efecto sobre el emperador fue negativo y ordenó que se lo apaleara hasta morir y que su cadáver fuera arrojado en la cloaca máxima, para impedir que los cristianos orasen sobre sus despojos. Fue, en ese momento, que el santo se le apareció a Lucina, matrona muy religiosa, y le indicó dónde hallar el cuerpo, que fue colocado en una cripta de las catacumbas sobre la Vía Apia. El papa San Inocencio I hizo adornar ese sepulcro con mármoles y, desde entonces, lleva su nombre.

La leyenda cuenta que San Sebastián hizo prodigios contra la peste en dos ocasiones: en 680 en Roma y en 1575 en Milán. Las flechas que lo atraviesan simbolizan la epidemia mortal, que es como una lluvia maléfica (así está considerada en *La Ilíada*). Desde entonces es protector de las enfermedades pestíferas. Sus reliquias, guardadas en principio en su sepulcro, son veneradas y están repartidas por el mundo entero. El 19 de enero es el día de la conmemoración del martirologio del santo.

San Sebastián “fue uno de los modelos predilectos de los pintores. Así, se ve que el Veronés lo pinta yacente y rodeado de personas, Mantegna atado a una columna y con su cuerpo como un erizo de flechas, Durero– en un grabado en madera– con actitud triste y resignada, Hans Holbein el Viejo con arqueros que hacen puntería, el Sodoma atravesado por tres flechas y con un ángel que lleva su corona, Tiziano con aspecto vigoroso y atlético que contrasta con la expresión mística con que lo recrea Ribera, van Dyck siendo liberado de sus ataduras y Rubens rodeado de ángeles, mientras un amorcillo le arranca la flecha clavada en su pecho. Todas estas hermosas obras

decoran distintos museos: los de Venecia, Londres, Múnich, Roma, Florencia, Berlín, Leningrado, del Prado, etc.” (63). Esta apetencia de los artistas sobre la representación de su figura hizo que se lo apodara el Apolo cristiano.

Entre la oración y los menjurjes poco se pudo hacer en la Edad Media contra la incógnita de la virulencia de las pestes y la gran mortalidad que ocasionaron. ¿Qué nos enseña la presencia de estos santos sanadores en el caso de la peste? Que la desesperación del hombre frente a lo desconocido y ante su inexorable final lo invita, o más que lo invita, lo impulsa a la búsqueda de la ayuda que escapa a lo racional, llámense dioses, magia o creaciones de la imaginación y del espíritu. Así como sucedió en la Edad Media, el hombre, como ser finito y consciente (Nicola Abbagnano), jamás pudo desistir de esta actitud.

VIII. La peste se difunde

Aquello que los santos sanadores no podían hacer, con menos razón torcerían los hombres, y la peste seguía su camino sembrando terror y muerte. Sobre aquello que ocurría en París un cronista escribía “que era tan alta la mortalidad entre la gente de ambos sexos, más jóvenes que viejos, que era imposible enterrarlos”. Desde esa ciudad, por el continente, la plaga llegó a la costa norte en agosto de 1348. En esa región, la violencia del invierno hizo declinar la intensidad del azote que, en la primavera, retornó con una furia inusual, predominando la forma pulmonar que evidentemente era la peor. El rey había salido de París para Normandía y, por ese periplo, la peste lo perseguía. En Rouen el duque de Normandía donó tierras para un nuevo cementerio; en Bayeux, el obispo y muchos religiosos murieron; en La Graverie, a cuatro millas de Vire, “los cuerpos de los muertos caían en descomposición sobre las camillas en que habían exhalado su último suspiro”. La epidemia abatió el área durante tres meses y en septiembre de ese mismo año todo terminó. Amiens debe haber sufrido un rebote de la epidemia.

En agosto de 1348, la peste llegó a Burdeos y recordemos que causó la muerte de la joven princesa, sobrina del rey de Inglaterra, que viajaba para encontrarse con su futuro marido, el rey de Castilla.

Desde Normandía atravesó el canal de la Mancha y penetró en el sur de Inglaterra. En ese mismo verano, desde Italia cruzó los Alpes y pasó a Suiza y se difundió por el oriente hasta Hungría. Europa central fue atacada (invasión si hablamos de ratas enfermas) por varios puntos: desde Francia, Suiza y los Balcanes. Para julio de 1348 había cruzado los Alpes tirolese y devastaba Bavaria. Al final de ese año remontaba el curso del Mosela y castigaba al norte de Alemania.

En Siria, adonde llegó en noviembre de ese fatídico año, fue especialmente feroz. En Frankfurt del Main, dos mil personas morirían en 72 días; en diciembre fue registrado el primer caso en Colonia. Siete mil personas fallecieron en Mainz, 11 mil en Munster, 12 en Erfurt y casi siete mil en solo cuatro parroquias de Bremen.

Viena fue conmovida por la peste entre la primavera y el otoño tardío de 1349. La población identificaba a la plaga como la *pest jungfrau*, que únicamente tenía que levantar la mano para infectar a la próxima víctima. Se creía que, con la forma de una llama azulada, volaba por el aire emergiendo de la boca de los muertos.

Los horrores de la peste en Alemania fueron similares a los de Italia y Francia pero existió una diferencia notable con respecto al número de religiosos que sucumbieron por su causa. La plaga cayó con excepcional

violencia sobre el clero germano, quizá por la gran dedicación y valor con que cumplieron la tarea. La importante disminución del personal religioso –en 1349 y 1350– ocasionó un aumento de los beneficios que concedió la Iglesia, el cierre de muchos monasterios e iglesias parroquiales y un incremento de jóvenes inexpertos y mal educados como sacerdotes. Como consecuencia la Iglesia germana se debilitó y fue el campo propicio para que cualquier enérgico intento reformista encontrase un sinnúmero de aliados y una débil oposición.

Una por una, las ciudades alemanas habían sido devastadas. Entre la mitad y los dos tercios de la población de Hamburgo pereció; el 70% de los habitantes de Bremen murieron; en Lübeck sucedió algo similar con la cuarta parte de ellos. Solamente Bohemia se salvó de la masacre quizá por su lejanía de las rutas comerciales tradicionales aunque, durante la breve epidemia de 1380, la región fue tratada con la mayor crudeza.

En determinados territorios la peste sembraba la muerte por cuatro o seis meses y desaparecía, excepto en las grandes poblaciones en las que, enraigándose en los hacinamientos urbanos, se aplacaba en invierno y reaparecía en primavera y hacía estragos durante otro medio año. En 1349, resurgía en París, se extendía a Picardía, Flandes y los Países Bajos, Inglaterra, Escocia e Irlanda. Los puertos del Hansa y los reinos escandinavos también conocieron el Terror Negro.

Escandinavia fue atacada por vía de Inglaterra. Fue llevada por un barco cargado de lana que partió de Londres en 1340. El buque llevaba consigo la plaga que, en pocos días, abatió a toda la tripulación. La nave fantasma navegó a la deriva hasta encallar en Bergen (Noruega). El derrotero de la peste la llevó de allí a Suecia, Dinamarca, Prusia, Islandia (que perdió casi la totalidad de sus habitantes) e, incluso, a Groenlandia. Dejó intacta Bohemia, como hemos visto, y a Rusia hasta 1351. Hasta mediados de 1350 había recorrido toda Europa. En 1351 cruzó el Oder y se hundió en Polonia y las estepas rusas. En 1356, volvió a Caffa, de donde había partido.

Provocó en Europa, en su periplo, 27 millones de muertos, y en todo el mundo 43 millones. Recordemos las palabras de Froissart: “La tercera parte del mundo desapareció”.

La epidemia, poco a poco, se convertiría en endemia. De 1363 a 1366 azotó a Constantinopla, Alemania e Inglaterra. Entre 1395 y 1424 devastó España y Rusia. En 1438, Erfurt, Ulm y Núremberg soportaron nuevos embates. En París, en solo dos meses de 1450 murieron 40 mil personas. En 1457, Ladislao, rey de Hungría, sucumbió con su tropa por la enfermedad.

Volviendo a la Peste Negra, en general, puede decirse que Prusia, Bohemia y Austria sufrieron menos que Italia y Francia. Empero, en Alemania la Muerte Negra tuvo un rasgo muy peculiar: originó dos de sus más nefastas consecuencias: el movimiento de los Flagelantes y la persecución a los judíos.

Tal vez consecuencia del temor a la Peste Negra, esa gran tragedia, en una actitud en cierto modo similar al *lak* de los malayos o al *piboklo* de la

mujer esquimal, en julio de 1374 se produjeron en Aquisgrán (Alemania) epidemias de tarantismo, variedad de manía danzante atribuida a la picadura de la tarántula (irreal por cierto) que se creía se curaba de esa forma. Bailando semidesnudos, hombres y mujeres, con coronas en sus cabezas se lanzaban a danzar por las calles. Con el nombre de “baile de San Vito y de San Juan”, patronos de estos enfermos, el tarantismo se extendió por Lieja y Maastricht y luego por Europa occidental. Los posesos gritaban y bailaban durante horas hasta caer exhaustos. Esta “plaga de la danza” tuvo un culto que fue practicado por los enfermos que padecían convulsiones, a la que llamaban “danza sagrada”. Celebraban su festividad principal el día de San Juan.

El tarantismo persistió hasta el siglo XVII y afectó a las masas en épocas de desastre.

IX. La Hermandad de los Flagelantes

La Hermandad de los Flagelantes o los Hermanos de la Cruz fue un extraño movimiento que se originó en 1348 en Hungría pero echó raíces y creció en Alemania, probablemente porque los sentimientos religiosos se hallaban irritados por la interdicción papal contra Luis de Baviera y, además, por la aparición y concurrencia de esas causas naturales a las que era afecto el pensamiento griego: los terremotos, que habían sucedido en ese país. Pero si esas fueron las causas, tal vez más lógico hubiera sido su inicio en Italia, la casa natal de la flagelación colectiva y privada, centro de un papado que había sido trasladado a Aviñón (Clemente VI, que ocupó el podio pontificio entre 1342 y 1352, de nombre Pierre Roger de Rosiere, era francés).

El método por el cual la Hermandad reclutaba a sus adeptos aún no está claro. Durante las marchas constituían una larga fila serpenteante, ubicados de dos en dos, usualmente en grupos de 200 a 300 personas. Los hombres y las mujeres marchaban separados, como no podría ser de otra manera; estas iban en la retaguardia. A la cabeza lo hacía quien oficiaba de jefe del grupo, el Maestro, con dos lugartenientes que portaban estandartes de terciopelo púrpura y con atuendos de oro. Excepto por ocasionales himnos que entonaban, lo hacían en silencio, con sus testas y sus rostros cubiertos con capuchas y sus ojos fijos en la tierra. Los vestidos eran uniformemente oscuros con cruces rojas en pecho, espalda y cabeza.

Cuando se acercaban a un poblado las campanas de las iglesias comenzaban a redoblar y los habitantes de la villa salían a su encuentro. Se dirigían de inmediato a la iglesia donde cantaban especiales letanías. En general, los religiosos de la ciudad aceptaban de buen grado esa intromisión y unos pocos compartían con ellos el escenario principal. La mayoría ocupaba un discreto segundo plano y los dejaba hacer. No obstante, un puñado de clérigos de diversas comarcas trató de impedirles el uso de las instalaciones religiosas.

Aunque a veces los flagelantes utilizaban la iglesia para sus propios ritos, era habitual que prefirieran el mercado u otro sitio abierto para conducir el servicio. Necesitaban espacio y espectadores. Allí, los miembros de la Hermandad formaban un círculo, se desnudaban hasta la cintura, mientras apilaban sus ropas en el centro de ese circuito que habían creado. Los enfermos del pueblo los acompañaban esperanzados en obtener de ellos una mejoría a sus males. En alguna ocasión, al menos, un niño muerto fue depositado en el centro del círculo mágico con la expectativa de verlo resucitar.

Luego, los Flagelantes marchaban alrededor del círculo hasta que, a una señal del maestro de ceremonias, se arrojaban al suelo adoptando –en general–

la postura del crucificado. Otros, que cargaban sobre su conciencia pecados especiales, tomaban posiciones particulares, tales como el adúltero que daba su rostro contra la tierra o el perjuró que se recostaba levantando tres dedos hacia lo alto. El Maestro, entre tanto, se paseaba entre los cuerpos caídos y apaleaba sin piedad a quienes hubieran cometido graves crímenes u ofendido la férrea disciplina de la Hermandad.

Después sería el momento de la flagelación colectiva. Cada hermano portaba un látigo con tres o cuatro correas de cuero que terminaban en un clavo de metal y con él comenzaban a azotarse rítmicamente en la espalda. Tres de los hermanos actuaban como directores conduciendo la ceremonia desde el centro del círculo, en tanto el Maestro caminaba entre los feligreses urgiéndolos a pedir el perdón de sus pecados. Mientras tanto, los sectarios entonaban el cuerpo y el espíritu cantando a viva voz el himno de los flagelantes. El ritmo de los golpes y el frenesí crecía. Los flagelantes se arrojaban al piso, luego se elevaban y repetían el castigo –por dos veces consecutivas– en una orgía de dolor y sangre. Cada autoflagelante trataba de superar a su vecino en el sufrimiento y se sumergía en un frenesí en el que el dolor dejaba de ser consciente. Rodeándolos, los vecinos del lugar que sollozaban, gemían y temblaban, los alentaban para que continuaran con esa labor.

Esas escenas se repetían dos veces al día y una durante la noche y el espectáculo adquiría su mayor jerarquía cuando moría uno de los hermanos a raíz del castigo. El público quería sangre, dolor y muerte y lo tenía. En algunas comarcas de Europa aún se renuevan –siempre con fines religiosos– estos autocastigos colectivos, habitualmente de hombres jóvenes.

Henry de Hereford relataba: “cada látigo era un palo con tres colas cada una de las cuales grandes nudos colgaban. Entre los nudos había clavos tan agudos como agujas. En estas justas hacían restallar sus cuerpos desnudos hasta que el tegumento se hinchaba y se tornaba lívido, la sangre salpicaba la tierra y manchaba la pared cuando se azotaban dentro de las iglesias [...]”. Sin embargo, a pesar de las numerosas crónicas resulta imposible aceptar que los flagelantes sometiesen sus cuerpos a tan dura prueba durante 33 días, dos o tres veces diarias. Las reglas de la Hermandad excluían el baño, el lavado y el cambio de ropas. Sin medicamentos adecuados y en esas condiciones desastrosas es inaceptable pensar que un número muy grande de ellos pudiera haber sobrevivido a una peregrinación completa. Se nos ocurre reflexionar que tanto esas terribles flagelaciones como la lógica pérdida de sangre estarían reservadas para ocasiones especiales.

En un primer momento constituyeron un cuerpo regulado y disciplinado. Los nuevos aspirantes debían tener el permiso previo de sus esposas o sus maridos y confesar todos sus pecados desde la edad de siete años (los números eran clave). Prometerían que ellos mismos se fustigarían durante 33 días y ocho horas, cada día por cada año de la vida de Cristo sobre la Tierra y demostrar que poseían fondos

económicos suficientes como para aportar cuatro días por cada día de peregrinación para solventar el costo de la alimentación. La absoluta obediencia al Maestro era condición indispensable y se deberían cumplir con las restricciones como las de no afeitarse, no bañarse, no dormir en una cama, no cambiar de ropas, ni tener charla o trato sexual con un miembro del sexo opuesto.

Los honorarios para el ingreso aseguraban que los pobres no tuviesen cabida en el movimiento y las estrictas reglas mantendrían alejados de la cofradía a quienes con un fin espurio quisieran dar rienda suelta a sus pasiones. Mientras tanto, el público estaba encantado de recibirlos: su arribo era un evento que interrumpía la monótona vida del aldeano. Una ocasión para celebrar y emocionarse. Si la peste había llegado al pueblo, la presencia de los hermanos era una esperanza de que Dios podía ser aplacado, como una reminiscencia pagana; si aún no había llegado, un reaseguro para su venida.

Sin ser un movimiento totalmente anticlerical, satisfacía a los que deseaban ver a los religiosos humillados o, sin llegar a tanto, en una segunda fila. Desde ya que los eclesiásticos no tuvieron ningún protagonismo en este movimiento, más aún, prácticamente no tenían oportunidad de actuar como Maestros o tomar parte de los consejos junto con los líderes de la Hermandad. Estos últimos se vanagloriaban de su independencia de la Iglesia.

En sus comienzos la Hermandad parecía tan burguesa y respetable que todavía algunos ricos mercaderes, y también unos pocos nobles, se unieron a la peregrinación cuyo fin primordial era alejar a la Peste Negra. Pero pronto las pretensiones mesiánicas de los flagelantes se incrementaron: empezaron por postular que el movimiento debía durar 33 años y solo debería cesar con la redención de la cristiandad y el arribo del milenio. Algunos de los hermanos creyeron poseer, y así lo alegaron, poderes sobrenaturales. Era común que la gente de pueblo supusiera que podían ahuyentar al Demonio, curar a los enfermos y resucitar a los muertos. Otros miembros llegaban más lejos aún: anunciaban que habían comido y bebido junto con Jesús y hablado con la Virgen. Tal como venían los acontecimientos la ruptura con la Iglesia era inminente e inevitable.

Algunos de los seguidores de la cofradía, esos espectadores de sus flagelaciones comenzaron a pedirle al Maestro la gran absolución de los pecados cometidos, una de las más sagradas e intocables prerrogativas eclesiásticas. Además, un cierto número de disidentes o clérigos apóstatas comenzaron a realizar oficios religiosos dentro del seno del mismo movimiento. Los flagelantes alemanes, por ejemplo, fueron los primeros en denunciar la jerarquía de la Iglesia Católica, ridiculizando el sacramento de la Eucaristía y negándose a reverenciar la hostia. Otros heréticos pronto hicieron causa común con ellos en esta postura contestataria contra la Iglesia. Se comentaron casos de la interrupción de un oficio religioso realizado en una iglesia por la entrada de los sectarios.

La pérdida de sus miembros burgueses a causa de esta postura poco o nada importaba a la cruzada de la Hermandad de los Flagelantes pero, en tanto que ellos viajaban de una comarca apestada a otra portando la infección y transmitiéndola a aquellos que pretendían socorrer, fue inevitable que algunos de sus miembros pudiesen, incluso quienes oficiaban de líderes. Entonces, para no disminuir su número y evitar el desmembramiento comenzaron a reclutar peregrinos, menos por su piedad y ascetismo que por su incapacidad para encarrilar sus vidas. Muchos aventureros y algunos bandidos se dieron cuenta de que para entrar en una ciudad era conveniente engrosar las filas del movimiento. Este había ido degradando el nivel social de sus adeptos en virtud de la necesidad de apoyo. Poco a poco los más respetables ciudadanos de Europa comenzaron a observar a los flagelantes con resquemor.

Hacia mediados de 1349, la Hermandad de los Flagelantes había establecido su coto de caza preferido en el centro y sur de Alemania. Desde allí, en forma rápida, se extendieron sobre Hungría, Polonia, Flandes y los Países Bajos. En marzo estaban en Bohemia, en abril en Magdeburgo y en Lübeck, en mayo en Würzburg y Augsburgo, en junio en Estrasburgo y Constanza, en julio en Flandes. El número de flagelantes era ya enorme y sus necesidades superaban muchas veces los recursos de los huéspedes. Un solo monasterio de los Países Bajos tuvo que alimentar a seis mil peregrinos durante seis meses. Cuando arribaban a Constanza se calcula que sus filas –engrosadas– daban lugar a 42 mil hombres. Si alguien osaba oponerse a sus deseos actuaban con una ferocidad sin límites: dos dominicos que intentaron interrumpir una de sus ceremonias fueron atacados con piedras y uno de ellos murió lapidado sin poder huir. Los magistrados de Erfurt trataron de impedir la entrada de los hermanos pero al verlos llegar ninguno de ellos ni de los pobladores se atrevió a desafiarlos. Mejor suerte tuvo el arzobispo Otto de Magdeburgo que los suprimió de cuajo. En Italia causaron muy poca impresión, y en Francia reunieron algún apoyo popular cuando el rey Felipe VI les impidió avanzar más allá de Troyes.

De acuerdo con Roberto de Avestury arribaron a Londres en mayo (o posiblemente en septiembre) de 1349, pero Walsingham trató de detenerlos o entorpecer su visita hasta 1350 cuando ya su importancia decrecía junto con la de la peste. En Inglaterra solamente encontraron indiferencia y aun hostilidad. Finalmente fueron deportados.

En mayo de 1348, el papa Clemente VI había protagonizado en Aviñón algunas ceremonias que tenían a la flagelación pública como sabroso ingrediente, pero pronto se sintió temeroso de lo que él, de alguna manera, había favorecido. Tal vez librado a su propia determinación hubiera actuado antes contra la Hermandad de los Flagelantes pero los miembros del Sagrado Colegio lo detuvieron. Promediaba 1349 cuando la autoridad papal decidió

consultar a La Sorbona y así envió a un monje flamenco, Jean da Fayt, quien había estudiado este fenómeno social en su tierra natal. Su conclusión fue muy desfavorable al movimiento y poco tiempo después de su llegada a la corte pontificia –el 20 de octubre de 1349– se publicó una bula papal, con copia para los obispos y arzobispos y cartas para los reyes de Francia e Inglaterra. La bula denunciaba a los flagelantes por desobedecer la disciplina de la Iglesia, por haberse asociado sin autorización, escrito sus propios estatutos, diseñados sus propios uniformes y realizado actos contrarios a los aceptados. A todos los prelados se les ordenó suprimir a los peregrinos y llamar al brazo secular de la ley en su ayuda.

Cuando una avanzada de los flagelantes llegó a Aviñón, Clemente VI lanzó una interdicción pública y prohibió la peregrinación. Rápidamente otros gobernantes siguieron su ejemplo y todavía fueron más allá: el obispo Preczlaw de Breslau hizo quemar vivo a un Maestro; Manfredo de Sicilia amenazó con ejecutar a cualquier hermano que pisara sus tierras.

El cronista Jean d'Outremeuse se refiere a las consecuencias de esta Hermandad cuando dice: “las buenas ciudades estaban llenas de dichos flagelantes, y lo mismo las calles; y se llamaban a sí mismos cofrades en signo de alianza [...] y empezaron a olvidar el servicio y los oficios de la Santa Iglesia, y en su locura y en su presunción mantenían que sus oficios y sus cantos eran más bellos y más dignos que los oficios de los sacerdotes y de los clérigos y por eso se temía que a fuerza de multiplicarse aquella gente acabaría por destruir la Santa Iglesia con su herejía y por matar a sacerdotes, canónigos y clérigos, por codicia de sus bienes y sus beneficios. Por la época en que dichos Flagelantes andaban por el mundo acaeció una gran maravilla que no debe olvidarse, pues cuando se vio que aquella mortalidad y aquella pestilencia no cesaban tras las penitencias de los golpeados (flageladores), se extendió un rumor general, y se decía en todas partes y se daba por cierto que aquella epidemia era obra de los judíos, y que los judíos habían metido poderosos venenos en las fuentes y los pozos de todo el mundo para contagiar la peste y para envenenar a la cristiandad; por ello poderosos y humildes se lanzaron enfurecidos contra los judíos, quienes fueron prendidos donde quiera que se los pudo atrapar y asesinados y quemados en todos los lugares por lo que los Flagelantes, iban y venían, por los señores y por los alcaldes [...]”.

Con respecto a la persecución a los judíos, tema del próximo capítulo, fueron los Flagelantes quienes se encargaron de la mayor parte de las matanzas. En julio de 1349, cuando un grupo de la cofradía de la Hermandad de los Flagelantes arribó en procesión a Frankfurt, se dirigieron directamente al barrio judío y masacraron a la población. En Bruselas la noticia de que los Hermanos se estaban acercando fue suficiente motivo para que se desencadenara una matanza a pesar de los esfuerzos del duque de Brabante

para detenerla. Fueron asesinadas cerca de 600 personas de esa religión.

La Hermandad de los Flagelantes “desapareció tan rápidamente como se inició cual fantasmas nocturnos o espíritus burlones”, según escribió Henry de Hereford, aunque poco tenían de burlones y mucho de sanguinarios. Subsistieron en diversas comarcas hasta 1357.

X. La persecución de los judíos

Las minorías étnicas o religiosas o sociales son siempre las grandes discriminadas. Ocurrió, ocurre y es probable que siga ocurriendo en la humanidad. Las raíces del antisemitismo en la Edad Media resultan difíciles de rastrear y se pierden en el tiempo. Pero existen algunos hechos puntuales. “El concilio de 1215, que impone el uso de una vestimenta distintiva, quiere impedir que los cristianos se unan a mujeres judías sin saberlo. El endurecimiento de la legislación no hizo más que oficializar las tendencias. Hacia 1100, los verdugos de Cristina (joven que había osado trabajar por su cuenta) se dirigieron a una vieja judía para arrancar el consentimiento a aquella por medios mágicos. A finales del siglo XII, la hostilidad contra los judíos es perceptible en todos los reinos y los reyes la explotan” (64).

Sostiene el historiador León Poliakov (65) que la antropología freudiana atribuye el proceso de socialización humana, e incluso el de mera hominización, a un complot del “hijo” contra el “Padre”. El temor a la conspiración –al margen de lo que se puede disentir– es tan antiguo como la misma historia del hombre. Se las describe en La Biblia, ya sea en los Salmos o en el Apocalipsis y también en *La Ilíada*, reflejo en las llanuras troyanas, según Popper (66), de las intrigas entretejidas en el Olimpo. En Roma, Salustio autor de *La conjuración de Catilina*, consideraba a los complots como el elemento más importante del futuro político del Imperio. También la génesis del cristianismo se relaciona estrechamente con una conspiración de los judíos, o de los principales judíos, narrada en forma parecida por los cuatro evangelistas. Luego, San Justino y poco después San Tertuliano reafirmaron la idea de un complot anticristiano. San Jerónimo y San Juan Crisóstomo también lo recrean aunque es justo decir que la literatura de la época no se inquietó demasiado por esta manera de “peligro judío”.

El estado social y económico de los judíos fue una consecuencia del lugar donde los colocó la misma sociedad. Dirá Ernest Renan: “La Edad Media le reprochó al israelita la misma profesión a la cual lo condenó”. La prohibición canónica de que los cristianos cobraran interés por sus préstamos hizo que los judíos se encargaran de ello; por otra parte luego de la diáspora se les prohibió la posesión de tierras y algunas profesiones le fueron vedadas, y siempre tuvieron nostalgias de su pasado agrícola que recordaban con periódicos festejos.

Durante la Edad Media imperó una actitud diferente. No se trataba de

que las autoridades cristianas, empezando por los propios pontífices, temieran alguna agresión judía; no obstante sus prédicas sobre el pueblo deicida acabaron por generar creencias populares dirigidas directamente contra ellos. Incluso esto queda bien aclarado por Poliakov (67) que en una entrevista expresa: “Por un lado son condenados a un castigo eterno pero por otro, deben ser preservados por su condición testimonial. Encontré en un diccionario teológico del siglo XV, la *Summa Angelica*, esta definición respecto de los judíos: ‘Ser judío es un delito, aunque no punible como un cristiano como en el caso de un hereje’. El judío no es solo un paria sino un paria privilegiado. Se puede, por consiguiente, no solo ser judío sino actuar como judío’, es decir, cumplir otra función específica prestar a un determinado interés”.

A partir del siglo XII surge la leyenda de un asesinato ritual de un niño, mística venganza judía que cada año se celebraba en Pascuas por orden de un cónclave rabínico cuyas funciones tiene un poco de gobierno secreto. Esta temática y sus derivaciones, tales como la profanación de hostias, logran un gran desarrollo literario desde Mathieu Paris y Godofredo Chaucer, en los siglos XIII y XIV hasta Dostoievski y su intérprete Rosanov en los siglos XIX y XX. Amén que el siglo XIV fue el más rico en Europa de crisis y catástrofes de todo tipo.

La Guerra de los Cien Años dejó exhaustas a Francia y a Inglaterra, en tanto que Alemania se revolvía en la más completa anarquía. Eso en lo que atañe a las contiendas políticas pero también estaban las luchas sociales: la *jaquerie* en Francia, insurrecciones de campesinos en los Países Bajos y en Inglaterra y violentos levantamientos urbanos, “revoluciones democráticas” que en la mayoría de las ciudades de Alemania, Italia y Flandes enfrentaron a las ambiciosas corporaciones profesionales de la aristocracia desgastadas por el ejercicio del poder. Agreguemos a ello calamidades naturales como jamás habían conocido los europeos: el hambre de 1315 a 1317 y, poco después, nuestra protagonista: la Muerte Negra.

Con este ambiente, más los innumerables excesos antijudíos de los siglos anteriores que incluso brotaban espontáneamente (68), se había abonado el terreno en forma más que suficiente para que en todo desastre o crisis grave, el pueblo tendiera a responsabilizar al otro, al distinto, al de la minoría.

En 1315, la peor hambruna de la historia se abatió sobre el continente. El verano de 1314 fue lluvioso, pero en el de 1315 sobrevino un diluvio. La cosecha fue ruinosa y en territorios como Flandes, donde amplias zonas quedaron inundadas, puede afirmarse que nula. Geoffroi de París relata que se imploraba al Cielo: “Canónigos y colegiales [...] a Dios por doquier iban a rogar que a la tierra Bonanza quiera dar. Pero la espera fue larga [...]. Hubo gran carestía y gran hambre, y de vino y pan falta grande”. En París y en Anvers morían centenares de personas que hasta se las veía caer en la calle.

En todos los pueblos el desastre era similar. El canibalismo no fue una rareza; ante la falta de harina en las panaderías se fabricaba pan “con las heces del vino y cortezas vegetales”. El precio del trigo subió de 12 a 60 sueldos por sextario.

Las cosechas de 1316 y 1317 también fueron malas, y recién mejoraron al año siguiente, pero en algunas regiones las epidemias y las conmociones sociales se prolongaron durante mucho tiempo. Así, en 1320, los campesinos del norte de Francia, hastiados por la miseria y el hambre abandonaron sus hogares con la esperanza de mejorar su situación. No sabían qué derrotero tomar pero finalmente se encaminaron hacia el Mediodía cuyo clima más templado era una tentación. Su movimiento se fue ampliando como una bola de nieve. Mientras tanto, los religiosos que los acompañaban buscaron darle a la empresa un contenido místico. Un joven pastor tuvo visiones: un pájaro milagroso se había posado sobre su hombro y transformándose en una joven lo exhortó a combatir a los infieles. De esta forma surgió la Cruzada de los Pastorcillos.

En su incontenible avance hacia el sur, los nuevos cruzados vivían saqueando a los otros pobres que encontraban a su paso y, sobre todo, encarnizándose con los judíos. No está claro como la Cruzada de los Pastorcillos llegó a Aquitania pero, una vez allí, se pudo conocer en detalle las tropelías que cometieron. La sangre judía corrió en Auch, Gimont, Castel Sarraui, Rabastenes, Gaillac, Albi, Verdun-sur-Garonne, Toulouse, sin que los funcionarios del rey intentaran detenerlos y, según parece, con la callada aprobación del pueblo.

Un cronista cristiano relata: “los Pastorcillos sitiaban a todos los judíos que, temerosos de su llegada, acudían de todas partes a refugiarse en cuantas fortalezas poseía el reino de Francia. En Verdun-sur-Garonne los judíos se defendían heroica e inhumanamente de sus sitiadores lanzándoles desde lo alto de una torres innumerables piedras, vigas, o a sus propios hijos incluso. Pero de nada les sirvió su resistencia, pues los Pastorcillos mataron un gran número de judíos, asediados por el humo y el fuego, prendiendo fuego a las puertas del castillo. Los judíos se dieron cuenta de que no escaparían con vida y prefirieron matarse antes que perecer en manos de los incircuncisos. Entonces escogieron a uno de los suyos, que les pareció el más vigoroso para que los degollara. Este mató casi quinientos con su consentimiento. Luego bajó de la corte con los pocos niños que quedaban con vida. Solicitó a los Pastorcillos una entrevista y les contó lo sucedido, pidiendo ser bautizado con los niños que quedaban. Los Pastorcillos le respondieron: ‘Has cometido semejante crimen con tu propia raza, ¿y así pretendes escapar a la muerte que mereces?’. Y lo descuartizaron. Perdonaron a los niños, a los que mediante el bautismo convirtieron en católicos. Continuaron actuando del mismo modo

hasta los alrededores de Carcasona y a su paso menudearon los crímenes [...]”.

Cansadas, las autoridades finalmente decidieron actuar contra los Pastorcillos quienes, luego de acosar a los judíos, la emprendieron con los clérigos a quienes llegaron a agredir. Desde Aviñón, el papa Juan XXII exhortó a una prédica religiosa contra estos y, desde París, el rey Felipe V ordenó a su ejército que los dispersara. Cuando expiraba 1320, ya no se escuchaba más hablar de este grupo de delirantes. Solamente se sabe que atravesaron los Pirineos y protagonizaron algunas matanzas en España. Si se puede dar crédito a un cronista posterior llamado Ibn Verga, el “terror de los pastores” lo sufrieron 120 comunidades judías de Francia y España (69).

Poco tiempo después, en los mismos lugares en que los judíos fueron martirizados y presumiblemente como consecuencia de una nueva superstición, apareció otra acusación contra ellos. Durante el verano de 1321 surgió en Aquitania el rumor de que se estaba urdiendo una conspiración entre los enfermos de lepra y los judíos; los primeros como ejecutores y los segundos como dirigentes, para asesinar a todos los cristianos envenenando sus pozos y sus manantiales. Los detalles son tan horribles como pintorescos: utilizaban una mezcla compuesta por sangre humana, orina y tres hierbas secretas, a la cual se le había añadido polvo de hostia consagrada. Esta preparación había sido introducida en pequeños sacos y arrojada en los pozos del país. Un paciente leproso adulto capturado en tierras del señor Parthenal había confesado todo, agregando que el veneno se lo había proporcionado un judío rico quien le había pagado diez libras por el trabajo y prometido más dinero si llegaba a reclutar a otros enfermos para la maléfica obra. Otra leyenda, a su vez, contaba que el menjurje estaba compuesto por patas de sapos, cabezas de serpientes y cabellos de mujer, impregnado todo en un líquido “muy negro y maloliente”. Empero, los judíos no estaban considerados los únicos responsables del complot. Merced a unas “cartas árabes” interceptadas y traducidas por el sabio Pierre d’Acre en el fondo de la conspiración parecían estar los reyes de Granada y de Túnez.

Las versiones variaban en su contenido pero no en su fin principal: la persecución a los judíos. El problema –según Perednik (70)– aparentemente nació con la profanación de las hostias. “El mito se basaba en los supuestos poderes sobrenaturales de la hostia, y en el prejuicio de que los judíos anhelaban renovar en Jesús los sufrimientos de la pasión. Su perfidia era tal, se aducía, que no abandonaban los tormentos aun cuando la hostia emanaba sangre y sonidos, o se echaba a volar (la emanación de sangre puede explicarse por un honguillo de color escarlata que se forma en lugares secos. Se lo denomina *Micrococcus prodigiosus*). (Nota del autor: no es un hongo sino una bacteria).

“La primera supuesta profanación fue en Belitz (cerca de Berlín) en 1243. Un grupo de judíos y judías fueron quemados en la hoguera en lo que pasó

a denominarse *Judenberg* (monte de los judíos). Debido a la protección de los papas en Italia hubo pocos casos pero el mito se expresó en el arte, como la *Desacralización* de Paolo Uccello (m. 1475) pintada para el altar de la *Confraternidad del Santo Sacramento* en Urbino. El arte también lo reflejó en Inglaterra, aunque de allí los judíos fueron expulsados antes de que se difundiera la idea de hostias desacralizadas. La acusación incluyó el drama *Sacramento de Coxlón*, escrito en 1491, dos siglos después de la expulsión”.

Como las leyendas modifican a menudo actores y lugares, existen otras versiones que difieren levemente en la cronología (71).

Aunque esta insólita historia de los judíos envenenadores alcanzó pocos años más tarde una difusión y una gigantesca credibilidad, en un primer momento sus consecuencias fueron limitadas. El terror y la furia del populacho produjeron algunos linchamientos. Una crónica refería fríamente que “el pueblo llano hacía justicia sin apelar a oficiales ni magistrados”. Felipe V, rey de Francia, aprovechó el momento para complacer al pueblo y engordar sus arcas y envió detalladas instrucciones a los alcaldes y a funcionarios menores para ponerlos al tanto de las intenciones de los judíos y de los enfermos de lepra, como así también ordenarles una investigación sobre las actividades de los judíos de cada jurisdicción. Se produjeron numerosas detenciones procesos en toda Francia, en Aquitania y en Champaña en donde, según los relatos de la época, cuarenta judíos se suicidaron en la cárcel de Vitry-le-François y en Chinon (Turena) 160 de ellos murieron en la hoguera. Las confiscaciones que se sucedieron a renglón seguido, el objetivo más importante del operativo, se extendieron –incluso– a los judíos reconocidos como inocentes: los de París tuvieron que pagar una multa de 5.300 libras. La suma total desembolsada por la comunidad judía francesa para salvar su pellejo ascendió a 150 mil libras.

Este sádico círculo vicioso: iniciar una matanza y luego por temor a las represalias, acusar a las víctimas y atribuirles sus propias intenciones agresivas e imputándoles una crueldad propia, se repitió a través de los siglos en uno y otro país.

Quince años más tarde se producían en Alemania la misma sucesión de acontecimientos: con el telón de fondo que ofrecía la anarquía permanente que prevalecía en el país, dos nobles, los Armleder, obsesionados por sus propias visiones, iniciaron una matanza con el objeto de vengar a Cristo. En 1336, se producen asesinatos en serie de judíos en Alsacia y en Suabia, y las acusaciones se precisan después de acaecidos los hechos de sangre. En Deggendorf (Baviera) y en Pulba (Austria), surgieron historias sobre profanaciones de hostias que fueron el pretexto para nuevos crímenes.

Aunque se lo hubieran propuesto, los emperadores y los príncipes no tenían la autoridad suficiente para oponerse a estos desmanes. El rey Juan, por su parte, sentó un nuevo precedente al autorizar a sus súbditos de Liebnitz y

de Breslau a demoler los cementerios judíos para reparar las murallas de la ciudad con las losas de los sepulcros.

Y llegamos a 1347, cuando se inició la Muerte Negra que sentenció el destino de los judíos europeos cuya imagen, para los cristianos, estaría coronada con un halo de ceniza y azufre. En ese aspecto, 1347 se puede comparar a 1096, época en que ocurrieron matanzas de judíos relacionadas con la Primera Cruzada. Desde el punto de vista social, las repercusiones de la epidemia tuvieron dos efectos: inmediato, puesto que los judíos fueron diezmados en toda Europa; remoto, dieron lugar a la definitiva maduración del antisemitismo.

“La gente se preguntaba cuál era el motivo de la peste. Las personas cultas, los médicos en especial, escribían sabios tratados que concluían, según las mejores reglas de la escolástica, que la epidemia encerraba dos clases de motivos: causas primeras, de orden celestial (conjunción desfavorable de los astros, terremotos), y causas segundas o terrestres (corrupción en el aire, envenenamiento de las aguas), mientras que algunos precursores avisados ya mencionaban la hipótesis del contagio. Las mentes más simples no reparaban en las sutilezas de los médicos: para ellos se trataba más bien de un castigo divino o bien de un maleficio de Satanás o de ambos a la vez, con la suposición de que Dios había dado plena licencia a su opositor para que castigara a la cristiandad. En esas condiciones Satanás actuaba como, siempre lo hacía: por medio de agentes que contaminaban las aguas y emponzoñaban la atmósfera, dónde podía reclutarlos sino en el seno de la hez de la humanidad, entre los pordioseros de todo género, los leprosos y, sobre todo los judíos, pueblo de Dios y pueblo del Diablo a la vez. Así fue que, a gran escala, obtienen su categoría de chivos emisarios [...]”.

Jean Froissart le Hennuyer, nacido en Valenciennes en 1338, considerado el historiador de la época, escribía: “por el mundo entero corrió una enfermedad denominada epidemia, de la que murió la tercera parte de los hombres [...] y se solía decir y se creía con certeza que esta epidemia procedía de los judíos, y que los judíos habían echado grandes venenos en las fuentes y en los pozos de todo el mundo para apestar y envenenar a toda la cristiandad; por eso, grandes y pequeños sintieron mucho enojo contra los judíos, hasta apresarlos por doquiera que pudiesen ser cogidos, y condenarlos a muerte y quemarlos en todas las moradas [...] salvo en Aviñón y en las tierras de la Iglesia, bajo las alas del papa, pues la Iglesia nunca cree que haya que condenarlos a muerte [...] (72).

Pero el problema era muy anterior a la Peste Negra y siempre tenía la misma característica de la falsa acusación. “El 26 de septiembre de 1248 el papa Clemente VI –dice Johnson (73)– emitió una bula en Aviñón refutando la afirmación e imputándola al demonio: sostuvo que los judíos sufrían tan

intensamente como cualquier otro sector de la comunidad. El emperador Carlos IV, el rey Pedro IV de Aragón y otros gobernantes hicieron declaraciones análogas. De todos modos, la principal oleada de antisemitismo desde 1096 abarcó a más de trescientas comunidades judías, sobre todo en Alemania, Austria, Francia y España. De acuerdo con fuentes judías, seis mil perecieron en Maguncia y dos mil en Estrasburgo. Carlos IV comprobó que tenía que perdonar a las ciudades que asesinaban a sus judíos: ‘Se otorga el perdón por todas las infracciones que impliquen la muerte y destrucción de judíos, y que hayan sido cometidas sin el conocimiento real de los principales ciudadanos, o ignorándolo ellos, o de cualquier otro modo’. Este perdón data de 1350, cuando ya era sabido generalmente que los judíos no eran responsables”.

Se buscaban culpables de la Peste Negra y se los había encontrado en los marginados. Aquí los mendigos, allí los judíos... En algunas villas, como en Narbona, se ejecutaron a los pobres mendicantes. Por toda Europa se observaba a los peregrinos con horror: en 1346 a un grupo de portugueses se los acusó de envenenar los pozos y se los debió proveer de un salvoconducto para que pudieran regresar sanos a sus hogares. Pero en Narbona también se acusó a los ingleses. Sin embargo, como queda dicho, fueron los enfermos de lepra quienes rivalizaron con los judíos en sus roles de chivos expiatorios. En 1346, Eduardo III ordenó que los pacientes leprosos no podrían entrar más en Londres, remediando lo que había sucedido en 1321 con estos y los judíos en Languedoc.

Con mayor frecuencia se inculpó a los judíos y fue en vano que ciertos cristianos trataran de remarcar que la peste golpeaba tanto a esa comunidad como a los bautizados. En esta ola de violencia gratuita existían sentimientos conjugados de miedo y de odio. Usureros dudosos o artesanos laboriosos, ricos acreedores o modestos ropavejeros, los judíos conocieron algunos verdugos de turno. A veces la masacre.

El 4 de julio de 1348, Clemente III —como veremos luego (74)— lanza la excomunión para todo aquel que molestara a los judíos. De este modo, trataba de evitar la hoguera para una población israelita particularmente numerosa en Aviñón y las ciudades vecinas. En el condado Franco son arrestados, mientras que en Provenza, Saboya y en el Delfinado la violencia se incrementa. Los casos de persecución comenzarían en el sur de Francia en la primavera de 1348; en mayo ocurrió una masacre en Provenza, Narbona y Carcasona. Con especial esmero fueron exterminadas comunidades enteras.

En Saboya y en Suiza, donde en aquella época vivían pequeñas agrupaciones judías llegadas —en 1306— procedentes de Francia, de donde fueron expulsadas, se trató de sonsacar la verdad. ¿Habían realmente envenenado los pozos y los manantiales? Por orden del duque Amadeo de Saboya se arrestó a los judíos en Chambéry, Chillon y a orillas del lago de Ginebra.

Es posible que la locura no se hubiere extendido por toda Europa a no ser por el juicio de Chillon en septiembre de 1348 en el que, siempre los judíos, fueron acusados de envenenar ciertos pozos en Neustadt. El cirujano judío Balavigny confesó en medio de atroces tormentos aquello que sus jueces insinuaban. Según la versión que pudo exhalar como un suspiro Jacobo Pascal (Jacob de Pasche o Jacob de Pascate), rabino de Toledo, les hizo llegar por medio de un muchacho judío una bolsa de cuero que contenía polvos rojos y blancos, escondidos dentro de una cáscara de huevo. El rabino Pascal le ordenaba, bajo pena de *jerem* (exclusión del contacto social), arrojar un veneno que consistía en una mezcla singular de cuerpos resecos de víboras, de sapos y escorpiones, masa de hostia y “carne de corazón” de cristiano, dentro de los pozos más grandes de Thonon. Así lo hizo el joven y aconsejó a sus paisanos no beber de ellos. Declaró también –bajo apremios– que ninguno de los de su comunidad podía quedar libre de culpa porque el complot había sido comunicado a todos los judíos de la región. Una “evidencia” había sido encontrada: restos de una tela en la que los polvos venenosos habían sido guardados. Con lo cual la leyenda del homicidio ritual vendría a quedar confirmada.

Fueron obtenidas diez confesiones similares. El judío Aquet de Viele-Neuve confesó haber extendido el veneno por toda Europa: en Venecia, en Calabria, en Apulia, en Tolosa... Debido a estas confesiones, en septiembre de 1348, se levantaron hogueras para quemar a los judíos en diversos lugares de Saboya.

Desde aquí otra peste, la peste de la difamación se extendió hasta el norte, hacia Suiza. En el cantón de Aargav y en Berna circularon versiones de que los envenenadores habían sido capturados. Los miembros del consejo de la ciudad de Berna dirigieron cartas a sus homónimos de Basilea, Friburgo y Estrasburgo para darles a conocer que los judíos “arrojan venenos en todas partes”. En Zúrich se mandó a la hoguera a algunos judíos “culpables” y a los demás se los expulsó. En Constanza, Schagghausen, Überlingen y otras ciudades cercanas al lago Baden, se quemaba y se ahorcaba a los judíos y se les sometía al suplicio de la rueda. Pero los actos más terribles cometidos bajo el terror de la Peste Negra se produjeron en las ciudades alemanas.

En el mes de noviembre comenzó la persecución a los judíos, escribió el cronista alemán Henry de Diessenhaven. En ese mes de 1348, los judíos morían en la hoguera en Solothurn, Zofingen y Stuttgart; en diciembre en Landsberg, Burren, Memmingen y Lindau; en enero en Friburgo, Ulm y Speyer. En esta última ciudad los cadáveres eran apilados en cascos de vino y puestos a flotar en el Rin, río abajo. El turno de los judíos de Gotha, Eisenach y Dreden fue en febrero del año siguiente; en marzo, Worms, Baden y Erfurt.

Werner (75) sintetiza el problema con estas palabras: “From Lake Geneva

the rumor that the guilt of the e Jews been proved passed quickly into Switzerland. The frightful scenes of Savoy, were repeated. Bern requested the judicial documents from Savoy, and put its own Jews to the rack and the estate. In Zurich, Winterthur, and St. Gall, Jews were burned, baptized, or expelled. In Basel, despite the protest of the town council, a mob forced a number of Jews to crowd into a wooden house and island in the Rhine an on January 9, 1349, Set the building on fire.

In September, 1348, the Pope had intervened once more in favor of the persecuted. Clement VI declared the Black Death a scourge of God and painstakingly explained to Christians that the Jews were innocent of the crimes charged to them. The clergy too, were once again admonished to protect the Jews, and anathema was threatened for those who violated the papal injunction. But again the Pope's efforts were in vain". ("El rumor de la culpabilidad de los judíos había pasado rápidamente del lago Ginebra a Suiza. La espantosa escena de Savoy se repitió. Berna solicitó los documentos judiciales a Savoy, luego puso a sus propios judíos al potro de tormento y a la estaca. En Zúrich, Winterthur, y St. Gall los judíos fueron quemados, bautizados, o expulsados. En Basilea, a pesar de la protesta del consejero de la ciudad, una multitud forzó a un grupo de judíos a aglomerarse dentro de una casa de madera en una isla del Rin y, el 9 de enero de 1349, prendieron fuego al lugar. En septiembre de 1348, el papa intervino una vez más a favor de los perseguidos. Clemente VI declaró que la Muerte Negra era un azote de Dios y les explicó a los cristianos que los judíos eran inocentes de los crímenes de los que se los acusaba. El clero fue una vez más amonestado y se anatemiizó a todos aquellos que violaran el edicto papal. Pero nuevamente el esfuerzo fue vano").

La gran mayoría de los cristianos creía sinceramente la patraña de los judíos envenenadores, y en parte solamente simulaban creer en el cuento de que los judíos envenenaban las aguas del Rin, del Danubio, de los pozos y los riachos, para no malquistarse con la mayoría. No prestaban la menor atención ni a las bulas del papa ni a las advertencias del nuevo emperador Carlos IV (1347-1378) que reclamaría a las ciudades por los daños causados a la monarquía con el exterminio de los judíos.

A veces, los consejos ciudadanos dudaban de la culpabilidad de los acusados, como ocurrió en Basilea, Friburgo, Estrasburgo y Colonia. Algunos de ellos, "que consideraban a la peste como una plaga de Dios" (*plaga Dei*), tenían el propósito de proteger a los judíos de estos excesos que podrían traer la ruina del país.

En Alsacia, que poco tiempo anees había experimentado el movimiento de los Armleders, era candente la cuestión de la culpabilidad de los judíos; en Estrasburgo la lucha entre los partidos políticos estaba en pleno ardor. El

intendente de esta ciudad, Conrad Winterthur y dos miembros del consejo, el juez Turm y el jefe de artesanos Schwaber, defendieron a los judíos pero se toparon con que la mayoría de la población, sobre todo los artesanos, y el obispo eran furiosamente antijudíos. Unos querían librarse de ellos para no tener que pagar las deudas asumidas y recuperar las prendas entregadas en garantía; otros esperaban campos a bajo precio u obtener gratuitamente las casas y otros bienes de los judíos.

Como la “cuestión judía” planteada en esos términos generaba numerosos choques entre los partidos políticos; el Consejo de Estrasburgo convocó a delegados de otros consejos, junto con representantes de la nobleza y el clero, a una conferencia que tuvo lugar en la ciudad alsaciana de Basilea, en enero de 1349. En ella, los representantes de Estrasburgo demostraron que los judíos no tenían nada que ver con la peste que asolaba el país y exigieron la protección de los perseguidos, pero quedaron en minoría. Y la decisión tomada fue la de hostigarlos y expulsarlos de las ciudades de Alsacia y de Renania. Mientras tanto en Estrasburgo, la mayoría hostil a los judíos destituyó de sus cargos a los tres miembros projudíos de la municipalidad y los reemplazó por sus adversarios.

El 14 de febrero de 1349, varias semanas antes de que los primeros casos de infección fueran reportados, se reunió a todos los judíos en el cementerio –un total de dos mil personas– y se los encerró en un vasto recinto de madera la que se le prendió fuego por sus cuatro costados. Los desgraciados murieron quemados, excepto alguno que otro que consintió en ser bautizado para librarse de la hoguera. Los bienes de los masacrados se distribuyeron entre los ciudadanos que, justamente por el botín, habían provocado “el incendio de los judíos”. Versión algo modificada de la que dimos anteriormente, que hizo expresar a un cronista alemán de la época que “allí precisamente (en el deseo de disfrutar de los bienes de los judíos) estaba ese veneno que los aniquiló”. Otro cronista lo decía de esta norma: “¿Quieren saber quién aniquiló a los judíos? Fue la codicia de los cristianos”. El nuevo consejo de la ciudad resolvió prohibir por cien años la presencia de habitantes judíos en Estrasburgo.

Otras ciudades de Alsacia imitaron las acciones contra los miembros de esta comunidad. En Colmar se conserva hasta hoy un lugar al que se le daba el nombre de “agujero de los judíos” (*judenloch*), donde se los quemó en una hoguera durante la Peste Negra. En Schlestadt, la comunidad judía fue parcialmente asesinada y en parte expulsada. En Mülhausen se asesinó a todos los que no lograron huir. En Oberenheim, mediante torturas, se obtuvo la confesión de cinco judíos –luego condenados a muerte– de que habían envenenado el agua de siete pozos; las autoridades de la ciudad dieron inmediata información de ello al “consejo de los 40 elegidos para los asuntos de los judíos” que tenía su sede en Estrasburgo, es decir, al comité encargado

de liquidar sus bienes. En todas las ciudades las sinagogas pasaron a poder de los magistrados. Estos y los ciudadanos que así lo desearan se apoderaron de los bienes de los exterminados y de los expulsados. Todas las anotaciones que mostraran deudas contraídas con los judíos fueron declaradas nulas.

Nuevas agresiones no se hicieron esperar: pronto les tocó su turno a las más antiguas comunidades judías de Renania. Las ciudades renanas que habían presenciado el paso de las primeras Cruzadas, nuevamente fueron aturridas por los gritos desesperados de las víctimas judías. La comunidad de Speyer padeció la persecución desde enero de 1349, es decir, desde sus comienzos. En Worms el consejo de la ciudad resolvió mandar a la hoguera a los judíos invocando un escrito del emperador que entregaba esta comunidad a manos de los burgueses. Pero estos no esperaron la muerte que les propiciaría el verdugo: ellos mismos —el 1º de marzo— incendiaron sus casas y perecieron en las llamas. En aquellos días se esperaba un ataque a la gran comunidad de Maguncia, cuando por la ciudad marchaban procesiones de flagelantes; una parte de la ciudad decidió presentar lucha armada a esos potenciales enemigos. Ocurrido el choque, el grupo judío de autodefensa dio muerte a unos 200 atacantes, con lo cual la turba sanguinaria se irritó aún más.

Cuando los judíos advirtieron que no tenían escapatoria, incendiaron sus casas y se arrojaron al fuego. Se calcula que en estos sucesos murieron seis mil personas. En ese mismo día, un 24 de agosto, desapareció la vieja comunidad de Colonia. En un primer momento el magistrado de esta ciudad trató de detener a la multitud enardecida pero, al anochecer, el barrio judío fue tomado por asalto y durante toda la noche se escucharon los gritos de los moribundos mezclados con los alaridos de los asesinos. Se salvaron los pocos que lograron huir.

En ese mismo verano fueron destruidas las comunidades de Erfurt y de Francfort del Main. En esta última, poco antes del *progrom*, el emperador Carlos IV había celebrado con el concejo de la ciudad un acuerdo según el cual le cedía “sus esclavos de cámara”, es decir, toda la comunidad judía con sus ingresos hasta que los magistrados se hubieran cobrado el préstamo que había obtenido de ellos. Asimismo se estableció expresamente una cláusula según la cual el concejo de la ciudad quedaba libre de toda responsabilidad civil en el caso de que los judíos fuesen asesinados o saqueados. Un mes después de haberse celebrado este convenio, el 24 de julio de 1349, ingresó a la ciudad una banda de flagelantes y junto con ellos la peste. Se originó una nueva matanza.

En el otoño de 1349 cayó la comunidad de Baviera, y Núremberg tuvo el mismo fin que Fráncfort. Aquí también Carlos IV entregó a la gran comunidad judía al concejo de la ciudad eximiéndola de toda responsabilidad por su suerte. Cuando los gremios de artesanos y la turba de la ciudad derribaron el

concejo patricio, masacraron –como siempre– a los indefensos judíos.

De las grandes comunidades de Baviera solamente quedó intacta la de Regensburg. En Alemania Oriental padecieron Breslau, Königsberg y algunas ciudades de Brandeburgo. Bandas de “golpeadores de judíos” aparecieron también en Austria, pero aquí solamente sufrieron unas pocas comunidades. Viena padecerá más a la peste que al odio.

En Alemania el exterminio de los judíos llegó a extremos tales que, en las comunidades sin ellos o con un puñado de habitantes que profesaran esa fe, se asesinaron cristianos en los que se suponía que tenían antepasados judíos. Para establecer con más fuerza la responsabilidad de los judíos, algunos de los acusadores aseguraban que estos eran refractarios a la peste, que no les causaba la muerte o que atacaba a unos pocos de ellos. Esta gran mentira arraigó tan hondamente que algunos historiadores del siglo XIX volvieron a recrearla y quisieron explicarla por las mejores condiciones higiénicas de las viviendas de los judíos. Sin embargo, ya en ese tiempo, el cronista Conrad von Megenberg anotaba: “en numerosos pozos se hallaron saquitos llenos de veneno, y se asesinó a gran cantidad de judíos incalculable en Renania, en Franconia y en todos los países alemanes. A decir verdad, ignoro si algunos judíos lo hicieron. Si así hubiera sido, sin duda hubiera hecho empeorar el mal. Pero, por otra parte, sé muy bien que en ninguna ciudad alemana había tantos judíos como en Viena y allí fueron tantos que sucumbieron al azote que tuvieron que ampliar su cementerio y comprar dos edificios. En tal caso, habrían sido muy necios envenenándose a sí mismos [...]”.

Ninguna comunidad judía importante de Alemania, a excepción de las de Viena y Ratisbona, escapó a las matanzas de 1348.

El comportamiento de los gobernantes europeos frente a este hecho fue variable. El papa Clemente VI se comportó con determinación y responsabilidad. Ya hemos dicho que, antes y después de los juicios de Chillon, publicó las bulas que condenaban la masacre y llamaban a los cristianos a la tolerancia y el arrepentimiento. El emperador Carlos IV y el duque Alberto de Austria no hicieron lo mejor, en tanto que Ruprecht von der Pfalz tomó a los judíos bajo su protección personal y por eso fue llamado “protector de los judíos”.

En mayo de 1349, Federico de Turingia escribió al concejo de la ciudad de Nordhausen para relatarle cómo había quemado a sus judíos por el honor de Dios y les aconsejó hacer lo mismo. Carlos IV le ofreció al arzobispo de Trier los bienes de algunos judíos alsacianos “que ya han muerto o están por morir” y, le dio al margrave de Brandeburgo a elegir entre las mejores casas judías de Núremberg “cuando haya una próxima matanza de judíos”. Mayor invitación a la violencia sería difícil encontrar.

El concejo civil de Erfurt, cuando ofreció a los judíos a retornar a la ciudad, les advirtió francamente que no podía garantizar sus vidas.

Solo Casimiro de Polonia, de quien se dijo que estaba sometido a la influencia de su amante judía Esther, parece haber sido el único gobernante que tuvo éxito y logró detener la masacre.

Pedro IV de Aragón, teniendo en muy alta consideración a la comunidad judía de su reino, no pudo evitar que los habitantes de Barcelona, desmoralizados por la Muerte Negra y privados –debido a la alta mortalidad– de sus autoridades civiles, saquearan al barrio judío. El 22 de mayo de 1348, el rey mandó un nuevo gobernador a la ciudad con la orden de castigar a los culpables. Semanas después envió varias circulares a todo el país instando a la población a proteger a los judíos. Para febrero del año siguiente, el nuevo mandatario no había logrado aprehender a los responsables; el monarca se impacientó y se ajusticiaron algunos de ellos, entre ellos el verdugo público Bernal Ferrer. Habían transcurrido varios meses y no se había efectuado ningún juicio y, según se estima, los prisioneros fueron liberados. Entre tanto, diversas manifestaciones antijudías se produjeron en algunas ciudades de Aragón. Un desgraciado accidente en Tarragona terminó con la vida de 300 judíos. Nuevamente Pedro IV ordenó una nueva investigación que, finalmente, fue abandonada. No obstante, el rey aseguró que estas impiedades terminarían y favoreció personalmente a varios dirigentes judíos que habían perdido sus casas y sus fortunas.

La matanza de judíos de 1348 solo es comparable a la que tuvo lugar en el siglo XX. Hizo del judío un raro objeto de Europa. En total 60 grandes comunidades y 150 poblados más pequeños fueron exterminados, y se produjeron 350 masacres diferentes. Esta persecución ocasionó permanentes movimientos de masas, algunas de las cuales, como la concentración de judíos en Polonia y Lituania, han sobrevivido casi hasta el presente.

Los judíos regresaron poco a poco del oriente de Europa. Dos grupos reaparecieron en Erfurt –en 1354– como visitantes y otros se les sumaron y emprendieron un nuevo asentamiento tres años después. En 1365, la comunidad constaba de 86 personas tributables y otros tan míseros que se libraban de los impuestos. Tanto allí como en los demás lugares se apiñaban en grupos débiles y acobardados en peor situación y más segregados que antaño. Como eran útiles, las poblaciones que habían decretado su exilio los invitaban o consentían su retorno, imponiéndoles nuevas trabas. Los contactos de los eruditos, médicos y financieros “judíos de la corte” con los gentiles habían desaparecido. Los muros psicológicos de la segregación comenzaban a levantarse (76).

XI. La miseria

“Mísero”, en su origen etimológico del latín, tiene el significado de ‘desdichado’. ¿Y no era desdichado quien padeciendo hambre no tenía qué comer, sintiendo frío no tenía para abrigarse, quien ante las inclemencias del invierno no tenía dónde cobijarse, quien no podía mantener mujer y así lo hiciera cómo criar a los hijos? Mas si nos atenemos a esas reflexiones, ¿cuándo en la historia de la humanidad hubo personas sin hambre, sin abrigo, sin familia? Es probable que la miseria de la Edad Media no haya sido distinta de la de la antigüedad o de la Edad Moderna o de la contemporánea.

Junto con la miseria estuvo presente la falta de higiene. Ambas, según una opinión de la antropología actual –si bien no generalizada– están relacionadas y, profundizando, es casi seguro que la miseria medieval no fue ni más amplia ni más cruel que en otras etapas de la vida del hombre en la historia. Es probable que esto se ajuste a lo que ocurrió y ocurre en distintas regiones del planeta: abundancia y despilfarro en algunas zonas, hambrunas y carencias elementales en otras. Sin embargo, apuntaremos hechos de falta de higiene que es probable que hagan que esa miseria haya sido menos pudorosa y más pecaminosa, esto último en relación con la fuerza que alcanzó lo religioso.

Es así que, mientras que la acepción que podemos darle a miseria encaja con aquella de ‘estrechez, falta de lo necesario para el sustento u otra cosa; pobreza extrema’, agreguemos la definición económica más amplia que indican los diccionarios. Mientras que la miseria es un mal social caracterizado por la falta de lo necesario para satisfacer los primarios requerimientos de la vida, veremos que indigencia, en virtud de que es la forma permanente de aquella, se acompaña de cierta depresión moral. Nunca se conocerá a ciencia cierta cuántos indigentes y cuántos míseros existieron en la Edad Media pero, en la medida que la depresión es un término realmente moderno y que antes se hablaba de melancolía, es muy probable que los melancólicos hayan superado a los míseros. La Edad Media tuvo períodos en los que la miseria llegó a la indigencia puesto que generaciones enteras vivieron continuamente en ese estado. Poder comer era su única vocación en la vida.

Cuando la miseria se extiende a un cierto número de personas involucra a toda una clase social en un pueblo, cuando presenta aspecto colectivo, recibe el nombre –no muy exacto– de pauperismo. Es la persistencia de la pobreza. De tal forma, de ninguna manera sinónimos, indigencia, miseria Y pauperismo son diversos grados de un mismo mal, aunque el tercero resume

—sin especificaciones ni categorías— a los otros dos. Las definiciones pueden variar: así indigencia es ‘la falta de medios para alimentarse, vestirse, etc.’; mientras que pauperismo es ‘la existencia de gran número de pobres en un Estado, en particular cuando procede de causas permanentes’.

Ya que de filológicas hablamos conviene aclarar la aceptación por la Real Academia Española del término “hambruna” (creado por Josué de Castro) con el significado de ‘escasez generalizada de alimentos’, o *hambrina* (término originado en América Meridional), también aceptado, como ‘hambre grande o extrema’.

En la Edad Media hubo hambrunas y hambrinas, de la primera derivó la segunda. Guglielmi (77) es terminante cuando se refiere a este punto. Desglosa tres axiomas inobjetables que puntualizan lo siguiente:

1. “Toda la Edad Media fue una edad de hambre.
2. El hambre acechaba constantemente y caía sobre la gente de manera inesperada.
3. Fue difícil prever la alimentación de la población”.

Si en la actualidad la distribución de alimentos está llena de dificultades, sobre todo en los países con malas vías de comunicación y escasos recursos económicos, es de concebir que las dificultades en el siglo XIV deben haber sido pavorosas. Las consecuencias de las sequías y de las inundaciones, que era el fracaso de las cosechas terminaban en las hambrunas, a las que no escapaba casi nadie en la población medieval. Almacenar los alimentos debe haber resultado algo arduo y desalentador: el pescado se pudría, las ratas devoraban los granos, el centeno fermentaba en las trojes a expensas de la humedad y proliferaba el cornezuelo.

Cuenta la anécdota, siempre con el tufillo de lo irreal, que en 1033 el hambre que azotó Borgoña fue tan despiadada como la antropofagia de sus habitantes, que albergaban huéspedes para ahorcarlos y luego devorarlos mientras hacían lo propio con los viajeros y los niños que, descuidadamente, se alejaban de sus padres.

Las pestes ayudaban también a crear desabastecimiento y encarecimiento de los alimentos. Aunque las pestilencias, como hemos relatado, hacían más estragos en las ciudades portuarias, tal como ocurrió en Sicilia, como cuenta Di Piazza, las tierras continentales no quedaban indemnes porque a la rata no le costaba mucho trasladarse. El abandono de los sembradíos, la muerte de los labriegos y de los animales domésticos disminuían la producción de alimentos a las urbes.

Sin embargo, la comida de los pobres no variaba sustancialmente. El pan era la base de la alimentación que, a veces, se ingería solamente acompañado por aceite y ajos. A esta simple comida se le agregaban legumbres —fáciles de cosechar y conservar—, entre las que sobresalían los porotos y su harina,

que se conseguía machacando las semillas en un mortero. La harina de mijo y las castañas, estas últimas especialmente en Italia, eran complementos infaltables en la mesa de los míseros. Otro alimento al que se apeló en épocas de hambrinas fue la bellota y con su harina se fabricaba un pesado pan. Es curioso que fueron las bellotas y su harina la forma en que se nutría el hombre primitivo en las temporadas invernales ya que estas semillas eran fáciles de acumular y guardar. El hombre, ante la hambruna, retornaba a las fuentes.

La alimentación se basó –en forma fundamental– en los cereales, cuya cosecha fue incrementada a partir del aumento de población que tuvo lugar en los siglos VII y VIII, momento en que se comenzó a realizar la rotación de los cultivos y a aumentar la extensión de los campos dedicados al forraje y a los pastizales. Este incremento no aseguraba la alimentación de los pueblos porque dos o tres malas cosechas terminaban con el grano acumulado.

El trigo fue poco a poco imponiéndose, dado que la espalta o escanda, muy extendida en sus comienzos no servía para fabricar pan. En el norte de Europa gozaba de más aprecio la cebada puesto que con ella se fabricaba pan, gachas y cerveza. Todos ellos, más el mijo, el centeno y, fuera de los cereales, las vides dibujaron el panorama alimentario de la Edad Media.

La Peste Negra tuvo un efecto curioso: disminuyeron los cultivos, se incrementaron los pastizales y con ellos el ganado: aumentó el consumo de carne, incluso por las clases más menesterosas. A esta altura de las circunstancias, el pan de trigo era también parte de la dieta de los pobres.

“Igual que en Atenas y Roma, el pan blanco indicaba en la Inglaterra medieval y de los Tudor riqueza y poderío, y los servidores, campesinos pobres lo deseaban con vehemencia; estas gentes comían pan moreno de trigo, si podían procurárselo, como los más próximo a su aspiración; pero la mayoría comían pan hecho con diversas combinaciones de trigo, centeno, cebada, guisantes o habas. Durante dichos siglos, el trigo era el cereal panificable más importante de Italia y parte de Francia; el pan era la mayor parte de las veces blanco o casi blanco, como sabemos por escritos y pinturas de la época. En otras parte de Europa, incluyendo Escandinavia, Holanda y Suiza, el pan familiar usual era una hogaza oscura de harina integral de centeno” (78).

“Durante la Edad Media los molineros y los panaderos de Europa eran los miembros menos dignos de la confianza de la sociedad, pues se consideraba a los primeros como ladrones de grano y a los segundos como adulteradores. En varias regiones europeas en el siglo X el pan produjo horribles convulsiones y hasta locura en quienes lo comían, por hallarse contaminado con el cornezuelo de centeno (*Claviceps purpurea*). En las épocas de hambre, el pan se hacía con harina de bellota, avena silvestre, corteza de pino o bálago procedente de los tejados” (79).

En materia alimentaria la Edad Media también debió soportar el embate de

absurdas teorías que no serían tomadas muy en cuenta por la masa analfabeta que componían las clases menos pudientes, que eran aquellas que padecían el pauperismo. En este sentido Parmalee Prentice (80) expresa: “El doctor Gaspar Hoffmann, hace trescientos años, después de decir que el aceite fresco de oliva puede comerse con pan sin temor, añade que la manteca no puede comerse así porque, entre otras cosas, tiende a producir la lepra. La explicación de esta rara idea es, probablemente, que mucha de la manteca que se conseguía entonces en los pueblos y ciudades, era rancia, y la lepra, una enfermedad muy extendida en la Europa Medieval, se suponía, como dice el doctor Charles Creighton, ‘que venía de la mala alimentación, especialmente carne o pescado medio podridos’. Matthew Paris dice que se habían establecido en el norte de Europa alrededor de 19.000 leproserías de las cuales 2.000 estaban en Francia, y que había 95 de estos establecimientos en Inglaterra que eran de primera clase, aparte otras existentes en Escocia e Irlanda, cantidad realmente enorme para la pequeña población de aquellos tiempos. Es probable que el nombre de lepra fuese aplicado a numerosas enfermedades distintas que, en las circunstancias reinantes entonces, eran comúnmente graves y no perdonaban ni a los altos ni a los bajos, ni a los ricos ni a los pobres. Balduino IV, rey de Jerusalén, desde 1173 a 1183, era un leproso de cuyo estado nos da un notable descripción Macchew Paris”. El mismo autor esboza una hipótesis que los años posteriores se encargaron de corroborar cuando expresa que la miseria tan cruel de la Edad Media hacía que muchas personas desearan ser “[...] raza de pordioseros nutridos con las sobras de las mesas”. A lo cual agregaba que “una democracia libre es imposible, si entre la población existen gran parte de gente de esta clase”, palabras estas últimas de Boeckh en *Public Economy of the Athenians*, editado en 1857. Poco se puede discernir en darse un gobierno digno cuando la preocupación mayor es comer hoy y tener que pensar cómo comer mañana.

Por las reflexiones de Parmalee Prentice (81) surge otra conclusión propia de los tiempos que corrían: el hambre medieval tuvo parte de su origen en la falta de libertad del hombre: a las restricciones gubernamentales, al atropello de la propiedad privada, al peligro de confiscación, al avasallamiento de los derechos personales y a los tributos excesivos que iban a parar a las arcas de los poderosos. Así concluye que la “historia medieval es, por consiguiente, una demostración impresionante de cómo una política errónea de gobierno puede reducir la humanidad a la miseria y cómo puede llevar la civilización hasta el borde de su extinción. Una política que prive al campesino de la independencia de usar de su tierra, que restrinja los cultivos o destruya los productos, lleva al hambre, y lo mismo se puede decir del hecho de disminuir el valor de la moneda para elevar los precios. Penkethman decía del hambre inglesa de 1124, cuando ‘por todos lados, en las ciudades, pueblos y caminos se veían

pueblos insepultos’, que una de las causas que contribuyeron a ese desastre fue que ‘al cambiar la moneda todas las cosas empezaron a encarecer’”.

El punto de vista de Parmalee Prentice es puramente económico y, como tal, lo consideramos una parte del amplio espectro de los motivos que llevaron al hambre. Debemos tenerlo en cuenta pero, la Peste Negra, agregó un ingrediente sin solución para los hombres. Excedió los límites del desafío.

Pero existía otro tipo de hambre: el que genera la ignorancia. Ignorancia que, de algún modo, tiene como responsable directo al Estado que no se encarga de la educación pública. En la Edad Media, cuando el analfabetismo predominaba, casi absoluto en la mujer y limitado a un grupo privilegiado, entre nobles y clérigos, no podemos pensar que las autoridades se hicieran cargo de esta importante misión. La humanidad carecía de muchos conocimientos básicos, sobre todo en materia de biología, y la mala alimentación también era por desconocimiento de los principios básicos de la nutrición del hombre. Ocurría aun con abundancia de alimentos.

Cierto denominado “apetito específico” hace que los individuos ingieran aquello que falta en el organismo, aquello de lo que se carece. Sin embargo, las costumbres, el folklore, los tabúes, o las teorías extrañas de algunos médicos, como hemos visto, modifican la alimentación y, de esta forma, se cae en el “hambre de proteínas” o el “hambre de vitaminas” o cualquier otro tipo de carencia. Existen sobrados motivos para creer que este tipo de privación alimentaria fue común en esta época. Faltaba más de un siglo para el descubrimiento de América que, como aporte importante, llevó a Europa el maíz y la papa que, aunque especies limitadas en proteínas, paliaron el hambre en más de una oportunidad.

Josué de Castro (82) dice: “el hambre constituye un fenómeno de la más extrema variabilidad. En el enmarañado y policromo diseño del hambre universal, podemos advertir los más sorprendentes matices; desde los más negros e impresionantes del hambre total, de la completa inanición, que transforman a sus víctimas en verdaderos espectros vivos, hasta los tipos más discretos de hambres ocultas o específicas que actúan subterráneamente, casi sin signos aparentes.

Entre los dos tipos extremos –la devastadora inanición aguda y la insidiosa deficiencia crónica– vamos a encontrar toda una gama de tipos de hambre que asuela la humanidad bajo los más insólitos y espectaculares disfraces”.

A juzgar por lo que expresa Bühler (83) esto debe ser así porque al comienzo del segundo milenio, sobre todo en algunas regiones, la alimentación de los campesinos no era deficiente: “La alimentación del campesino medieval era una especie formada por papillas de cebada, centeno y avena, a las que se añadía el pan, el queso, cuyo uso se hallaba muy extendido, los huevos, el tocino, las legumbres y verduras y en los domingos y días de fiesta carne,

salvo en las comarcas ricas en ganadería, donde abundaba este alimento y se comía diariamente. Este régimen de alimentación, combinado con los muchos días de fiesta y con los meses de descanso de las faenas agrícolas, explican aquel tipo de campesino rollizo y colorado que los artistas del período de la *virtus*, tan aficionados a todo lo pletórico y exuberante, se complacen en dibujar, pintar y esculpir”.

La corte feudal y burguesa también se alimentaría con alimentos nutritivos (84).

XII. La higiene

¿Qué cosa más enlazada con la higiene que el desarrollo de las enfermedades, incluso esta pavorosa epidemia llamada la Peste Negra? Ratas y pulgas, eslabones de la cadena de la peste bubónica, eran alimañas no deseadas por la sociedad medieval. Los medios de combatirlas eran escasos pero tampoco se tomaban recaudos para evitar la reproducción de los roedores, en consideración de que se ignoraba el origen del mal. ¿Y qué más afín con la falta de higiene que la miseria, que nunca transcurre solamente a través del problema de la alimentación, del vestido o de la vivienda sino que se une a los conocimientos, a la educación?

En una primera lectura tenemos que diferenciar dos vertientes de la sociedad: la vida rural y la vida urbana. Mientras que en la primera los habitantes estaban reducidos a una existencia miserable, unido su destino a las condiciones climáticas y con el embrutecimiento propio del aislamiento, en la segunda el problema mayor era el hacinamiento, el contagio de las enfermedades comunes (si así podemos denominar a las que padecen las comunidades cerradas, exceptuando las epidemias), y el abastecimiento de los alimentos. Aunque sin la existencia de ciudades habitadas por muchedumbres, como ocurre en la actualidad, fueron ellas –justamente– las que mayor número de problemas crearon en cuanto al acopio de agua y comida, a la eliminación de los desechos (entre ellos los de origen humano), al control de las enfermedades, etc. Hubo factores altamente positivos, entre ellos la escasa población urbana, ya que en la Alta Edad Media eran pocas las ciudades con más de 100 mil habitantes. Superaban esta cifra Roma, las ciudades con más de 100 mil habitantes. Superaban esta cifra Roma, Florencia, Venecia, Barcelona y, a veces, Tolosa. El rápido crecimiento de París le hizo exceder esa cifra tope que hemos colocado artificiosamente. Alemania, por su parte, no poseía ninguna que alcanzara y sobrepasara esa cifra. Las grandes epidemias, tanto por la muerte de los habitantes como por su fuga, eran causa de despoblación urbana.

Así como lo había hecho Roma en la Edad Antigua tratando de protegerse, durante los siglos XI y XII se difundió rápidamente la construcción de ciudades. La vida gregaria facilitaba el intercambio y les permitía a sus habitantes lograr un mejor equilibrio en sus finanzas y un fluido transitar de su vida de relación. A cada municipio se lo rodeaba por una fortaleza de piedras para protegerlo del pillaje y de la invasión de los ejércitos enemigos. En el

fondo, venían a constituir verdaderos barrios cerrados. Fatalmente, cuando el municipio se superpoblaba –aunque el crecimiento fuera en realidad exiguo– el espacio dentro de los muros resultaba insuficiente. Entonces comenzaban los problemas de hacinamiento y empeoramiento de la higiene. Recordemos que todas aquellas instalaciones que los romanos, con destreza y precaución, habían construido no existían más por la acción depredadora de los ejércitos invasores. Las disposiciones sobre higiene de estos eximios administradores también estaban olvidadas. Era menester crear nuevas instalaciones sanitarias.

Amén de la destrucción acaecida, hay que aceptar que los conquistadores no conocían la vida dentro de las grandes comunidades urbanas y mal podrían haber utilizado los servicios que poseían las ciudades que atacaban. Roma fue una de las que más sufrió en este sentido ya que fue saqueada y repetidamente destruida por los germanos durante los siglos V y VI. “Así, por ejemplo, cuando fue sitiada por los godos en el año 537, fueron destruidos once grandes acueductos de la ciudad. Estos gigantescos acueductos que conducían las aguas vivas de las montañas a la ciudad, tenían una longitud total de más de 400 km y transportaban una cantidad de agua tal que cada habitante disponía diariamente de 600 litros, mientras que la cantidad de agua potable que en el año 1930, por ejemplo, correspondía a cada habitante de Berlín, no pasaba de 110 litros al día. Desde las conducciones principales el agua potable era dirigida a las viviendas por medio de cubos de plomo. Además de las casas particulares, también recibían agua las once grandes termas, así como centenares de pozos. Fácilmente se comprende que la destrucción de esta magnífica instalación higiénica representara una catástrofe [...]” (85).

De tal manera que los municipios, con una buena parte de la población que resultaba de la migración –en grandes masas– de los pueblos bárbaros que desestimaban el uso de esas instalaciones, debían sostener una dura lucha contra los habitantes aferrados a sus propias costumbres. La amenaza de la pena de muerte si no se cumplían los reglamentos fueron frecuentes y constituyeron el inicio de la higiene social reglamentada. Resultaba difícil conjugar culturas disímiles y, como supo la antropología siglos después, el proceso de aculturación es lento y silencioso.

El abastecimiento de agua fue, en la Edad Media, un requisito indispensable para mantener la higiene pública. Retornando al ejemplo de Roma, recién casi al finalizar la época medieval se pudieron reconstruir tres de los acueductos destruidos y se logró en virtud de la prédica papal. El problema no era de fácil solución: se debían adecuar una enorme cantidad de precauciones. Cuando el agua potable era destinada para uso de la alimentación procedía de los ríos, se les exigía a todos los ciudadanos que estuvieran por arriba del curso, que no ensuciasen el agua y que no arrojaran en ella animales muertos ni basura. Hacer consideraciones sobre estos problemas casi resulta obvio: la sociedad

contemporánea lucha contra un problema similar que no involucra solamente al ciudadano sino también a las industrias que tienen peores negligencias. Pero también en el medievo existían industrias incipientes y, por tal motivo, se exigía al curtidor no lavar las pieles en el río, ni al tintorero verter sus colorantes en las aguas, ni tampoco lavar ropa en su cauce. Era frecuente que las villas y las ciudades tuvieran una plaza con un pozo o una fuente en su centro, alrededor de la cual se desarrollaba un animado tráfico. En Alemania e Italia tuvieron una conformación artística y, en algunos casos, en ellas se colocaron los emblemas de la ciudad.

Si el agua de los pozos resultaba insuficiente había que acarrear agua de los manantiales próximos. En Basilea, en 1266, se recurrió a tubos de madera y en varias ciudades, en épocas posteriores, se volvió a los antiguos de plomo que habían desarrollado los romanos en sus acueductos.

El problema del agua potable fue, sin embargo, muy difícil de resolver. La contaminación de pozos y de fuentes era habitual pese a que se trataba de alejar a los animales de ellos y se evitaba el lavado de ropas. La producción de bebidas alcohólicas de baja graduación utilizadas como bebidas cotidianas fue, para Vallee (86), una constante en el mundo occidental. “La producción tradicional de cerveza y vino a través de la fermentación de cereales, uva u otros frutos, originaba bebidas de bajo contenido alcohólico, en comparación con los que, hoy en día, les son familiares a los consumidores. Las bebidas también contenían grandes cantidades de ácido acético y otros ácidos orgánicos generados durante la fermentación. Con toda probabilidad, la mayoría de los vinos de los tiempos remotos turbarían el olfato de un enólogo moderno; esos vinos elaborados a la antigua y embotellados en botellas nuevas se asemejarían al vinagre actual, con algún vestigio de sidra, más que a un cariñena galardonado.

Como el contenido en alcohol de la bebida era bajo, los consumidores no concedían a la embriaguez la importancia otorgada a las cuestiones del paladar, apaciguamiento de la sed, satisfacción del hambre y almacenamiento. Con todo los ‘efectos secundarios’ de esta constante ingesta de baja graduación serían casi universales. Es más, a lo largo de la historia occidental el estado mental considerado normal puede haber sido el de embriaguez”.

El mismo autor agrega lo siguiente: “A lo largo de la Edad Media los cereales constituyeron el principal alimento de los campesinos y la cerveza su bebida habitual, junto con el aguamiel y los vinos o las sidras de producción casera. Los escasos críticos contra el consumo de alcohol quedaron acallados ante la falta clamorosa de alternativas seguras”.

La limpieza de las calles constituyó otro motivo de inquietud para las autoridades comunales de la Edad Media. La mayor parte de las ciudades, por no decir todas, carecían de empedrado. El fango y los desperdicios se

entremezclaban formando un magma maloliente y pegajoso. La comuna luchaba denodadamente para mantener la higiene pública. En todos los edictos policiales figuraban las amonestaciones por acumulación de basura, que debía ser arrojada más allá de los confines de la ciudad. Confinos que, de alguna manera, estaban delimitados por la pared amurallada que los protegía. Hoy, nuestras ciudades carecen de un límite más o menos visible; no obstante, la basura –como en el ayer– sigue el mismo derrotero: se la aleja del centro urbano.

En las casas medievales se acumulaban más desechos, muchos más que en épocas posteriores. Ellas se asemejaban más a las viviendas de las aldeas. Eran frecuentes los graneros anexos a las casas, con establos con vacas y porquerizas que a veces se orientaban con salida a la calle.

La suciedad de las calles estaba favorecida por el gran número de los animales de granja que caminaban por ella: gansos, patos, cerdos. Era impresionante la cantidad de perros que se criaban. En el siglo XV, en Fráncfort, Ulm y Núremberg se prohibió dejar sueltos a los cerdos y se ordenó que ningún ciudadano tuviera más de 24 de estos animales. En este sentido, no podemos creer que esos habitantes hubieran estado mal alimentados pero, insistimos, las posibilidades de comer bien no comprendían a todos. Un gran progreso para la limpieza de las calles se logró con la construcción de mataderos municipales, lo que impidió –por ordenanza comunal– que los animales grandes se mataran en las calles.

Dice Haggard (87): “las basuras se tiraban en las calles, que, cada año, con la porquería que se amontonaba, aumentaban de nivel; por ellas corrían cerdos, husmeando y refocilándose en el cieno que burbujeaba a causa de la fermentación producida por las inmundicias arrojadas de tiendas y casas. En algunos lugares, se criaban los cerdos en las ciudades y todas las mañanas salía la piara que, gruñendo estrepitosamente, cruzaba la ciudad para ir a pastorear. Cerdos y corrales ocupaban un lugar perfectamente normal en el panorama de la ciudad. Las primeras regulaciones que prohibían que los cerdos anduvieran por las calles se publicaron en Londres en 1281 y las iniciales que prohibían la cría de tales animales en las ciudades se publicaron en 1481 en Fráncfort, cuyo ejemplo siguió Leipzig”.

Otro mecanismo de acumulación de basura era la común costumbre de elaborar vino “en casa”. Era evidente que más que una costumbre estaba sujeta a la necesidad de contar con esa bebida: si existía una industria vitivinícola estaría signada por la precariedad y el uso impondría el vino casero. Lo cierto es que, después de la vendimia, además de los desechos de la misma fabricación, se sumaba el de los toneles que se acumulaban en las calles dificultando el paso.

Empero, el problema más importante como productor de suciedad devenía

de los animales. “En la Edad Media, los cerdos constituían una verdadera plaga en la ciudad y no raras veces la causa de accidentes del tráfico callejero. Felipe, hijo del rey francés Luis el Obeso (siglo XII), murió de las consecuencias de un accidente de equitación producido porque un cerdo, en el mismo centro de la ciudad y ante las puertas del Real Palacio, había espantado a su caballo” (88).

Hubo momentos en que la basura de la calle había adquirido tal incremento que ni los sacerdotes podían llegar a su iglesia ni los concejales a sus sesiones. Y esto que parece una exageración del cronista queda opacado por esto otro que, aunque parezca irrisorio, en algunas ciudades cada habitante poseía un par de zancos para facilitar su desplazamiento. La pavimentación de las calles principales contribuyó a mejorar la situación. En París se instaló en 1185, Praga tuvo su empedrado en 1331, Núremberg en 1368, Basilea en 1387 y Augsburgo en 1416.

Otra etapa importante de la higiene pública fue la introducción de la canalización y el desagüe de los líquidos de desechos en fosas cubiertas. Esto ayudaba a mitigar los olores de estas ciudades de calles estrechas carentes de obras sanitarias. En París, todas las casas importantes tenían un *cabinet d'aisance*, con un conducto de salida en el canal común.

Así como los griegos tuvieron su ágora y los romanos el foro, el ciudadano medieval tenía su punto de reunión en el mercado. Era el punto central y más concurrido de la ciudad. Cuando una obra cinematográfica contemporánea quiere recrear la vida cotidiana medieval muestra un abigarrado mercado, una plaza rodeada de puestos callejeros donde se observan personajes danzando, otros vendiendo y los más ocupados en prolongadas charlas. En él se concentraba el comercio, tenían su lugar los juicios, las reuniones, los pronunciamientos, las asambleas. Las autoridades de la ciudad, preocupadas por mantener su limpieza se dedicaban con esmero al mercado. Con la idea —cierta por otra parte— que donde se venden los alimentos se acumula basura y esta, a su vez, es motivo de enfermedades, se establecieron reglas para las actividades. En Florencia, por ejemplo, estaba estipulado que todas las noches se barrieran el viejo y el nuevo mercado los jueves por la noche y en vísperas de fiestas religiosas (¡que las había!) se debían retirar las mesas, los bancos y todo aquel elemento que entorpeciera una correcta limpieza.

Otro avance notable, que transcurrió lentamente en esos largos diez siglos medievales, fue la reglamentación de una especie de código de edificación que, como resulta obvio, regulaba toda modificación en la construcción de las fachadas de las casas, la ubicación de las escaleras, los balcones, los tejados, etc. Con este código se trataba de solucionar algunos problemas, tales como el que creaban las edificaciones fuera de línea que entorpecían la circulación y que, para peor, sufrían continuos desmoronamientos.

Pernoud (89) expresa que, en el plano de casi todas las ciudades medievales, se observa que las calles secundarias corren paralelas a las calles principales, sobre una de las cuales se levantan la iglesia, el Ayuntamiento y el mercado, y que entre ellas se cortan en ángulo recto. Esa disposición en damero fue la que impusieron los españoles en las ciudades de América. “Esta disposición de la calle –continúa Pernoud– es muy importante para el hombre de la Edad Media, porque vive mucho afuera. Se nos impone una confirmación: hasta entonces, de acuerdo con el uso corriente en la Antigüedad, las casas recibían luz desde el interior y tenían pocas aberturas hacia fuera. En la Edad Media se abren sobre la calle: es el indicio de una verdadera revolución de las costumbres. La calle se convierte en un elemento de la vida cotidiana, como lo habían sido en el pasado el ágora o el gineceo. A la gente le gusta salir. Todos los mercaderes tienen un cobertizo que despliegan cada mañana, y exponen su mercancía al aire libre. Hasta el siglo de la electricidad, la iluminación ha sido una de las grandes dificultades de la existencia, y la Edad Media, enamorada de la luz, resolvía la cuestión aprovechando cuanto le era posible la luz del día. Un tendero que llevara a sus clientes a la trastienda era mal visto: si sus tejidos no tenían ningún defecto, no había por qué tener miedo de exponerlos en medio de la calle, como lo hacían todos los demás; el cliente quiere acodarse bajo el cobertizo y examinar a su gusto, a la luz del día, las piezas entre las cuales elegirá la suya, aconsejado por su sastre, que suele acompañarlo. También el zapatero, el barbero, el tejedor trabajan en la calle o en una tienda abierta a la calle. El cambista instala sus mesas sobre caballetes, fuera, y todo lo que pueda hacer la autoridad municipal para evitar los atascos es limitar la dimensión de esas mesas”.

Otra misión del municipio era mantener el caudal de víveres en cantidades suficientes para la alimentación de la población. Aunque esto hace referencia a épocas de guerra o de malas cosechas, también la escasez de trigo ocurría en tiempos de paz. Era una costumbre de casi todos los municipios vigilar la calidad de los alimentos. En general se trataba de proteger a los consumidores del país puesto que a los extranjeros se les facilitaba y se les vendía de todo sin ningún control. En Florencia se prohibió vender el día lunes la carne ofrecida el sábado.

Los pescadores estaban obligados a no vender sus productos fuera del mercado, como una forma de poder vigilar su estado para el consumo. En Zúrich no podían guardarse en la noche los pescados que no habían sido vendidos y se los debía tirar. La falta de medios de conservación adecuados, fuera de la sal gruesa, hacía que estos alimentos perecederos fueran sumamente peligrosos para la salud. Así también, en Augsburgo –en 1276– se disponía que la carne que no se encontraba en perfectas condiciones fuese marcada y ofrecida a la venta en un puesto especial y a menor precio. En algunas

ciudades –¡valga la paradoja!– la carne de los animales enfermos se mandaba para el consumo del hospital.

En todo este relato se pueden encontrar referencias a la activa participación de los municipios en la higiene social. Las casas de baños era otra contribución de la municipalidad que desempeñaba un importante papel en la vida de las ciudades con una contribución ambivalente: la distracción y la higiene. En el siglo XIII las casas de baños eran comunes en todas las ciudades y probablemente en todos los poblados de menor categoría pero que alcanzaran un determinado número de habitantes. Los pobres podían, de tal forma, echar agua caliente sobre sus cuerpos mientras que los pudientes se hacían frotar con un líquido jabonoso sumergidos en tinas que los grabados se han encargado de hacerlos perdurar para la observación. A ese baño de limpieza le seguía un baño de vapor que conseguían vertiendo agua sobre piedras calientes. Este método que tomaría el nombre de sauna fue común a casi todas las etnias que vivieron en sociedad, incluso en prácticas que tuvieron lugar en toda América precolombina (90). El vapor de agua, en medio de ese ambiente caluroso, hacía que el bañista transpirara profusamente. Luego era nuevamente sometido al baño clásico.

Dado que estas casas constaban con un servicio de comidas y bebidas, música y mujeres que concedían sus favores, allí no llegaban los pobres. Fueron duramente combatidas por el clero y nos recuerda aquello de que “no hay nada nuevo bajo el sol”. Recién en el siglo XV se separaron las casas de baños para mujeres y para hombres. Y he aquí lo impensado: el hombre de la Edad Media se preocupaba mucho más por la limpieza corporal que el de los siglos XVI y XVII. Se supone que fue la clausura de estas casas de baños lo que contribuyó a ese deterioro de la higiene personal que caracterizó a los siglos posteriores.

Estaba muy avanzado el tiempo del medievo cuando se logró excluir a los enfermos de las casas de baños, por lo cual estas se habían constituido en un foco de enfermedades infecciosas. Por otra parte, era absolutamente lógico: se desconocía el origen de las infecciones y pasarían muchos años más antes de que se formulara la teoría sobre los microbios. La causa de las enfermedades se mantenía en una nebulosa.

Existían preceptos de higiene que se referían específicamente a las mujeres embarazadas: debían evitar las penas y los disgustos, conservar un estado de ánimo estable, no debían ingerir alimentos de difícil digestión ni comer copiosamente. Deberían preferir las comidas frecuentes y de pequeño volumen. Existía el concepto de que las comidas picantes ingeridas por la futura madre impedirían el crecimiento del pelo y de las uñas de los futuros vástagos. Todas estas recomendaciones llegaban a través de las comadronas a casi todos los sectores sociales y además de lo difícil de erradicar no

existía quienes lo hicieran. Nunca se pudieron verificar y algunas teorías psicoanalíticas sostienen que muchos problemas de los niños se ocasionan durante la gestación; estas arraigadas creencias superan los siglos y de tanto en tanto se reflotan con epidermis diversas.

Así como se cuidaba a la madre se hacía lo mismo con el producto que, a la luz de la elevada mortalidad infantil, resultaba de una gran fragilidad. Existían indicaciones generales para higienizar al recién nacido después de haber ligado el cordón umbilical con un hilo y vendado con tiras de lienzo impregnado en aceite de oliva. El aceite era un elemento terapéutico de primera línea. También en ambos ojos se les colocaba una gota de esta misma sustancia y con ella se les limpiaban los oídos y la nariz. Se les debía mantener abrigados y se insistía en no colocarlos a dormir en el lecho de su madre durante la noche, por el riesgo de resultar aplastados. La cama debería ser blanda y no demasiado caliente. Y vendría el problema de las fajas: para asegurarse un perfecto crecimiento (este era el argumento) se les vendaban las manos, los brazos y las piernas. De esta forma se les reducía la capacidad de realizar movimientos tan necesarios para el desarrollo muscular. En los primeros días que seguían al nacimiento se los mantenía a oscuras, se los higienizaba dos o tres veces diarias y se los bañaba una vez por día. Se aconsejaba la alimentación materna o por medio de una nodriza, hecho que evidentemente aseguraba –tal vez sin conocerlo– que no padecieran de infecciones intestinales. Además, tanto la madre como la nodriza debían lavarse el pecho antes de amamantar. Si el pequeño se negaba a mamar en los días iniciales a su nacimiento se acostumbraba a colocarle unas gotas de miel en la boca antes de reintentarlo. La alimentación que seguía a la lactancia estaba perfectamente prescrita y consistía en papillas dulces. Se contaba con recetas para todo: para favorecer la dentición, para enseñar a hablar y para estimular la deambulación de los niños retardados.

Los niños eran cuidados esmeradamente hasta los siete años, luego venía la etapa de endurecimiento del cuerpo que, como su nombre lo indica, consistía en diversos juegos y prácticas deportivas. Todos estos preceptos sobre la crianza de los pequeños eran seguidos por la gente adinerada y no por el pueblo humilde cuyos primitivos conceptos hacía que la mortalidad fuera muy elevada.

Todas las ciudades eran fortalezas amuralladas con el inconveniente que, al aumentar el número de habitantes, se reducía el espacio vital y obligaba a la penosa circunstancia de tener que desenvolverse en espacios reducidos. Haggard (91) dice: “aquellas ciudades amuralladas eran increíblemente sucias. La gente vivía amontonada, las calles eran encerradas y estrechas, tanto que los rótulos que colgaban de los pisos superiores se tocaban con los del lado opuesto. No había cristales en las ventanas, que solo estaban protegidas con rejas o con papel untado en aceite, sin que nada protegiera de las moscas que,

a millones, corrían por las paredes y los techos y la comida [...]”. Esas calles estrechas y oscuras separaban las llamadas “casas-torres”.

Las casas se aproximaban una a otra, poco a poco, haciéndose los patios más y más angostos, como más apretadas las calles que obstaculizaban el paso. Como no era posible edificar sobre la base de la anchura, es decir, agrandar horizontalmente por falta de espacio, se hacía menester aumentar el número de pisos. Los superiores, construidos en saliente para agrandar el tamaño de las habitaciones, dejaban una escasa entrada de aire y de luz a las habitaciones inferiores y a la calle. La humedad y el lodazal hacían de las suyas.

Las habitaciones eran bajas y las ventanas pequeñas. Estas últimas, en un principio, estaban representadas por simples claraboyas que se cerraban dificultosamente con maderas y cortinas. Las ventanas de colores con marco de plomo eran, al fin de la Edad Media, una rareza. La oscuridad de los cuartos originará el problema del alumbrado. La antorcha, utilizada a inicios del medioevo, fue sustituida por la vela de sebo colocada en linternas o lámparas colgantes, o por la lámpara llena de grasa o aceite cuyo humo ensuciaba la piel y las mucosas, al unísono de todas las dependencias de la casa que adquirían así un color gris humo.

Pernoud (92) nos da una visión idílica de la Edad Media ya que se dedicó a glosar la vida de la clase pudiente. Empero es necesario mencionarla puesto que es la otra cara de la moneda. “Las habitaciones están amuebladas con mayor bienestar del que suele creerse; el mobiliario comprende las camas ‘engalanadas y cubiertas con tapices y cubrecamas, ropa blanca y de abrigo’, los taburetes, las sillas de respaldo alto, y los armarios y cofres esculpidos donde se guarda la ropa, de los que vemos ejemplares tan hermosos en el hospicio de Beaune. Las maderas de la época eran muy hermosas; estaban preparadas y enceradas con mucho cuidado, no absorbían el polvo, y eran difícilmente presa de los insectos; había además arcones para el pan, separadores, vasares; las mesas eran planchas que en el momento de servir la comida se colocaban sobre caballetes, y después de comer se colocaban sobre las paredes, para que no ocuparan espacio. En cambio, se empleaban colgaduras y tapices para protegerse del frío y sofocar las corrientes de aire; las que nos quedan, como por ejemplo el admirable conjunto de la Dama con unicornio que se conserva en el Museo de Cluny, bastan para darnos una idea de cómo se las podía aprovechar para amueblar y decorar los interiores; evidentemente se trataba de un lujo reservado a los castellanos y a los burgueses ricos, pero el hábito de usar tapices y coberturas estaba generalizado”.

La visión de Haggard (93) difiere y así se expresa: “Si hubiérais penetrado en uno de aquellos caserones señoriales de las ciudades amuralladas, os hubiérais hallado con el galante, cortés y devoto, mas no muy limpio señor de la casa y las damas, que vivían muy felices en medio de la mayor inmundicia.

En el comedor unos juncos esparcidos por el suelo y unos platos sobre la mesa, ya que la mayor parte de la comida se servía sobre pedazos de pan y se comía con las manos y un cuchillo, pues entonces no había tenedores; las sobras se tiraban al suelo para que las comieran el perro y el gato o se pudrieran sobre los juncos y así atrajeran, a enjambres, a las moscas del establo; y el olor de la letrina abierta que estaba en la parte de atrás de la casa os hubiera quitado el apetito en el caso de que os hubiera quedado alguno”.

La calefacción, en un principio, consistía en encender fuego en pequeños hogares. En los países germanos luego se introdujo la estufa de losetas de cerámica, y en Francia y otros países del sur la chimenea. Habitualmente se quemaba madera y, desde el siglo XIV, se empleó carbón en algunas ciudades. El humo de todos esos quemadores se filtraba por alguna abertura del tejado y recién al final del siglo XII se hicieron obligatorias las chimeneas. Las construcciones, a juzgar por los hechos, tenían la feliz virtud de no haber sido muy herméticas sino el frío europeo y esos braseros con los que se trataba de calentar las habitaciones hubieran producido estragos en la población.

En algunas regiones era muy utilizado el denominado brasero, en el que se conservaban trozos incandescentes de carbón, madera u otro material combustible, que aún hoy sigue siendo usado en muchas regiones. De origen probablemente oriental, el brasero consiste en su forma más primitiva en un recipiente plano de metal que guardaría cierta vinculación con el pebetero, que se emplea para perfumes, tal como es la costumbre de algunos pueblos (en especial los españoles) de arrojar plantas aromáticas sobre el alumbre de este (sahumerios). Existen numerosas formas de braseros, desde los simples cestos de hierro hasta otros repujados y contruidos en bronce.

Todo induce a pensar que las habitaciones deben haber sido sumamente sucias. Otra interpretación que entraría en controversia con la opinión de Pernoud es que las paredes y el suelo en general estaban tan húmedos que las personas de buen pasar se veían obligados a colocar tapices, alfombras y cortinas.

A pesar de la existencia de las casas de baño, en un comienzo promiscuas, no se conocían los lavabos individuales. En las casas importantes había artenas para bañarse, cuyo uso se hacía indispensable teniendo en cuenta el largo tiempo que se llevaba la ropa interior (que apareció recién a fines del Medioevo) sin cambiarse. Los retretes solían faltar.

Tal vez como un reflejo o una imitación al ascetismo de la vida monacal, o más bien por la prédica de los clérigos contra los siete pecados capitales, en la Edad Media se insistía con severidad contra la glotonería y la gula. El menú debería ajustarse a las estaciones del año: para la primavera se aconsejaban aves, pescados, ensaladas, leche de cabra y vino rancio; para el verano, frutas y vino ligero; para el otoño un suplemento de frutas y vino fuerte, y en el

invierno se sugería aumentar el calor del cuerpo incrementando la ingestión de carnes y bebiendo líquidos calientes. Las comidas no debían presentarse ni demasiado calientes ni muy frías, y debían servirse en fuentes de estaño o de madera, tomándose –como hemos dicho– con los dedos, lo que obligaba a estar acompañadas con jofainas y toallas. Los manjares líquidos se tomaban con cuchara de una misma fuente. Todas estas minucias eran para la clase burguesa; los labradores y el resto del pueblo, en general mal nutridos, a veces no en cantidad sino en calidad, tenían otras pautas alimentarias acordes con el pauperismo y su propia capacidad de producción.

Se bebía vino y cerveza, pero también se consideraba al agua cuando era incolora, insípida e inodora como una bebida necesaria y sana. A fines de la Edad Media la gula y la embriaguez se habían establecido en la población; esto llegó a un extremo tal que las autoridades comunales y religiosas decidieron emprender una campaña para terminar con estas prácticas.

Se puso especial cuidado con el descanso nocturno ya que preservaba de las afecciones y colaboraba con una buena calidad de los humores del organismo. La ira y las pasiones que se creían se originaban en la excesiva ingestión de alimentos desaparecían con el sueño. Avicena aconsejaba efectuar una sola comida por día que debería ser la nocturna y luego echarse a dormir. Se acostumbraba a dormir con el cuerpo desnudo, cubierto únicamente con paños o pieles.

Era común la creencia de que, para conservar la salud, eran importantes las purgas, las escarificaciones y la tan mentada sangría, a la que tantas veces nos hemos referido.

Estas medidas profilácticas eran practicadas por barberos y bañeros en las peluquerías y en las casas de baños, respectivamente. Los barberos serían, a la postre, los antecesores de los cirujanos. Existían calendarios y cartas de sangrías que enseñaban cuándo sería eficaz este procedimiento, puesto que debían ejecutarse en estaciones especiales y bajo el influjo de ciertas constelaciones astrológicas. Para la flebotomía se preferían los días cálidos y húmedos, como una correlación simpática se conocía que la sangre también era caliente y húmeda.

La dentadura era motivo de especial cuidado, los individuos conocían muy bien los sufrimientos que ocasionaba su mal estado. Para conservar los dientes sanos y poseer un aliento agradable se masticaban hojas aromáticas, se hacían colutorios con raíces en una cocción con vino, y se los limpiaba con diversos polvos entre cuyos componentes se encontraba la sal de cuerpo de ciervo, el mármol pulverizado y algunos vegetales. Aquí volvemos a apuntar la discriminación: los pobres y los indigentes es probable que no tomaran estos recaudos tan exquisitos.

Hemos mencionado el recato y la frugalidad de la vida monacal. Dentro

de las comunidades religiosas la higiene constituyó un importante demento sociocultural. En los conventos de los cluniacenses, durante el siglo XII, el régimen sanitario no difería del de los laicos acomodados. Empero, las reglas eran más severas. El ingreso al convento constituía un cambio completo de la vida del individuo. La “retirada del mundo” era efectivamente tomada al pie de la letra; la vida de estos monjes se hallaba subordinada a la devoción. Incluso la arquitectura de algunos monasterios de otras órdenes evidenciaba una sencillez que contrastaba con los conventos cluniacenses, a veces lujosamente amueblados. También la morada del superior de aquellos y el consabido refectorio donde se reunían para comer eran sencillas. Las celdas de sus monjes eran en extremo humildes.

Los religiosos habían distribuido su día en forma minuciosa. Cada monje tenía su propia cama en la que dormía vestido durante siete horas por día. En un lavatorio común se lavaban las manos y la cara y alrededor del pozo estaban colgadas toallas con un orden establecido para cada uno de ellos: sacerdote, diácono, subdiácono y una cuarta para quien tuviera sus manos sanas. El cuerpo entero se lavaba solamente el sábado por la noche para tenerlo preparado para el domingo, día en que las ropas eran cambiadas en forma total. Pero la manera de lavar el cuerpo difería: el baño era evitado en lo posible y según un precepto del convento los monjes lo hacían dos veces por año: en Navidad y en las Pascuas, o bien cuando lo exigiese la salud del monje y siempre, en este caso, con el permiso del superior.

El lavado de los pies era una ceremonia religiosa de humildad y no una medida higiénica propiamente dicha.

La comida de los cistercienses era frugal. Desde Pascuas hasta Pentecostés, en los días de júbilo de la Resurrección, se efectuaban dos comidas: a mediodía y a la noche. Desde Pentecostés hasta septiembre solo una, a excepción de los domingos en que también se servían dos colaciones. En la época de ayuno había una comida diaria el día domingo. Se servían frutas y legumbres crudas y dos guisos. La grasa entraba en la preparación de las comidas durante los 20 días previos a Navidad. Cada fraile podía comer diariamente poco menos de medio kilo de pan (una libra). Se les permitía beber medio litro de vino con las comidas. Esta frugalidad más tarde se suavizó.

Los conventos contaban con el *infirmatorium*, una farmacia y un jardín con plantas medicinales. Los enfermos podían bañarse, con el permiso correspondiente, y debían lavar su vajilla y su cuchillo. Tal como lo hacían los no religiosos –dice Sigerist (94)– una regla era aceptada, que “en la Edad Media, cuando un enfermo moría, la casa se desinfectaba aunque de un modo muy primitivo. Quemaban la ropa y el lecho, lavaban los muebles con agua y jabón y los dejaban al sol [...]”.

Los franciscanos y los agustinos insistían en cuidar por igual a pobres y

ricos, lo cual constituía un esbozo embrionario de salud e igualdad social.

¿Qué características tenían esos conventos en lo que respecta a sus aspectos edilicios? Existe un célebre plano de construcción del convento de San Gall, nunca concretado, pero que representa la aspiración ideal de un edificio de este tipo. Desde allí puede estar expresado el cuadro de situación y los deseos no cumplidos de los sacerdotes. El plano muestra un conjunto de edificios compuestos por la iglesia, el refectorio, los dormitorios, un hospital, los albergues y otras dependencias menores. En lo que se refiere a las instalaciones sanitarias sobresalen las numerosas letrinas situadas fuera de los edificios habitados que se comunican con ellas por medio de una galería cubierta. Se encontraban alineadas, con asientos de piedra, por debajo de los cuales corría el agua a fin de retirar los desechos que se depositaran. Para otra de las necesidades fisiológicas remedaba a los mingitorios actuales aunque la falta de privacidad, en ese sentido, resultaba más patética.

El convento de San Gall –no el del proyecto fallido– también contaba con instalaciones para la calefacción. La sala capitular se denominaba “sala caliente”. La casa de baños poseía dos departamentos, el del baño de vapor y el llamado *frigidario* donde, después del primero, se realizaba el lavado con agua fría. No eran abluciones porque no constituían rito alguno.

Casi todos los conventos tenían su calefacción por medio de aire caliente. En los países en los que el clima era benigno en invierno las instalaciones para el resto de la población faltaban por completo. En los de clima frío tampoco eran frecuentes para estos últimos.

En San Gall el hospital estaba destinado solamente a los monjes.

En casi todos los conventos los novicios enfermos eran rechazados y debían dirigirse a otro departamento para su curación. Aquellos que necesitan una continua vigilancia eran alojados en las casas de los médicos, y los que carecían de recursos vivían en la puerta de los monasterios o en un hospital para pobres. En el convento de Cluny existían albergues para peregrinos y otros viajeros y, valga la frivolidad, contaba con treinta letrinas para los hombres y diez para las mujeres. Es evidente que el destino de la deyección humana era un problema de difícil solución.

La iglesia y el monasterio eran puntos importantes de oración y de reunión. El temor a Dios era un elemento fundamental en el contexto cultural y religioso de la Edad Media. El Infierno, el fuego eterno y las representaciones del Diablo y de los espíritus malignos son sus evidencias. El hombre medieval consideraba a la guerra y a las epidemias como azotes irremediables. Era intensamente temeroso de las enfermedades infecciosas y, a fuer de ser sinceros, dado lo que representaban y lo que producían estaba plenamente justificado. La lepra era una de las enfermedades que mayor pánico causaba. Hasta el siglo XI el paciente leproso era expulsado de la sociedad mediante

una macabra ceremonia: delante del declarado leproso se oficiaba una misa de difuntos o *De Profandis*, luego se lo envolvía en una mortaja, se lo colocaba en un ataúd y se arrojaban tres paladas de tierra sobre la caja. Con esta actitud no se atacaba a la enfermedad del desdichado sino al enfermo mismo. En los años posteriores este ritual fue tomando un cariz más piadoso: el enfermo era acompañado por los amigos y familiares al nuevo hogar, que era un leprosario ubicado en las afueras de la ciudad o una pequeña casa a las puertas del poblado identificada con una cruz blanca, lo cual indicaba la acción de los religiosos en este distinto concepto sobre enfermo y enfermedad. No es difícil imaginar que muchas otras enfermedades de la piel serían catalogadas como tal, arrojando a las personas a ese triste destino.

Al paciente leproso se lo proveía de un atuendo especial y tenía que portar un bastón ya que con él debería apuntar a los alimentos que deseara comprar puesto que tenía prohibido tocarlos. Si deseaba beber de la fuente o de un pozo comunes debía hacerlo sacando el agua con su propia vasija. No podía lavar sus vestidos ni ninguna otra prenda de su pertenencia en el río y ningún barbero debía afeitarlo o cortarle el pelo, aunque dudamos mucho que alguno quisiera hacerlo. No podía acercarse al mercado y debía evitar albergarse en las posadas. No eran muchos los que abandonaban los leprosarios.

Cuando algún individuo era acusado de padecer de lepra –puesto que era así, se formulaban acusaciones– debía presentarse frente a una comisión examinadora integrada por un obispo, un sacerdote y un enfermo considerado como “especialista”. En el devenir de los tiempos medievales formarían parte de ese tribunal los médicos y los barberos de la ciudad. Si el acusado era absuelto podía demandar al acusador o acusadores y su estado de salud debería ser pregonado en las plazas de la ciudad (95).

Los enfermos leprosos solamente podían entrar en los poblados, como hemos mencionado, durante Navidad y Pascuas. En París se les permitía pedir limosnas pero los días lunes y en el Gran Puente.

En el siglo XI, las Cruzadas habían extendido la lepra y un siglo después alcanzó su máxima propagación. En la mitad del siglo XIV comenzó a decrecer. En relación con el temor que se le tenía a la lepra no existía comparación con las otras enfermedades, tales como la sífilis que apareció o recrudeció en Europa (según sendas teorías en boga) a fines del siglo XV. Para asistir a los enfermos sífilíticos, no obstante, se crearon “casas de viruelas”, en las que el tratamiento que consistía en la administración de mercuriales era costado por el municipio. Pero ya estamos adentrándonos en el Renacimiento.

Los acaudalados banqueros Függer, entre sus muchos negocios, comerciaron la madera de guayaco –obtenida en América y por lo tanto posterior al descubrimiento europeo del nuevo mundo– utilizada en el tratamiento antiluéptico. En Augsburgo levantaron dos grandes hospitales

destinados al tratamiento del “morbo galo”.

Lo que es indudable que el temor a las enfermedades se exaltó en virtud de las grandes epidemias de peste que soportó Eurasia. A propósito de la Peste Negra y en lo que se refiere a la higiene, la casa del enfermo quedaba aislada: sus parientes y todos aquellos que tenían contacto con él debían permanecer en su compañía; en muchos casos se emparedaban las puertas de la vivienda y la comuna —mediante mensajeros— les alcanzaba los alimentos a esos condenados. Los muertos eran sacados a través de las ventanas y se los cargaba en los llamados carros-cuervo. Recordamos que el entierro tenía lugar fuera de los límites de la ciudad, mientras que en épocas normales el cementerio estaba situado a la vera de la iglesia, en el centro de la urbe.

Las ventanas y las puertas de la vivienda donde había fallecido un enfermo de peste deberían permanecer abiertas durante un lapso de ocho a diez días. Se fumigaban todas las habitaciones y eran pasto del fuego la ropa de cama y los vestidos del finado.

Durante las epidemias se ordenaba evitar las aglomeraciones y, por lo tanto, se prohibían las fiestas y los servicios religiosos, aunque estos últimos, tan frecuentes en esa época, tuvieron auge en los inicios de estas con plegarias destinadas a solicitar la ayuda de Dios. Así también era extremadamente difícil la continuidad de los servicios del cuidado de la salud. Los médicos tomaban ciertas medidas para evitar el contagio, del cual se hablaba sin tener conocimiento de la teoría de los microbios. Cuando visitaban a un enfermo se le exigía que cerrara sus ojos (algunos sostenían que la mirada podía causar la enfermedad) y se cubriera con una sábana si se hallaba febril y así tratar evitar la posibilidad de contagiar. Otra manera de hacerlo era colocándose —en este caso el médico— una esponja embebida en vinagre delante de la boca. Es evidente que la forma neumónica generaba la idea de enfermar a través del contacto humano.

Muchas de las medidas que se tomaban en caso de epidemia derivaban de apreciaciones empíricas de un caso ocurrido aquí o allá, o bien de ideas religiosas. Varron (96) dice: “lo que más crédito merecía eran las fumigaciones; los libros acerca de la peste aconsejaban siempre encender un fuego en la casa (especialmente por la noche) y quemar en él romero, ámbar, mastix y azufre, con el fin de que el humo purificara el aire. Durante el tiempo de peste no se debían tomar baños. La sangría también fue recomendada aquí lo mismo que en todas las enfermedades.

Algunos creían también que las personas que trabajaban en ‘hospitales y otros sitios malolientes’ se hallaban por eso preservadas del contagio, lo que se explicaba admitiendo que ‘un veneno debilita a otro’. Algunas personas timoratas visitaban diariamente lugares especialmente pestilentes, permaneciendo allí respirando las nauseabundas emanaciones durante horas

enteras para preservarse por este procedimiento. También se intentó luchar contra la epidemia mediante recursos espirituales. Durante toda la Edad Media se aceptaba que el luto y la aflicción predisponían a la enfermedad. La desesperación y el terror, que imperaban durante la gran mortalidad epidémica, tenían que predisponer, como entonces se creía, a la enfermedad; por esto, los municipios prohibieron repetidas veces hacer tocar las campanas de difuntos, que de otro modo hubieran estado sonando todo el día, así como el llevar vestido de luto y manifestar en voz alta la aflicción. Con el objeto de aliviar la terrible preocupación psíquica en la medida de lo posible, la Iglesia introdujo grandes facilidades en la confesión, hasta el punto que los moribundos podían –en caso de urgencia– recibir la absolución hasta de un profano”.

La necesidad de encontrarles explicación a tan terrible mal llevó a los extremos de intolerancia que ya hemos comentado: en algunas ciudades alemanas –en sus inicios– se persiguió a los judíos atribuyéndoles haber envenenado el agua, otros se acusaban a sí mismos y se azotaban como penitencia; los de más allá, la consideraban un castigo divino colectivo.

Por ello Varron (97) expresa: “fácil es comprender que los charlatanes y las curanderas estuvieran en boga en la Edad Media, pues la superstición y la higiene científica habían regido juntas durante muchos siglos, siendo necesaria una lucha de muchas centurias hasta que la higiene científica haya logrado imponerse definitivamente”.

XIII. La historia no se repite

Arnold Hauser (98) relaciona al arte, en sus múltiples manifestaciones (pintura, escultura, música, literatura) con la historia de la humanidad, señalando que su estudio corre paralelo con los cambios y las vicisitudes de ella. Halla testimonios valederos como para homologar las diversas etapas por las que pasó el hombre, incluso en la ahistórica, con su desarrollo social. También podríamos encontrar puntos de contacto entre su vida en sociedad a través de la historia de la medicina o de la alimentación o de la higiene. Tendríamos los mismos inconvenientes, con sus baches y sus momentos culminantes: los estratos sociales serían uno de los primeros en los que, en algunos casos, comprobaríamos perfeccionamiento de los conocimientos y avance tecnológico y en otros una situación de quietismo, atraso y falta de evolución. En la historia del hombre sobre la tierra siempre es una elite que lleva el estandarte de los cambios y del saber y, por detrás, como la cola de un cometa que va perdiendo luminosidad están los que no pueden o no quieren o a quienes ni los dejan. Conste que no ponderamos ningún etnocentrismo y estamos afirmando el concepto antropológico de cultura.

Con lo intelectual, con el conocimiento se relaciona la higiene individual, con los consabidos casos extremos como en la campana de Gauss, y de todo lo que se provee el hombre para el confort. En lo económico, además de ese individuo aislado que depende de su poder adquisitivo para rodearse de esos beneficios, se encuentra el poder y la decisión del Estado para organizar los servicios de agua potable, los sistemas cloacales, la prevención de las epidemias y la erradicación de las endemias e, incluso y vayamos con la nota escatológica, para encontrarle un destino al cadáver humano, tal como fue el desvelo en el Antiguo Egipto.

La Edad Media es un ejemplo de lo que puede hacer la falta de conocimientos, la carencia de educación popular, la pobreza de los Estados y la agresión del hombre contra sus congéneres. Pueden considerarse dos compartimentos estancos que sufrieron las consecuencias de la Peste Negra de la misma forma: un pueblo inculto y pleno de creencias absurdas sumido en la miseria, y una sociedad poderosa que solo conoció la hambruna cuando se desencadenó la plaga. Algunos historiadores, sobre la base de esta distorsión, niegan que en esta etapa de la humanidad haya existido más hambre y más miseria que en otras. Y probablemente tienen razón, los excluidos han estado siempre.

Pero qué otra cosa puede hacer la historia que comparar o mejor dicho qué otra cosa pueden hacer los historiadores que comparar cuando analizan los testimonios de otro tiempo, con otros conocimientos, en otra sociedad, con otra problemática. En la actualidad, sobre todo, comparar cómo vivía el hombre antes de la revolución tecnológica y cómo lo hace ahora. Ciertamente algo es incomparable: la expectativa de vida del hombre actual con la del individuo de la Edad Media muestra una notoria ventaja. Tal vez influyó mucho la reducción de la mortalidad infantil, acosada en esa época por todo lo que hoy conocemos (enfermedades eruptivas, diarreas, deshidratación) sin tratamiento, más el tétanos del recién nacido. Y era más que suficiente para la supervivencia de unos pocos. Es más, la medicina moderna ha esbozado una teoría por demás interesante: en una época en la que el pan era la base de la alimentación, los enfermos celíacos deben haberla pasado muy mal; sin embargo, ella sostiene que por la acumulación de leucocitos en su pared intestinal deben haber estado protegidos frente a las frecuentes infecciones intestinales. Pero bien, fuera de esta digresión, existen algunos puntos de contacto que colocan nuestra era a la altura de lo que podríamos denominar una Nueva Edad Media, con las variantes lógicas de los 500 años transcurridos. No gozamos de la primicia de este concepto que ya Eco *et al.* (99) han esbozado pero nuestro sesgo se dirige casi exclusivamente a los aspectos sanitarios. Estos autores mencionaban un reencatamiento del mundo, tema sobre el cual vamos a reflexionar en forma muy somera.

Los fundamentos que nos acercan a una etapa similar medieval son varios, y les daremos primacía, se sobreentiende, a aquellos relacionados con la higiene, la medicina y la sociedad.

Las enfermedades devastadoras

El lector perspicaz sabe adónde queremos llegar. La Edad Media se vio privada de una buena parte de la población a causa de las epidemias, sobre todo, esa gran epidemia que fue la Peste Negra, causada por la peste bubónica. En las últimas décadas del siglo XX comenzó una de las endemias más graves de la especie humana: el síndrome de inmunodeficiencia adquirida, conocida vulgarmente por la sigla sida; terrible porque afecta al hombre —debido a su forma más frecuente de contagio— en período fértil, es decir a personas jóvenes. La diferencia, desde el punto de vista sanitario, con la Peste Negra es que no se trata de una enfermedad que pasa por el *demos* (pueblo), es decir, una epidemia, sino que se establece y permanece en él. El continente más afectado por esta endemia, el africano, bien sabe qué significado tiene que la afección se mantenga y se haga crónica en la sociedad, no existiendo economía estatal que pueda sostener la salud social.

Pero 500 años no habían sido en vano. Muchas cosas habían cambiado. Espinosa (100) acertaba cuando señalaba que “una vez que los hombres se han persuadido de que todo lo que ocurre, ocurre por causa de ellos, han debido juzgar como lo principal en toda cosa aquello que les resultaba más útil, y estimar como las más excelentes de todas aquellas cosas que les afectaban del mejor modo. De donde han debido tomar nociones, con las que intentan explicar la naturaleza de las cosas, tales como Bien, Mal, Orden, Confusión, Calor, Frío, Belleza y Fealdad; y, dado que se consideran a sí mismos como libres, de ahí han salido nociones tales como Alabanza, Vituperio, Pecado y Mérito [...] Han llamado Bien a todo lo que se encamina a la salud y al culto de Dios y Mal, a lo contrario de esas cosas”. En este caso, el del sida, no eran entonces los miasmas ni los judíos que habían envenenado los pozos, y en un primer momento se encontró otro chivo expiatorio. Hace 20 años, Cooney y Ward (101) decían, tímidamente porque se trataba de profesionales de la salud, que “nadie pudo prever los efectos devastadores que ha tenido esta terrible enfermedad en la comunidad homosexual, o la atención abrumadora que le han dado los medios de comunicación”. En esa misma época Abrams *et al.* (102) expresaban: “desde el punto de vista histórico los homosexuales han sido estigmatizados tan solo con base en los prejuicios que existen contra su condición, y tal estigma es prevalente en muchos países y en la Unión Norteamericana”. Hoy en África, hombres, mujeres y niños; jóvenes y viejos, de diversa identidad sexual, padecen la enfermedad.

La medicina de los últimos tiempos comprobaba que la realidad es mucho más compleja de lo que se tendía a pensar y que la visión de la ciencia como exposición de la simplicidad y regularidad de la naturaleza es solamente válida para una primera aproximación. Viroides, plásmidos, tubulina, ADN y genes, en fin, infinidad de muestras de la sapiencia humana superan al médico general que, sin pretender nunca compararse con un científico, ve día tras día que no deja de ser más que un técnico, un artesano en el arte de curar con el compromiso ineludible de actuar éticamente. Esto se generó en el impresionante cúmulo de conocimientos –que trajo la investigación– que, a su vez en progresión geométrica, se incrementaron aceleradamente. Esto hizo que el hiato entre la Peste Negra y el sida –con idéntico sufrimiento humano– se agrande con el paso del tiempo.

Mucho mayor es la responsabilidad del médico por el conocimiento de las particularidades del mal, ignorados totalmente en la Edad Media. Debray (103) resume ciertas normas de comportamiento de los médicos que, en definitiva, deben ser elaboradas por la sociedad:

- a) respeto ante la vida;
- b) respeto ante la persona humana;
- c) en consecuencia: aceptación de los límites impuestos a la actuación médica por las normas éticas;

d) y, por último, la libertad de decisión y de actuación del médico, condición indispensable para que este pueda asumir su grave responsabilidad.

El mismo Debray dice que existe una obligación moral colectiva dentro de la clase médica que contribuye a darle fuerza, a robustecer, la posición moral de cada médico. En este sentido, el médico sería un mandatario de la sociedad. Es que su obligación primera –además de atender al enfermo– está en defender a la sociedad. Durante la Edad Media esa actitud la asumieron mayormente los municipios con medidas generales –como la cuarentena– con las que tuvieron más primacía los clérigos que los médicos y sangradores de la época.

Otra diferencia es importante: la aceleración de los medios de comunicación; mientras la rata con sus pulgas y el bacilo de Yersin viajaban en galeras a través del Mediterráneo, el virus del sida lo hace en el ser humano y en aviones que llegan a las más remotas regiones del planeta.

El hacinamiento

El hombre es un ser gregario que busca siempre estar junto con sus congéneres. En la Edad Media, como hemos visto a través del relato, ese convivir obedecía a razones de intercambio económico y como una forma de defensa ante el pillaje. Se amurallaron las ciudades y las familias entraron en las ciudades y crecieron. Crecieron de tal forma que el espacio vital resultó insuficiente. Está comprobado entre los primates que la superpoblación, con reducción del espacio vital, genera agresividad y, en otro orden de cosas, Ratcliffe *et al.* (104) estudiando mamíferos y aves en el Jardín Zoológico de Filadelfia, Estados Unidos; por esa misma causa observaron aumento de enfermedades vasculares. La magra alimentación de la época medieval es probable que haya incidido poco en afecciones de esta naturaleza y, por otra parte, la expectativa de vida del hombre era reducida. Con mucho espacio sin poblar, el hacinamiento existió.

Luego de la crisis del Imperio Romano, seguida por epidemias de diversas pestes que despoblaron parte de Europa, fue la Peste Negra que arrasó casi con un tercio de la población de ese continente. No obstante estas catástrofes, hacia el 1600 la tierra había llegado a contar con 500 millones de habitantes.

En la actualidad, la explosión demográfica que responde a diversos vectores: menor mortalidad infantil, aumento de la expectativa de vida y mejoría en los métodos de control y mantenimiento de afecciones pocas décadas atrás inexorablemente mortales, produjo que el hacinamiento esté resultando un problema universal y no de pequeñas ciudades amuralladas. Gombrich (105), historiador de arte inglés de fama mundial, esboza unas palabras apocalípticas: “La principal característica del siglo XX es la terrible

multiplicación de la población mundial. Es una catástrofe, un desastre y no sabemos cómo atajarla”.

Ese crecimiento potencialmente catastrófico de la población se ha producido por causa del espectacular cambio no del índice de nacimientos, sino del de la mortalidad que elevó a cifras nunca vistas la expectativa de vida. Este índice comenzó a ascender a fines del siglo XVIII y a comienzos del XIX pero se incrementó en las últimas décadas a raíz del mejoramiento de las condiciones de vida y el desarrollo de la medicina moderna.

Los 6.200 millones de habitantes actuales que crecen en forma rápida, aunque los cálculos optimistas dicen que tienden a la desaceleración, no tienen nuevas tierras para habitar. Y si las hubiera y las lograran, sería en grave desmedro de la salud del planeta Tierra. Europa tuvo la fortuna que, pasada la Edad Media, pudo descomprimir la presión social con las nuevas tierras americanas de las que rápidamente se apropió. En la actualidad, el calentamiento del planeta –que ya parece una realidad– retaceará aún más las zonas aptas para las viviendas y los cultivos.

El crecimiento de la población mundial es tal que algunas voces, como la de Bongaarts (106), se han levantado para preguntar si habrá alimentos suficientes para asistir a una mayor demanda.

La acumulación de los desechos

Establecidas las normas modernas de salubridad comunal y seguridad social resulta evidente que los elementos que hacen insalubre la vida en la actualidad difieren en forma notoria con lo que ocurría en la Edad Media. Mencionamos la íntima convivencia del hombre medieval con los animales domésticos y resulta clara la imagen de los cerdos husmeando en cuanta porquería encontraran en su paseo urbano. También comentamos las dificultades para deshacerse de las deyecciones humanas. Ambos problemas, para ponerlos como ejemplo, no lo tienen las ciudades actuales. Sin embargo, el macroconsumismo, el alto grado de material descartable que conforman los envases, las cajas, los diarios viejos, en fin, todo lo que el posmodernismo acostumbra a eliminar –muchos de ellos no biodegradables, al revés de lo que se tiraba en la Edad Media– ha provocado conflicto entre las zonas aleñañas a las grandes ciudades, lugares de recepción de la basura.

También se modificaron las características de los desechos con respecto a los de la Edad Media. Se denomina basura a los desechos sólidos o semisólidos, con excepción de los excrementos y desperdicios agrícolas. Dentro de la basura que descartamos en la actualidad, existen muchos tipos inexistentes en la época medieval: los alimentarios ocupan el 56%, el papel el 15%, el plástico el 13%, el vidrio el 6%; el restante 10% está compuesto por

metales, restos textiles, madera, hueso y material de demolición. En suma, cerca de 70% de residuos orgánicos y un 30% que entrañan algún riesgo para la salud. Riesgo que tienen aún los degradables puesto que contaminan las napas y consumen oxígeno. Cada argentino arroja 750 g de basura diaria, cada estadounidense 2.000. Los países del primer mundo son los que producen mayor cantidad de basura e intentan ingresar sus desechos industriales en los países pobres (107).

El siglo XX agregó un condimento indigesto a los desechos: la basura nuclear, con la cual los países no saben qué hacer y, habitualmente, tratan de realizar convenios con Estados que tienen zonas desérticas y despobladas tratando de poder colocarlos. En consideración con el tiempo que tardarán en perder la radioactividad (miles de años), pocos son los países que quieren hacerse cargo de tamaña carga, valga la cacofonía. En noviembre de 1993, por ejemplo, Rusia arrojó 800 metros cúbicos de residuos nucleares líquidos “poco radioactivos” en el Mar del Japón. Con anterioridad, había hecho lo propio con un cargamento similar a 550 km de la costa japonesa. Ante los reclamos cambiaría la tecnología (108).

Los cielos medievales sobre las ciudades deben haber mantenido su color azul celeste puesto que estarían libres de polución. Las fábricas de esa época, pequeños emprendimientos familiares, deben haber afectado más las aguas que los cielos. En lo que a ello respecta, en 1993, un informe señalaba que en Buenos Aires y toda la zona urbanizada que la rodea, anualmente se volcaban 500 mil toneladas de residuos peligrosos en ríos, alcantarillas, cloacas y basurales (109). Ya en el siglo XXI, en 2005, el problema había empeorado en los partidos de la provincia que rodean a la ciudad de Buenos Aires: se contaban 208 basureros con desechos tóxicos, en los que se mezclaban residuos hospitalarios, patogénicos, radioactivos e industriales (110). En la actualidad, es otra cuestión que debe asumir el hombre moderno.

Volviendo a los cielos, francamente limpios en la Edad Media, a inicios de 1992 el grado de contaminación ambiental de la ciudad de México, poblada con 20 millones de habitantes –compárese con las pequeñas ciudades medievales– llegó al nivel más alto de su historia y se decretó la “emergencia ambiental” durante 28 días (111). Tiempo después, como lo revelaron los detectores de contaminación colocados en los transbordadores espaciales – como en el *Endeavour* en 1994 (112)– mostraron alarmantes aumentos de monóxido de carbono en la atmósfera del planeta. Sería la primera luz roja de un problema que se iría acentuando a través de toda esa década.

Por las características del transporte marítimo, en la Edad Media no se habían afectado los mares que estuvieron varios siglos más, indemnes. El derrame de petróleo, otro problema contemporáneo, trajo el mayor riesgo de contaminación y Estados Unidos promulgó una ley para que todos los buques tanqueros petroleros construidos después del 18 de agosto de 1992, que se acercaran a sus costas, tuvieran el diseño de doble casco cuando llevaran crudo o productos petroleros (113).

Los desastres no eran nuevos. “[...] La Organización Marítima Internacional (OMI) realizó los estudios necesarios para convocar a una conferencia diplomática que se celebró en Bruselas en 1969. En ella se aprobaron dos convenciones, una sobre intervención en alta mar y otra creando un sistema de responsabilidad objetiva y limitada, canalizada hacia la persona del propietario del buque y con la exigencia de un certificado de seguro” (114). Después de algunos otros accidentes se promulgaron leyes más severas, como la que produjo el Congreso de Estados Unidos en 1990 (*Gil Pollution Act*).

En el Mediterráneo los delfines y las ballenas morían, en la década del 90, envenenados con mercurio. Denise Viale, especialista en mamíferos marinos de la Universidad Nacional de Córcega, aseguraba haber encontrado “crecientes cantidades de mercurio, plomo, cadmio, cromo y otros metales pesados en animales relativamente jóvenes” (115).

La pobreza

Otorgando la razón a los que dicen que “pobres ha habido siempre”, la miseria medieval fue dura como lo fue la diferencia adquisitiva de las dos clases económicas de la época: pudientes y míseros. La situación de nuestra era no ha mejorado y es probable que, dada la robotización de la mayor parte de los trabajos, esté en vías de empeorar. La desocupación –que se observa en todos los países de la Tierra– lleva los límites de la pobreza hasta la indigencia. Con un agravante: la mayor parte de la población medieval subsistía en las zonas rurales; el porcentaje más grande en la actualidad lo hace en las zonas urbanas. Es probable que el hambre sea más dolorosa en la ciudad aunque se revuelvan los tachos de basura y se duerma en una estación del ferrocarril.

En la Edad Media el mísero era analfabeto casi en el ciento por ciento de los casos; en la actualidad existen pobres, con grandes problemas para la supervivencia, con estudios universitarios. Las clases sociales se han expandido como en un abanico y los niveles de pobreza tienen infinidad de matices. Resulta una utopía tratar de unificar un discurso.

El 3 de diciembre de 2004 el Fondo de Población de la Organización de las Naciones Unidas dio a conocer un trabajo titulado “Gente, pobreza y posibilidades”, en el que señala –en los cinco continentes– causas, características y estragos de la pobreza, datos sobre los cuales nadie tenía noción en la Edad Media. Es decir que el hombre actual está capacitado para realizar un buen diagnóstico pero es incapaz de efectuar un buen tratamiento: la pobreza sigue asolando a la sociedad. Quizá, aun con todos los obstáculos que se deben sortear, en la actualidad, con capacidad personal (es inevitable este hecho individual) y acceso a ciertos recursos, instituciones y mecanismos de apoyo el hombre pueda emerger de la miseria. En la Edad Media solamente con la ayuda de un mecenas –como en el caso de Guy de Chauliac– o con los cambios sociales que produjo la Peste Negra, esto se podía lograr.

Un acápite del mismo informe se denomina “La mujer y la desigualdad de género” y pese a los intentos de revertir lo que se ha llamado en la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer (1995) como feminización de la pobreza, poco se ha avanzado en esta realidad –acentuada en los últimos años– de que las mujeres viven inmersas (con hijos a cuestas) en mayor estado de decadencia social que el hombre. Está plenamente comprobado que, aun las que se desempeñan como amas de casa en forma exclusiva, trabajan más horas que los hombres y es probable que esto ocurra desde el Medioevo. En la actualidad, en África se ven sojuzgadas sexualmente, sin la protección adecuada, a expensas de la infección por el flagelo del sida. ¿Será la pobreza actual peor que la medieval?

Jean Ziegler, relator especial de las Naciones Unidas, ha señalado: “cada siete segundos en alguna parte del mundo, un niño de menos de diez años muere por los efectos directos o indirectos del hambre”.

Expresa Cox–George (116): “Se ha dicho que la pobreza absoluta es el resultado del olvido y el abandono del pasado y de los del presente. Tal como aparece, el fenómeno es hoy en muchos aspectos una secuela de la era colonial y del hecho de que no se pusiera realmente en práctica el sistema de fideicomisos establecido por la Sociedad de Naciones. Sí, por ejemplo, las potencias coloniales hubieran instruido, o al menos alfabetizado, a los habitantes de los territorios coloniales en el período de entreguerra, el carácter y las dimensiones del fenómeno de la pobreza absoluta habrían sido, dada su dinámica interna, totalmente diferente a los que hoy presenta”.

El otro problema es el optimismo de los políticos que el tiempo se encarga de desestimar y la mala distribución de los alimentos. En este sentido es crítica la opinión de Brown (117) que tiene la característica de haberla expresado hace dos décadas atrás: “Tras la Segunda Guerra Mundial era de esperar que en todo el mundo la agricultura realizara progresos importantes. Había una reserva considerable de nuevas técnicas agrícolas –por ejemplo, en materia de abonos e hibridación– que estaban esperando ser utilizadas en gran escala. Y, efectivamente, entre 1950 y 1973 la producción de cereales se duplicó con creces, alcanzando un volumen de 1.300 millones de toneladas [...]. Este vasto incremento hizo que mejorara la alimentación en el mundo entero, lo cual contribuyó rápidamente a prolongar la esperanza de vida en el tercer Mundo donde pasó de 43 años a comienzos de los 50 a 53 hacia 1970.

Este período de progreso concluyó en 1973. Tras la crisis del petróleo el incremento de la producción de cereales se volvió más lento [...] Dividida por el número de habitantes del planeta la producción de cereales ha pasado de 248 kilos en 1950 a 326 en 1973, es decir, un incremento del 31%. Desde entonces la producción se ha estancado en torno a los 325 kilos por persona. Pero esta cifra corresponde a una media global, que incluye a los países donde cada habitante dispone solo de 150 kilos de cereales por año que ha de consumir directamente y también a aquellos en que cada individuo dispone de 700 kilos, que en gran parte se transforman en carne, huevos y leche”.

Casi sería obvio decirlo: el problema de la desnutrición tiene una implicancia psicobiológica terrible sobre el futuro de la sociedad. Lo expresa claramente Torresani (118): “Todo ello se traducirá en individuos con retraso en el desarrollo mental, riesgos de fracasos escolares y mal adaptados a las exigencias sociales. Estos individuos serán, a su vez, más propensos a criar a sus hijos en condiciones poco satisfactorias y de un modo inconscientemente programado para producir una nueva generación de individuos malnutridos: una consecuencia psicológica a largo plazo de la malnutrición, causada por este efecto espiral”.

La Era de la Imagen

Pareciera retornar a cosas comunes decir que este siglo y la segunda mitad del anterior fueron y son la “época de la imagen”. Tras ella, se generó toda una cultura que se ha denominado “de la comunicación”. Esta modalidad tuvo su gurú en el canadiense Marshall McLuhan. La imagen penetra en la intimidad del hogar, “vale por mil palabras”, y produce emoción, desazón, odio, embeleco y tantas otras manifestaciones del espíritu. Y también nos manipula, nos vende y nos conduce.

La palabra —como sucedió siempre— nos transporta al mundo de la imaginación, la imagen al de la emoción. Esta última comenzó tímidamente con el daguerrotipo (no incluimos en este caso a la pintura y otras expresiones del arte que se le asemejan), siguió con la fotografía y el cine, pero se perfeccionó con la televisión y la computadora.

Con la imagen no se necesita conocer el lenguaje simbólico de la palabra. Los analfabetos y los niños que aún no saben leer comprenden el sentido de la imagen y ríen o lloran. A veces aprenden. Aprenden bien o aprenden mal. Porque la polisemia caracteriza a la imagen.

¿A qué viene esto? A que la Edad Media fue otra Era de la Imagen. Sobre todo de la imagen religiosa, sin polisemia o, por lo menos, sin polisemia admitida. Cuando el papa Clemente VI por sugerencia de Guy de Chauliac se recluye para escapar de la Muerte Negra, adorna su alma atrapada con las bucólicas imágenes con los que los pintores habían decorado su entorno. Con un arte que no era arbitrario.

El pueblo medieval, mayormente analfabeto, entendía el significado de la imagen, esa imagen viva que también representaban los seguidores de la Hermandad de los Flagelantes.

La inseguridad

Construir murallas alrededor de las ciudades era una necesidad en la Edad Media puesto que de esta manera se defendía el predio de los invasores, se evitaba la entrada de personas no deseadas por la comunidad (entre ellas los enfermos de lepra), pero también hacía más segura la vida de los habitantes

acosados –fuera de esas paredes de piedra– por la acción de los invasores y los ladrones.

Diversos factores a menudo analizados por los sociólogos, como son la marginalidad, los estudios incompletos, la miseria, la promiscuidad, etc., y, sobre todo, la aparición de un flagelo que vende paraísos artificiales a los desesperados, como es la droga, han generado un aumento de la inseguridad en la vida contemporánea. Los barrios privados son las modernas ciudades amuralladas de la antigüedad; los cambios de hábito como la desaparición de la vida nocturna en la urbe se equiparan con la falta de luz en la época medieval: durante el día se trabaja y se sale, en la noche permanecemos en casa. Es indudable que la mudanza hacia barrios privados tiene un objetivo primario que es la cercanía con la naturaleza y huir de las urbes ruidosas, pero esconde también el deseo de mayor seguridad para transitar.

La contaminación

Íntimamente ligada al acápite sobre los desechos, los puntos comunes son inevitables y, tal vez, debería haber constituido un solo subcapítulo. La comparación es válida porque el gran problema medieval fue el agua potable dada la incipiente contaminación de las precarias industrias y de los efectos del hombre mismo (lavado de ropas, desechos arrojados en cursos de arroyos y ríos). Como hoy la estimamos, la contaminación es el vertido al medio ambiente de sustancias nocivas para la salud. En la actualidad deberíamos agregarle “y para la estabilidad del planeta”, también en peligro. Según sea el derramado, el agente en cuestión contaminará los suelos, las aguas o la atmósfera. La que produjo la industrialización en la última de ellas era desconocida en la época medieval cuando no se salvaban ni el suelo ni las aguas.

Otra cosa también nos diferencia. En la actualidad el suelo tiene una contaminación velada, en la que pasan inadvertidas las sustancias tóxicas, como ser agentes químicos, pesticidas, ácidos, metales pesados, etc. Estos productos provienen de distintos medios. Los pesticidas, fertilizantes y herbicidas son utilizados por la agricultura para mejorar la producción. La presión que ejerce el aumento de la población mundial, con la necesidad de abaratar los alimentos, conseguir más granos para criar más ganado, incrementa su uso.

Cuando se emplearon por primera vez los fertilizantes de origen industrial se creyó que, disueltos por el agua, serían absorbidos plenamente por las raíces de los vegetales. No sucedió así y una parte de los nitratos y fosfatos fueron arrastrados por el riego y las lluvias hacia la capa freática (proceso denominado lixiviación), contaminándola. Fertilizantes y pesticidas tienen efectos nocivos: matan a los microorganismos que habitan el suelo y les quitan estructura y vigor.

Obviamente, el regadío con aguas cloacales o materia fecal –usa en algunas

regiones del planeta y presuntamente durante la Edad Media— acentúan los niveles de contaminación. Arroyos y riachos se encargan de verter, luego de las lluvias, todas estas sustancias en los ríos. Ante las megalópolis y ante el aumento de la población mundial ya no solamente se contaminan estos últimos sino también los océanos, como hemos visto anteriormente.

“Debe hacerse hincapié en que todos los elementos del entorno hídrico de una zona urbana han de ser considerados como parte de un mismo sistema. Dicho de otro modo, hay que depurar eficazmente las aguas residuales y hay que eliminar las sustancias que quedan tras la depuración, como el fango. Un fallo en uno de esos componentes del sistema pondrá todo el proceso y la ciudad entera en una situación de peligro” (119). En la Edad Media por desconocimiento, en la actualidad por desidia o falta de financiamiento el problema vuelve a presentarse.

En 2005, un informe de la Organización de las Naciones Unidas, refrendado por el estudio de 1360 expertos de 95 países alertó “sobre la aparición de nuevas enfermedades, cambios súbitos en la calidad del agua y en los climas regionales y el colapso de las pesquerías, a la vez que asegura que entre un 10 y un 30 por ciento de los mamíferos, aves y anfibios están bajo amenaza de extinción.

El 60% de los ecosistemas que proveen agua limpia y aire no contaminado fueron severamente afectados en los últimos 50 años, expusieron los expertos. ‘Las consecuencias perniciosas de esta degradación pueden aumentar significativamente’ en los próximos 50 años, consigna el estudio Evaluación de los ecosistemas del milenio, que también señala que revertir esa riesgosa tendencia requiere ‘cambios significativos’ en las políticas y las prácticas” (120).

A la polución del ambiente se le agregaron en este pasado siglo la de los automotores, aviones y cohetes interplanetarios. Hace casi cuatro décadas leíamos lo siguiente: “La atmósfera que nos rodea es en muchas ciudades, como diría Hamlet: ‘una hedionda y pestilente aglomeración de vapores’. En los Estados Unidos, por ejemplo, todos los años la atmósfera se contamina con 142 millones de toneladas de humo y hollín que originan perjuicios evaluados en unos 13.000 millones de dólares. Las impurezas del aire afectan a los cultivos, originan cefalalgias y trastornos oftálmicos y respiratorios, y en ciertos casos hasta pueden causar la muerte de seres humanos y de animales” (121). El proceso, en virtud de los años transcurridos debe haber empeorado en forma considerable, puesto que hemos visto lo que ocurría en la ciudad de México hace poco más de una década.

Los chivos expiatorios

Nos hemos referido extensamente a la persecución de los judíos durante la Peste Negra por parte de la Hermandad de los Flagelante y mucho antes con la Cruzada de los Pastorcillos. Habíamos señalado que se los condenaba,

además de la insólita leyenda de los pozos envenenados, por lo mismo a lo que se los había obligado a ser prestamistas. El derecho canónico de los cristianos impedía efectuar préstamos. Con un argumento parecido –acumular capital– en el siglo XX se inició y felizmente terminó en los que no parecieron pocos y terribles años, en los prolegómenos y durante la Segunda Guerra Mundial un genocidio de enorme magnitud. El Holocausto aún palpita en el corazón de la humanidad. Nuevamente los judíos fueron el chivo expiatorio: antes de la Peste Negra, ahora de la decadencia económica de un Estado y de la locura antisemita de un grupo de fanáticos. Pocos años después, como una ráfaga, a raíz del sida, se agregó otro tipo de condenado: el homosexual masculino.

Hace una década Savater (122) escribía lo siguiente: “La relativa tolerancia que la homosexualidad iba alcanzando en los últimos años, así como otras formas de permisividad sexual se han visto frenadas por una serie de tabúes morales disfrazados de prescripciones higiénicas. Junto a la información sobre las precauciones aconsejables ante ciertas prácticas que pueden encerrar riesgo de contagio, algo perfectamente lógico y necesario, se difunde un cierto clima intimidatorio de rearme moral. No en vano un abanderado de la intransigencia tan calificado como el papa Juan Pablo II ha confirmado que ‘los aspectos médicos del sida no pueden separarse de sus aspectos éticos’, mientras predicaba la monogamia y la castidad en África central. Los inquisidores son especialistas en señalar chivos expiatorios: en el Medievo se aseguró que la peste era producida por los judíos, que envenenaban las fuentes públicas; hoy no faltan quienes proclaman que el sida, peste del siglo XX, se debe a la incontinencia o perversidad de homosexuales, negros y, en general, todo el que no lleva una vida familiar ordenada...”. En este siglo, la Iglesia mantiene su posición, con un sentido moderado, la nueva peste debe ser combatida con la abstinencia sexual y la castidad, mientras proscribiera el uso del preservativo.

El reencantamiento del mundo

El título del epígrafe constituye las palabras de Umberto Eco para definir esta Nueva Edad Media, como se ha llamado a nuestra época. El semiólogo italiano usa este término para definir lo que él llama una nueva idea metafísica sobre el destino del hombre, en la que se han diversificado de tal modo las creencias que estamos abrumados por sectas, grupos religiosos, nuevas creencias, esoterismo, animismo, etc.

Con cierta frecuencia, no tanto en el último tiempo, la Edad Media fue tratada con dureza por los investigadores y los pensadores, es más, fue execrada y, de tal forma, se la definió como la etapa de la intolerancia religiosa, la noche negra de la humanidad, época de oscurantismo, etc. No entraremos a disecar estas definiciones que, en algunos aspectos parciales tienen su cuota de razón. En descargo de esa intemperancia aceptemos que esas grandes epidemias sin explicación racional (se desconocía la teoría de

los microbios) deben haber creado una ansiedad y un temor tan grande en la población que toda explicación esotérica debe haber sido poca. De cualquier forma, las actitudes discriminatorias y violentas no admiten disculpa alguna. No obstante, pudimos observar que si bien la historia no se calca ni se repite, se suscitan situaciones que, en otro contexto temporal, reflejan con cierta similitud aquello que sucedió medio milenio atrás.

En nuestro descargo por tamaña osadía, repitamos las palabras de Jacques Revel (entrevista concedida al diario *La Nación* en 2004): “La historia es como una simulación, sirve para construir escenarios que no podrían funcionar hoy, pero que ayudan a comprender en qué cambiaron las cosas. Cada época recrea un pasado en función de sus necesidades de comprensión”.



Bibliografía

1. White, L.: *Medieval religion and technology*, Berkeley, University of California Press, 1986.
2. Sendrail, M.: *Historia cultural de la enfermedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.
3. Romero, J.L.: *La Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
4. Laín Entralgo, P.: *Historia universal de la medicina* (tomo VII), Barcelona, Salvat, 1975.
5. Guglielmi, N.: *Memorias medievales*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1981.
6. Id. *Ibidem*.
7. Bühler, J.: *Vida y cultura en la Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
8. Guglielmi, N.: *Marginalidad en la Edad Media*, Buenos Aires, Eudeba, 1986.
9. Eco, U.; F. Colombo; F. Alberoni y G. Sacco: *La nueva Edad Media*, Madrid, Alianza, 1984.
10. Virgilio: *La Eneida*, Barcelona, Bruguera, 1975.
11. San Juan: *Apocalipsis. Sagrada Biblia*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1969.
12. Blasco Ibáñez, V.: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, Santiago de Chile, Interamericana, 1955.
13. *Reportaje de la historia* (tomo 1), Barcelona, Planeta, 1963.
14. Tucídides: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Barcelona, Juventud, 1975.
15. Pérgola, F. y O.H. Okner: *Historia de la medicina*, Buenos Aires, Edimed, 1986.
16. Castiglioni, A.: *Historia de la medicina*, París, Payot, 1931.
17. García Ballester, L.: *Galeno*, Madrid, Guadarrama, 1972.
18. Laín Entralgo, P.: *Historia universal de la medicina* (tomo 11), Barcelona, Salvat, 1972.
19. *Collier's Encyclopedia*, Crowell Collier and McMillan Inc, 1966.
20. Sigerist, H.: *Civilización y enfermedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.
21. *The decline and fall of the Roman Empire*, Nueva York, Washington Square Press, 1962.
22. Sendrail, M.: *Ibidem*.
23. Pedro-Pons, A.: *Tratado de patología y clínica médica* (tomo VI), Barcelona, Salvat, 1973.

24. Id. *Ibidem*.
25. McEvedy, C.: "La Peste Negra" en *Investigación y Ciencia*, N° 139, Barcelona, abril de 1988, pp. 82-87.
26. Ziegler, P.: *The Black Death*, Londres, Penguin Books, 1970.
27. McEvedy, C.: *Ibidem*.
28. Sendrail, M.: *Ibidem*.
29. Romano, R. y A. Tenenti: *Los fundamentos del mundo moderno. Historia Universal*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1982.
30. Bocaccio G.: *Cuentos de El Decamerón*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1982.
31. Id. *Ibidem*.
32. Castiglioni, A.: *Ibidem*.
33. Haggard, H.W.: *El médico en la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1962.
34. Robinson, V.: *La medicina en la historia*, Buenos Aires, Ed. Del Tridente, 1947.
35. Fahræus, D.: *Historia de la medicina*, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1956.
36. Duby, G.: *Europa en la Edad Media*, Buenos Aires, Paidós, 1986.
37. Id. *Ibidem*.
38. Robinson, V.: *Ibidem*.
39. McEvedy, C.: *Ibidem*.
40. Grmek, M.D.: "Cuarentena en Dubronik" en *Symposium Ciba*, Buenos Aires, 7(N° 1): 30-33, abril de 1959.
41. "Precursores de la cuarentena" en *Actas Ciba*, N° 8, Buenos Aires, agosto, 1942, pp. 171-172.
42. Guglielmini, N.: *Marginalidad en la Edad Media*, Buenos Aires, Eudeba, 1986.
43. Puerto Sarmiento, F.J.: *El mito de Panacea*, Madrid, Doce Calles, 1977.
44. McEvedy, C.: *Ibidem*.
45. Hintzche, E.: "Investigaciones anatómicas en el Occidente medieval. La anatomía de Galeno", *Actas Ciba*, Buenos Aires, septiembre de 1946.
46. Cetro, A.M.: "La disección en miniatura medieval", *Symposium Ciba*, Buenos Aires, 5:168, 1957.
47. Du Cange; citado por Castiglioni, A.: "Los cirujanos y barberos sangradores en la Edad Media" en *Actas Ciba*, Buenos Aires, 2:61-67, abril-junio de 1953.
48. Castiglioni, A.: "Los cirujanos y barberos sangradores en la Edad Media" en *Actas Ciba*, Buenos Aires, 2:61-67, abril-junio de 1953.
49. Manrique, J.: "La sangría: del mito al logos y del rito a la técnica" en *Médicos y Medicinas en la historia*, Buenos Aires, 1 (N° 3): 5-10, agosto de 2002.
50. Gil Sacres P.: *Scripta minora de flebotomía en la tradición médica del siglo XIII*, Santander, Ed. Universidad de Navarra, 1986, "Sangre y patología en la medicina bajomedieval, el substracto medieval de la flebotomía".

- Asclepio. XXXVIII, 1986.
51. Castiglioni, A.: *Ibidem*.
 52. Palencia Oyarzábal, C.: *El médico*, Madrid, Everest, 1983.
 53. "Cirujano Medieval". *MD en español*, Nueva York (Nº 4): 101-108, abril de 1970.
 54. Id. *Ibidem*.
 55. *Crónica de la medicina. La tradición cristiana y la medicina árabe (2º parte)*. Años 400-1450. Buenos Aires: Publitécnica, sin fecha.
 56. Robinson, V.: *Ibidem*.
 57. "El paciente en la historia: santos y pecadores. El hombre medieval". *MD en español*, Nueva York. 7 (Nº 8): 43-60, agosto de 1969.
 58. Aries, P. y G. Duby (dir.): *Historia de la vida privada: la Alta Edad Media*, Madrid, Taurus, 1987.
 59. Pérgola, F. y O.H. Okner: *Ibidem*.
 60. Sendrail, M.: *Ibidem*.
 61. Pérgola, F. y O.H. Okner: *Ibidem*.
 62. De Francesco, G.: "Los santos como auxiliares de las enfermedades" en *Actas Ciba*, Buenos Aires, 9:206-221, septiembre 1942.
 63. Pérgola, F. y O.H. Okner: *Ibidem*.
 64. L'Hermitte-Leclercq, P.: "Las mujeres en el orden feudal (siglos XI y XII)" en Duby, G. y Perrot, M.: *Historia de las mujeres. La Edad Media*, Madrid, Taurus, 1992.
 65. Poliakov, L.: *La causalidad diabólica*, Barcelona, Muchnik, 1982.
 66. Popper, K.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Buenos Aires, Paidós, 1957.
 67. "Antisemitismo: las raíces del mal". II (entrevista al historiador León Poliakov).
La Nación, Buenos Aires, 13 de mayo de 1979.
 68. Poliakov, L.: *Historia del antisemitismo de Cristo a los judíos de las Cortes*, Barcelona, Muchnik, 1986.
 69. Dubnow, S.: *Historia universal del pueblo judío*, tomo V, Buenos Aires, Sigal, 1951.
 70. Pedernik, G.D.: *La judeofobia*, Barcelona, Flor del Viento Ed., 2001.
 71. *Storia Illustrata. La persecuzione degli Ebrei*, Milán, Storia Illustrata, 1964.
 72. Favier, J.: *La guerre de Cent Ans*, París, Arthème Fayard, 1980.
 73. Johnson, P.: *La historia de los judíos*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1991.
 74. Werner, K.: *Diaspora. The post biblical history of the Jews*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1966.
 75. Id. *Ibidem*.
 76. De Castilla, D. Alfonso Torres: *Historia de las persecuciones políticas y religiosas ocurridas en Europa desde la Edad Media hasta nuestros días*, Barcelona, Imprenta y Librería de Salvador Manero, 1863/1866.
 77. Guglielmi, N.: *La ciudad medieval y sus gentes*, Buenos Aires: Fundación

- para la Educación, la Ciencia y la Cultura, 1981.
78. Widdowson, E.M. y R.A. McCance: "Los cereales en la alimentación humana" en *Triángulo*, Basilea, 3 (Nº 3): 89-97, diciembre 1957.
 79. "El pan nuestro" en *MD en español*, Nueva York 1 (Nº 11): 66-67, agosto de 1963.
 80. Parmalee Prentice, E.: *El hambre en la historia*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1986.
 81. Id. *Ibidem*.
 82. Castro de, J.: *Geopolítica del hambre*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1975.
 83. Bühler, J.: *Ibidem*.
 84. Romero, J.L.: "Las cortes feudoburguesas" en *La Nación*, Buenos Aires, 23 de septiembre de 1979.
 85. Varron, A.: "La higiene de la vivienda en la Edad Media" en *Actas Ciba*, Buenos Aires, noviembre/diciembre de 1942.
 86. Vallee, B.L.: "El alcohol en el mundo occidental" en *Investigación y Ciencia*, Barcelona, Nº 263, agosto 1998, pp. 56-61.
 87. Haggard, H.W.: *Ibidem*.
 88. Varron A.G.: "Higiene en la ciudad medieval" en *Actas Ciba*, Buenos Aires, noviembre de 1937.
 89. Pernoud, R.: *A la luz de la Edad Media*, Barcelona, Juan Granica, 1983.
 90. Quarleri, J.: "Baños y saunas: enfoque antropológico de un ritual con historia" en *Médicos y Medicinas en la historia*, Buenos Aires, 3 (Nº 12):11-19, diciembre de 2004.
 91. Haggard, H.W.: *Ibidem*.
 92. Pernoud, R.: *Ibidem*.
 93. Haggard, H.W.: *Ibidem*.
 94. Sigerist, H.: *Civilización y enfermedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.
 95. Ross Innes, J.: "Consideraciones acerca de la historia de la lepra" en *Symposium Ciba*, Buenos Aires, 7: 117, 1959.
 96. Varron, A.G.: "El temor a las enfermedades en la Edad Media" en *Actas Ciba*, Buenos Aires, noviembre de 1937
 97. Varron, A.G.: "La higiene individual en la Edad Media" en *Actas Ciba*, Buenos Aires, noviembre de 1937.
 98. Hauser, A.: *Sociología del arte* (5 tomos), Barcelona, Guadarrama, 1977.
 99. Eco, U.; F. Colombo; F. Alberoni y G. Sacco: *Ibidem*.
 100. Espinosa, B.: *Ética demostrada según el orden geométrico*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1983.
 101. Cooney, T.G. y T.T. Ward: "Sida y otros problemas médicos en el varón homosexual" (prólogo) en *Clínicas Médicas de Norteamérica*, Vol. 3, Madrid, Interamericana, 1986.
 102. Abrams, D.I.; J.W. Dilley; L.M. Maxey y P.A. Volberding: "Cuidados y sostén psicosociales del individuo con síndrome de inmunodeficiencia adquirida" en *Sida y otros problemas médicos en el varón homosexual*.

- Clinicas Médicas de Norteamérica*, Vol. 3, Madrid, Interamericana, 1986
103. Debray, J.R.: *Le malade et son médecin*, París, Flammarion, 1965.
 104. Raccliffé, H.L.; T.G. Yerasimides y G.A. Elliott: "Changes in the character and location of arterial lesions in mammals and birds in the Philadelphia Zoological Garden" en *Circulation*, 21: 730-738, 1960.
 105. Gombrich, E.: En Hobsbawm, E.: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995.
 106. Bongaarts J: "¿Habrán alimentos para una población humana creciente?" en *Investigación y Ciencia*, Nueva York, N° 212, mayo de 1994, pp. 14-20.
 107. "Investigan la presencia de basura en un cargamento de 174.500 toneladas de papel" en *Clarín*, Buenos Aires, 23 de abril de 1992.
 108. "Rusia arrojará más desechos nucleares en el Mar de Japón" en *Clarín*, Buenos Aires, 19 de octubre de 1993.
 109. "Residuos tóxicos. Vivir en peligro" en *Clarín*, Buenos Aires, 3 de octubre de 1993.
 110. "Hay 208 basureros con desechos tóxicos" en *La Nación*, Buenos Aires, 4 de abril de 2005.
 111. "Emergencia ambiental en México por el alto índice de contaminación" en *Clarín*, Buenos Aires, 24 de marzo de 1992.
 112. "Un mapa de la polución trazado desde el espacio" en *La Nación*, Buenos Aires, 8 de octubre de 1994.
 113. Hutt, K.: "Medio ambiente e industria" en *La Nación*, Buenos Aires, 4 de marzo de 1993.
 114. "La contaminación en los accidentes marítimos" en *La Nación*, Buenos Aires, 4 de febrero de 1993.
 115. "En el Mediterráneo, los delfines mueren envenenados con mercurio" en *Clarín*, Buenos Aires, 25 de abril de 1992.
 116. Cox-George, N.A.: "La tragedia de la pobreza" en *El Correo de la Unesco*, Año 32, París, noviembre de 1979, pp. 13-15.
 117. Brown, R.L.: "La dificultad de alimentar al mundo" en *El Correo de la Unesco*, Año 37, París, abril de 1984, pp. 9-11.
 118. Torresani, M.E.: "Malnutrición infantil (II). Implicancias psicológicas" en *UBA: Encrucijadas*, Buenos Aires, 29: 71-75, diciembre 2004.
 119. "Como se depuran las aguas sucias" en *El Correo de la Unesco*, Año 38, París, enero de 1985, pp. 27-28.
 120. "Un daño irreversible" en *La Nación*, Buenos Aires, 31 de marzo de 2005.
 121. "Contaminación del ambiente" en *MD en español*, Nueva York, 8 (N° 2): 19-25, febrero de 1970.
 122. Savater, F.: "La ética en tiempos de plagas y cruzados" en *La Nación*, Buenos Aires, 1° de diciembre de 1991.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2006 en Génesis
Talleres Gráficos, Olivos, Buenos Aires, Argentina.